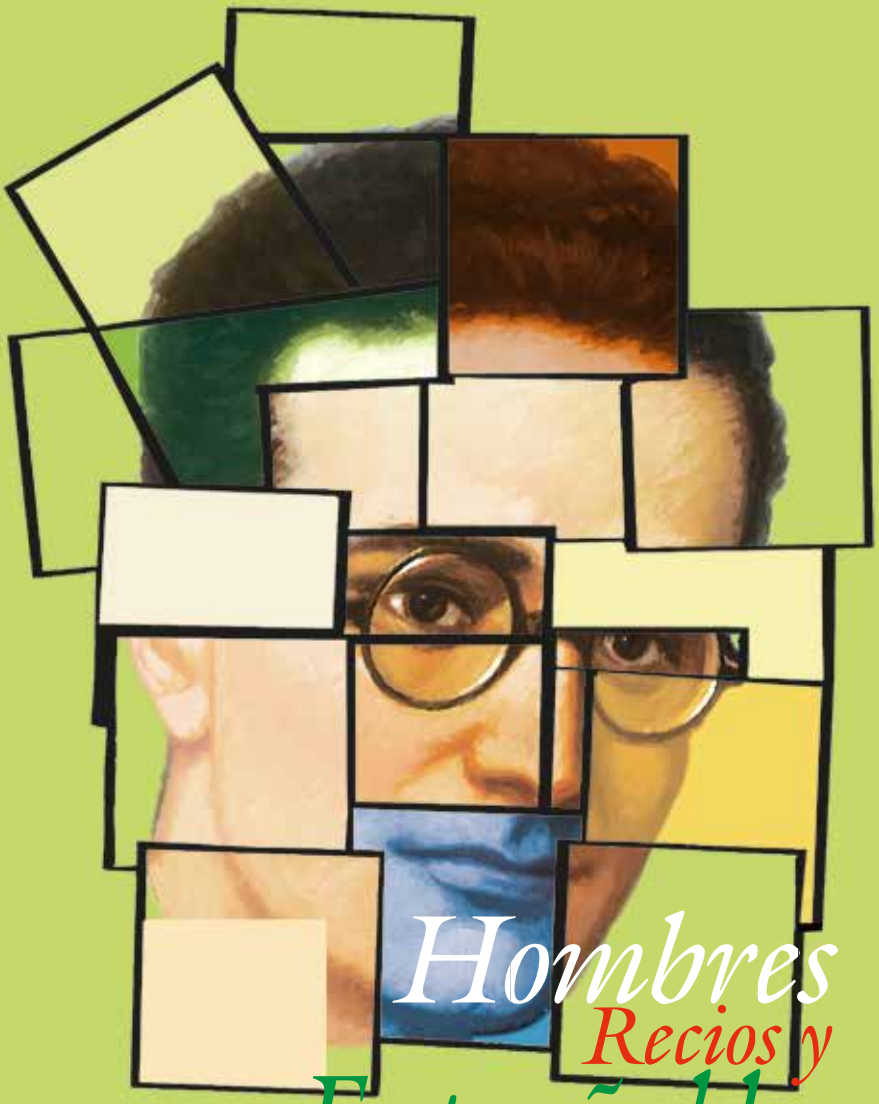
JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA



Hombres Recios y Entrañables

JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA

HOMBRES RECIOS Y ENTRANABLES

2ª edición

RELIGIOSOS TERCIARIOS CAPUCHINOS
CURIA PROVINCIAL
MADRID

© Juan Antonio Vives Aguilella

Composición:
Paqui Quijana Correas

Maquetación:
Juan Miguel Marqués Chilet

Portada:
Carlos Hernando Zapata Sepúlveda

Ilustraciones varias:
José Luis Macías y Ramón Vásquez (pintor colombiano)

Ilustrador de las *Escenas Amigonianas*, originales para esta publicación:
Francisco Luis Gans

Impresión:
Martín Impresores, S.L.

Depósito legal:
V-3342-2000

Presentacion

Habiendo leído, despacio y continuadamente, el presente libro: *"Hombres recios y entrañables"*, gozosamente, dejo aquí testimonio de lo provechoso que puede ser su lectura, para cuantos se acerquen a él en actitud abierta y receptiva.

Estamos ante una obra singular, testimonial, vitalista y cargada de energía positiva. Cada una de las vidas aquí presentadas, con sus diferentes rasgos y matices, nos ofrecen, en densa síntesis, perennes y ricas lecciones de auténtico humanismo y de amor cristiano, sin fecha de caducidad.

El plan de Dios Creador, sobre cada persona, es siempre salvación integral de felicidad propia y permanente, en relación mediadora para el bien de los demás. De ahí que toda vida humana, sólo tenga sentido, temporal y trascendente, en, por, y desde, el amor. El egoísta es el único que realmente fracasa en la vida.

El padre Juan Antonio Vives, nos ayuda magistralmente, en el presente libro, a desentrañar el oscuro misterio de la propia existencia, iluminados por la potente y viva luz de los mártires amigonianos. Todos, y cada uno, llenos de un mismo amor cristiano, vivido en personales tonalidades diversas, como son: *"el perdón, la diaria fidelidad, la serenidad, el espíritu pacífico y pacificador, la mansedumbre, el testimonio de vida, la profunda alegría, la obediencia liberadora, la fe comprometida, la madurez en el dolor, la simplicidad, la compasión, el trabajo amoroso, la fortaleza en el servicio, la firmeza y la cordialidad, la generosidad, la amistad, la empatía o sintonía del corazón, la misericordia, el pasar haciendo el bien, la tierna reciedumbre, la sencillez sin malicia, el ser zagal y testigo, la sinceridad, la bondad, el compromiso con la verdad…"*

Sólo el amor perdura para siempre. Por eso, ellos viven y vivirán entre nosotros y eternamente en Dios, como escogido ramillete y ejemplo permanente del seglar creyente y del auténtico religioso amigoniano. Ellos son la viva imagen de la Iglesia de los signos evangélicos, que tanto necesita el mundo de hoy.

Que su sangre, cruenta y libremente derramada, fructifique en nuevas vocaciones religiosas y laicales amigonianas. Y su fidelidad a Cristo nos preceda en nuestra personal perseverancia en la fe cristiana.

Fr. José Oltra, TC.
Superior Provincial

Pintura de Ramón Vásquez

PORTICO

ZAGALES DEL BUEN PASTOR

Dibujo de José Luis Macías

LA HISTORIA DE VIDA QUE EN ESTAS PAGINAS VAMOS A CONOCER ALCANZA SU CULMEN DURANTE UNA DE ESAS NEGRAS EPOCAS DEL DEVENIR HUMANO EN EL QUE LAS ABSOLUTIZACIONES HAN ALCANZADO "CARTA DE CIUDADANIA" Y HAN DEJADO SENTIR SUS TRISTES CONSECUENCIAS.

Las absolutizaciones son siempre extremistas y, desde su naturaleza dogmática, intransigente e intolerante, acaban indefectiblemente por ser *violentas*.

A lo largo de los tiempos, han surgido absolutizaciones con los más variados signos y tendencias. Las ha habido que han matado a los hombres en nombre de Dios, otras, que han pretendido matar a Dios en nombre de los hombres, e incluso otras, en las que unas personas han sido perseguidas a muerte, en nombre de otras que se creían o querían ser "superiores". Todas ellas, sin embargo, son igualmente condenables por ser madre y origen de toda especie de violencia. El violento es siempre un ser débil e inseguro en sí mismo, que aunque se declare dialogante y demócrata, parte de posturas dogmáticas y absolutas y acaba siendo un dictador.

"EL BUEN PASTOR DA LA VIDA POR SUS OVEJAS. NADIE SE LA QUITA, LA DA LIBREMENTE"

(JN. 10, 11.18)

La Iglesia, en el pórtico del *Tercer Milenio* de la era cristiana, ha entonado un sentido "*mea culpa*" por todas aquellas ocasiones en que, dejándose llevar por posiciones fundamentalistas y, por ende, fanáticas, ha sido más agente de muerte que de vida, y ha propiciado más la venganza y la violencia que el perdón y la paz.

Pero, con la misma sinceridad y energía con que ha pedido perdón, la Iglesia ha querido también destacar, en el umbral mismo del nuevo milenio, el testimonio martirial de aquellos cristianos que en el último tramo del milenio que acaba, supieron sellar con su sangre la confesión de su fe y supieron responder pacientemente a quienes les persiguieron con violencia.

Ha querido –eso sí– que dicho recuerdo martirial fuese ajeno a todo afán revanchista. Y así será la memoria que aquí hagamos de los *mártires amigonianos*. No se trata de pedir cuentas a nadie, ni de condenar o justificar cosa alguna. No se trata de distinguir entre "buenos" y "malos", pues tales distinciones no dejan de ser peligrosas *absolutizaciones de la verdad*. Sólo se trata de hablar de unos hombres que –con sus "mases" y sus "menos", con sus "luces" y con sus "sombras"– nos dejaron una *lección de vida y de amor*. Sólo ellos nos interesarán. Nada diremos directamente de

quienes les persiguieron o dieron muerte. Será simplemente la *historia de ellos y desde ellos*.

En visperas de unas Bodas de Oro

Casi cincuenta años habían transcurrido ya desde que el 12 de abril de 1889 el padre Luis Amigó fundara en Valencia (España) la congregación de terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores.

Para entonces, los amigonianos –como son conocidos popularmente estos frailes– tenían razones más que suficientes para sentirse ilusionados y felices.

Su congregación –nacida para acoger y educar a los niños y jóvenes con problemas– estaba extendida, no sólo por toda la geografía española, sino también por Italia, Colombia y Argentina.

También el personal, poco en sus inicios, se había ido multiplicando hasta alcanzar, en vísperas de la contienda civil española, el nada despreciable número de ciento setenta miembros. Algo similar, había sucedido con relación al perfeccionamiento intelectual y técnico, que había alcanzado cotas verdaderamente admirables.

NO DUDO DE QUE EN LA CONGREGACION HAY PASTA DE MARTIRES, SI A TANTO LLEGASE LA PERSECUCION

(L. AMIGO OC. 1927)

Todo eran, pues, motivos de contento y de optimismo para los amigonianos cuando se encontraban a las puertas de la celebración de sus *bodas de oro* fundacionales.

Pero motivos de tanta alegría iban a enturbiarse, "de la noche a la mañana" con otros verdaderamente dolorosos.

Según dijo en momentos similares el propio padre Amigó:

– *Dios, en su providencia ordinaria, suele mezclar los favores que nos otorga con tribulaciones, a fin de que ni aquéllos nos engrían ni éstas nos abatan.*

Y así mismo les sucedió en 1936 a sus hijos. Cuando sus frailes se disponían a saltar de alegría por sus primeros cincuenta años de vida, un acontecimiento dramático y sangriento desbarató de raíz sus proyectos.

A mediados de julio de aquel año 1936 los viejos tambores de la guerra que permanecían acallados, dejaron oír de nuevo sus voces cada vez más fuertes y cercanas. España quedaba dividida, "en un abrir y cerrar de ojos", en dos bandos y los amigonianos comenzaban a sufrir también en carne propia las tristes consecuencias de la contienda.

ANDAD SOLICITOS EN EL SERVICIO Y SACRIFICAD LA PROPIA VIDA, SI NECESARIO FUERE

(L. AMIGO OC. 2359)

Obligados por las autoridades, tuvieron que abandonar muchas de las instituciones que regían en favor del menor desadaptado.

La mayoría de sus comunidades fueron dispersadas y sus bienes patrimoniales enajenados, cuando no destruidos.

No obstante, la pérdida más irreparable fue la muerte martirial que sufrieron muchos de sus miembros y que diezmó matemáticamente la congregación, todavía en período de afianzamiento.

Libres en el dar su vida

Guiado por el Espíritu, el padre Luis Amigó dijo a sus seguidores:

> *–Vosotros, zagales del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren zarzales ni emboscadas.*

Les confió así la misión de ser, entre los niños y jóvenes desadaptados, *testigos del amor misericordioso de Cristo*, que vino a buscar y salvar al que estaba perdido.

Y consciente, además, de que el amor se testifica *desviviéndose* por la persona amada, les invitó a que, como el Buen Pastor, *estuviesen dispuestos a sacrificar incluso la propia vida* en el servicio a sus muchachos.

Y al trasluz precisamente de la estampa del Buen Pastor, la vida de los diecinueve amigonianos que serán beatificados, –como la de aquellos otros seis que dieron también su vida testificando su fe, aunque no serán declarados oficialmente mártires–, cobra un significado especial. Y algo simi-

EL BUEN PASTOR NO ABANDONA LAS OVEJAS NI HUYE

(JN. 10,12)

lar sucede también con la vida de la laica amigoniana Carmen García Moyon. Todos ellos, –con su actitud de *dar libremente su vida* y de afrontar los últimos momentos *de pie*, como María, y *con las sandalias puestas*, al estilo de quien no huye ante las dificultades– constituyen un acabado ejemplo de lo que significa ser *zagal del Buen Pastor*.

Dibujo de José Luis Macías

¿QUIEN DE VOSOTROS SI TIENE CIEN OVEJAS Y SE LE PIERDE UNA, NO DEJA LAS NOVENTA Y NUEVE EN EL DESIERTO, Y VA A BUSCAR LA QUE SE PERDIO HASTA QUE LA ENCUENTRA? Y CUANDO LA ENCUENTRA, LA CARGA CONTENTO SOBRE LOS HOMBROS, Y, LLEGANDO A CASA, DICE A LOS AMIGOS "ALEGRAOS CONMIGO, PORQUE HE HALLADO LA OVEJA QUE SE ME HABIA PERDIDO"

(Lc. 15, 4-6)

Dibujo de José Luis Macías

Parte I

Una muerte en Bilbao

La persecucion religiosa sufrida en Espana durante los anos treinta es solo comparable –por la intensidad y por la sana con que fue realizada– con la experimentada por la Iglesia en la epoca romana de las catacumbas o en paises influenciados por la dictadura estalinista

De curas, nada de nada

La verdad es que la situación se venía fraguando desde hacia tiempo. El sentimiento anticlerical era ya en España algo típico y hasta endémico. La arrogancia social y el prurito por "ser autoridad" de muchos hombres de iglesia que buscaban más el ser "señores" que "servidores", había ido creando hacia ellos resentimientos y malquereres alimentados por un sector importante de la misma ciudad.

NO HE VENIDO A SER SERVIDO, SINO A SERVIR

(MT. 20, 28)

De todas formas, lo que sucedió en 1936 no fue sólo una explosión de dicho sentimiento anticlerical, –que, al fin de cuentas, siempre había sido respetuoso con la fe del pueblo–, hubo otros componentes ideológicos que contribuyeron decisivamente a crear una situación particularmente radical, extremista y violenta. Y uno de estos componentes –el principal, quizá–, fue el de llegar a creerse "a pie juntillas" que la religión es la *adormidera de la conciencia social*, y que, consecuentemente, impide la transformación de las estructuras.

Se desata en España la persecucion

Ya en 1931, a raíz de la proclamación de la República se produjeron serios desórdenes, que tuvieron, como principal blanco de las iras desatadas, a la iglesia, pero lo peor llegaría cinco años después.

A partir del mes de febrero de 1936 el clima antirreligioso se fue acentuando progresivamente. En poco más de dos meses –en lo que va de febrero a mayo– fueron incendiados 160 templos y se cometieron 269 asesinatos, principalmente de cariz político.

Posteriormente, tan pronto como se inició la contienda, las fuerzas revolucionarias, presentes particularmente en las bases de algunos partidos en el poder, tomaron en sus manos la situación y desbancaron, en la práctica, al gobierno constitucional. La persecución religiosa se hizo entonces más patente y se llevó a cabo con un ensañamiento irracional y al margen de todo respeto por los derechos

inalienables de toda persona, consagrados también en la misma Constitución de la República.

Euskadi fue diferente

No obstante, la situación en el País Vasco no coincidió con la anteriormente descrita, que se vivió, por lo general, en el resto de la geografía española.

SI A MI ME HAN PERSEGUIDO, TAMBIEN OS PERSEGUIRAN A VOSOTROS

(JN. 15, 20)

Aunque Vizcaya y Guipúzcoa se decantaron por el gobierno de la República con la esperanza de lograr su *Estatuto de Autonomía* –que fue otorgado el 7 de octubre de ese mismo año 1936–, el talante firmemente católico de la gran mayoría de sus gentes impidió que se produjese allí la persecución abierta contra la religión que se estaba dando en otras partes de España. En el País Vasco, los atropellos que hubo hacia gentes de iglesia y hacia sus instituciones no fueron el resultado de una acción sistemática, y consentida –cuando no, orquestada– por "los de arriba", sino que fueron más bien escaramuzas de grupos incontrolados de extremistas.

Amurrio, entre dos fuegos

En el caso concreto del amigoniano Vicente Cabanes –que a continuación veremos–, se dio además la circunstancia de que sucedió en un enclave que vivía una situación un tanto singular–, al quedar bajo la influencia del frente republicano, apoyado por Vizcaya, pero tener muy cerca el frente contrario, al que se habían adherido las autoridades de Vitoria, en cuya demarcación, por lo demás, se encontraba Amurrio. Se trataba, en fin, de un enclave, situado entre dos frentes y que sufría con constantes "tira y afloja".

"Amad a vuestros enemigos
y rezad por los que os persiguen"

(Mt. 5, 44)

Vicente Cabanes Badenas

El abanderado de la causa

Dibujo de José Luis Macías

FRAILE CONTRA VIENTO Y MAREA
UN EDUCADOR DE PRIMERA
UNA CARRETADA DE TIROS
EL UNICO QUE MURIO EN LA CAMA
Y MURIO PERDONANDO

De entre los seis amigonianos naturales de Torrent que murieron testimoniando su fe, Vicente Cabanes fue cronológicamente el primero.

VICENTE COMENZO, DESDE BIEN PEQUENO, A FRECUENTAR LA ESCUELITA ABIERTA POR LOS FRAILES

Torrent, el pueblo que, a los pocos meses de nacer la congregación, acogió con todo cariño a los amigonianos y les regaló como residencia su antiguo convento alcantarino de Monte Sión; Torrent, el pueblo al que –según dijo el propio Luis Amigó– sus frailes "estarán eternamente agradecidos", pasó a ocupar así, a través del testimonio ofrecido por seis de sus hijos, un lugar privilegiado en esta historia de muerte y vida que escribieron con su sangre los amigonianos.

En este laborioso y alegre, populoso y familiar lugar de la comarca valenciana, y en frente mismo de las tapias del convento de *Monte Sión*, vio la luz, pues, el 25 de febrero de 1908, nuestro Vicente, en el seno del matrimonio formado por don Vicente Cabanes Llach y doña Carmen Badenas Calvo.

Bautizado el 1 de marzo de aquel mismo año en la parroquia de su pueblo natal, Vicente comenzó, desde bien pequeño, a frecuentar la escuelita abierta por los frailes. Su vida se repartía, alegre, entre la casa familiar y aquel convento que, poco a poco, se iba convirtiendo en su segundo hogar.

Del tiempo de su infancia data precisamente esta anécdota. "Un jueves por la tarde, los novicios salieron a dar su habitual paseo por la vía del ferrocarril que lleva a Valencia. Vicente, atraído y cautivado por el simpático modo de pasear de sus amigos los frailes, que marchaban de tres en tres, empezó a caminar silencioso tras ellos, imitando sus formas de andar e intentando cubrir con rápidos pasos el trecho que sus amigos cubrían con una sola zancada. Abstraído con lo que hacía –como suele suceder a los niños– nuestro protagonista se alejó tanto de sus lugares conocidos y frecuentados que, cuando quiso darse cuenta, ya no sabía donde estaba y el instinto mismo le dictó que lo más seguro era continuar pisando las huellas de quienes le precedían. Mientras tanto, también los novicios se percataron de que el pequeño les seguía y lo acogieron gustosos en su compañía. Pero al llegar al puente de hierro de

Paiporta, que tenía que cruzarse por unas estrechas tablas, sintió vértigo y miedo. Y entonces, uno de los novicios, tomándolo en sus brazos, lo pasó a la otra parte". Años más tarde, cuando el cuerpo, ya grande, de aquel pequeño niño sea trasladado desde Bilbao hasta su pueblo natal, al pasar por aquel mismo lugar, cargado sobre los hombros de sus hermanos de hábito, alguien, recordando la anécdota, exclamará emocionado:

–En este puente recibió Vicente el primer abrazo de la congregación y ahora recibe el definitivo.

Cumplidos los siete años, el 24 de julio de 1915 hizo la primera comunión en la iglesia de "sus" frailes, e inmediatamente se inscribió en la Pía Unión de San Antonio de Padua que allí habían fundado los amigonianos. La verdad es que lo pasaban bien los niños y jóvenes en aquella asociación que, entre juegos y cultura, entre risas y rezos, entre bromas y veras, les permitía hacer del tiempo libre un ámbito gratificante de crecimiento personal mediante la convivencia y cooperación con los demás.

Hoy, en medio de una cultura rica en medios de comunicación, pero en la que en ocasiones el uso indiscriminado de esos mismos medios –como pueden ser los casos de verdadera adicción a la música, a la televisión o a la informática –acaban *ensimismando* a las personas y, paradójicamente, *distrayéndolas de sí mismas*, de su propia *leyenda personal*, no dejan de añorarse, de alguna manera, asociaciones, similares a esa de los *antonianos*, en las que uno, casi sin percatarse de ello, se pueda ir encontrando a sí mismo, en la medida en que se vaya relacionando; asociaciones, en las que se pueda ir descubriendo, desde la propia experiencia vital, que la *felicidad personal* sólo se logra en la medida en que se contribuye a la de los otros.

LA FELICIDAD PERSONAL SOLO SE LOGRA EN LA MEDIDA EN QUE SE CONTRIBUYE A LA DE LOS OTROS

Fraile, contra viento y marea

Tenía quince años, cuando pidió ser admitido en la congregación. Las dificultades no faltaron. Siendo él novicio, murió su padre inesperadamente y su madre se sentía necesitada de su apoyo. Ella se trasladó a Godella, donde

DIOS NO SE DEJA NUNCA VENCER EN GENEROSIDAD

estaba el noviciado, con la oculta esperanza de convencer a su hijo para que dejara los hábitos y se volviera a casa. El hijo, con el corazón partido y la voluntad dividida entre seguir la llamada que sentía de Dios o el reclamo amoroso de su madre, no acababa de decidirse. La entrevista fue larga y dolorosa. Al final ambos decidieron dejarlo todo en las manos de Dios y la madre, tras aceptar con buen talante el que su hijo continuase el camino emprendido, regresó alegre al hogar, convencida de que Dios proveería. Y ciertamente, Dios, que no se deja nunca vencer en generosidad, proveyó y supo pagar con creces el gesto de ambos.

Concluido el noviciado, vinieron las consabidas filosofías y teologías y, después, en 1932, la ordenación sacerdotal, que recibió de manos de su querido fundador el padre Luis Amigó, obispo entonces de Segorbe. La fiesta de San José de aquel año 1932 fue particularmente festejada en Torrent y, sobre todo, en el viejo convento. Vicente –o Vicentico como aún se empeñaban en llamarlo las gentes de su pueblo, a pesar ya de su edad– celebró allí, con toda solemnidad, su primera eucaristía. No faltó ni el coro de seminaristas entonando con sus voces atipladas el canto de la misa en latín, ni el "sermón" de campanillas del predicador de turno. Pero él agradeció, especialmente, la presencia de su madre. ¡Qué elegante y satisfecha se veía a doña Carmen! Ni con todo el oro del mundo se podía comprar la alegría que se dejaba traslucir en su semblante. No se cambiaba con nadie. Había valido la pena pasar las estrecheces que había tenido que soportar con tal de ver ahora a su hijo, feliz, presidiendo la asamblea cristiana desde el altar.

Un educador de primera

La clara inteligencia de Vicente, puesta de manifiesto a lo largo de todos sus estudios, movieron a los superiores a impulsar aún más su formación. Psicología en la Universidad de Valencia y en el Instituto de Estudios Penales y viajes de estudio al extranjero, fueron algunos de

los medios usados con aquel joven sacerdote del que tanto cabía esperar.

LA VIDA FAMILIAR ES IMPRESCINDIBLE EN NUESTRO REGIMEN EDUCATIVO

(VICENTE CABANES)

A esta formación intelectual se unía la experiencia educativa que él iba adquiriendo, compaginando –como ha sido siempre típico en la tradición amigoniana– el estudio con la práctica pedagógica entre los menores con problemas. Su sabiduría pedagógica –adquirida, pues, tanto en los libros, como en la experiencia educativa acumulada– quedó, concisa y profundamente recogida, en su libro póstumo Observación psicológica y reeducación de menores. En él, se leen pensamientos tan llenos de sensibilidad y de sabiduría vital como éstos:

– *Para nosotros es básico el régimen familiar. La vida familiar es imprescindible en nuestro régimen educativo. Si los educadores amigonianos deben de hacer las veces de padres de sus alumnos, será difícil hacerlo, si la organización no corresponde a un criterio familiar. Y tengamos en cuenta que no son las plantas ni las flores sólo, ni son los cuadros ni los pájaros los que hacen una casa de familia acogedora, aunque ayuden mucho; es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas del hijo; que olvida sus andanzas; que recoge sus lágrimas para juntarlas con las suyas propias, que son de amor y de perdón, lo que, en realidad, hace acogedora una casa. Y este espíritu existe entre nuestros educadores y alumnos. Aquéllos, viven, comen y juegan con sus alumnos; con ellos alternan y con ellos forman una familia.*

Una carretada de tiros

Vicente, como el resto de sus compañeros de comunidad, podría haberse librado de la muerte.

Al comenzar la contienda la Casa del Salvador de Amurrio fue incautada. Y a nadie se le permitía la entrada o salida, sin el correspondiente salvoconducto. Esta situación se alargó hasta finales del mes de julio cuando la institución, con educandos y educadores fue reubicada en el palacio que poseía en Llodio el Marqués de Urquijo.

Todos los frailes salieron, pues, de Amurrio. Todos, menos nuestro protagonista, quien, ante la mínima indicación del director, se ofreció voluntariamente para quedarse a cuidar la casa, los talleres y también los cultivos y los animales de la granja. Y hablando de la granja, hay que resaltar que, hacía más o menos un año, la institución, con el fin de mejorar la raza vacuna había adquirido para padrear un macho que llegó a ser la admiración del entorno, pero que, por lo mismo, no dejó de suscitar en alguno un tanto de envidia y, consecuentemente, de "malquerer".

No obstante, y para tranquilidad de todos, se dispuso que Vicente, –tras pasar el día atendiendo la marcha de la Casa del Salvador y de un pequeño grupo de alumnos de mayor confianza que se habían quedado con él– marchase a dormir a casa de don Felipe Ugarte, el cura del pueblo, de donde salía cada mañana para, antes que nada, acercarse a la casa que las hermanas terciarias capuchinas tenían en Amurrio y celebrar allí la eucaristía.

El 28 de agosto amaneció, en medio de todo aquel ambiente un tanto enrarecido y tenso, bastante normal. Tanto, que Vicente, como había hecho en más de una ocasión desde que sus hermanos marcharon a Llodio, se trasladó allí para comer y charlar un rato con ellos. Los compañeros de mesa le notaron aquel día, sin embargo, más taciturno que lo normal. Como si se oliese algo. La verdad es que él nada expresó abiertamente, pero al despedirse le dijo en valenciano al superior:

AMAD A VUESTROS ENEMIGOS...

(MT. 5,44)

– Jo ja sé la que em pertoca.

Al indicarle aquél que, si tan grande peligro presentía, era mejor que se escondiese o intentase huir aprovechando la proximidad del frente, replicó:

– Yo hago lo que me mandes, pero si huyo o me escondo tomarán represalias con vosotros. Yo no he hecho mal a nadie ni me meto en política.

Aquella misma noche, fueron a buscarle. Ya tarde, llamaron a la puerta de la casa de don Felipe preguntando por Vicente. Se lo llevaron con la excusa de interrogarle. Él, aunque debió sospecharse lo peor, no se sobresaltó. Con

rapidez y sin perder la sonrisa se despidió de los de la casa diciéndoles:

–Qué sea lo que Dios quiera, Bendito sea Él!

Inmediatamente, lo subieron a un coche y tomaron la dirección de Orduña. Por el camino, dicen, que intentaron convencerle para que renegara de su fe. Todo fue inútil. Su fe no era superficial. Estaba arraigada sobre tierra fértil y sus profundas raíces no se soltaban tan fácilmente.

VENCED AL MAL A FUERZA DE BIEN

(ROM. 12, 21)

Llegados al pueblo donde iban, dieron la vuelta e iniciaron el regreso a Amurrio, pero, recorrido un breve trecho, le obligaron a bajar del coche y le dispararon a bocajarro, abandonándole allí mismo, pues le dieron por muerto.

Sobreponiéndose al dolor, taponándose como podía las heridas y arrastrándose, pudo alcanzar las primeras casas de Orduña. Llamó en varias de ellas, pero nadie quería oírle. Era demasiado el miedo que se tenía en el cuerpo. Por fin una buena familia le franqueó la entrada. La verdad es que la estampa de Vicente era la de un perfecto eccehomo. Don Epifanio –que así se llamaba el padre de aquella familia– sólo acertó a preguntar:

–Pero, ¿qué le ha pasado?

–Me han dado una "carretada de tiros" –le respondió con un hilo de voz.

EL UNICO QUE MURIO EN LA CAMA

Ayudado por su hijo, aquel buen señor llevó a nuestro Vicente al hospital que hay en el mismo pueblo pero, aparte de que la gravedad de las heridas requería un centro con más medios, el director de aquel hospital se dio cuenta rápidamente de que el herido no estaba seguro allí, pues tan pronto se corriese la noticia, acudirían a buscarle los que le habían disparado para rematarle y evitar así que los denunciase.

Por todo ello, pues, dispuso su traslado al hospital de Basurto, en Bilbao. La ambulancia encargada del traslado hizo el corto viaje "a paso de tortuga", como propiciando

que el herido se "quedase" por el camino. Y casi consiguió su propósito, pues al llegar a su nuevo destino, casi no le quedaba sangre en el cuerpo.

Reanimado, sin embargo, por las transfusiones y las muchas atenciones que allí le prestaron, aún sobrevivió un día más. Un día que le sirvió para confesarse, recibir el Viático y la Extrema Unción y para despedirse de sus "frailes" que no lo dejaron solo ni un minuto. A uno de ellos que le preguntó si había presentido de alguna manera que lo iban a matar, le dijo:

–*Sí, sabía que me iban a matar, pero sabía también que no iba a morir.*

–*¿Cómo se entiende eso?*, –le replicó el otro intrigado–.

–*Pues muy sencillamente*, –concluyó él–, *yo he hecho siempre los primeros viernes de mes y sabía que no moriría sin los sacramentos. Ahora que ya los he recibido, muero contento.*

Finalmente, tras largo calvario, el domingo 30 de agosto de 1936 entregaba plácidamente su espíritu al Padre. Sería el único mártir terciario capuchino que moriría en una cama. Mientras él expiraba, despuntaba el sol del nuevo día.

Y MURIO PERDONANDO

Con ser grandes las lecciones que nuestro protagonista nos ofreció a través de su vida, la más importante nos la regaló en sus últimos momentos. Es entonces cuando, a imitación de Cristo en la cruz, se convirtió en un vivo ejemplo de perdón.

BENDECID A LOS QUE OS PERSIGUEN, NO MALDIGAIS

(ROM. 12,14)

Perdón. Otra de las difíciles enseñanzas del mensaje evangélico. Cuando Cristo quiere poner de manifiesto la diferencia que existe entre su ley –resumida en el precepto del amor– y la ley del Antiguo Testamento, pone como ejemplo el perdón.

Sucede, sin embargo, que los cristianos nos resistimos a aceptar en toda su radicalidad el mensaje. Nos limitamos, a menudo, a entender y practicar el perdón como un simple olvido de las ofensas, con una

COMO EL PADRE ME AMO, YO OS HE AMADO

(JN. 15, 9)

actitud pasiva. No acabamos de percatarnos de que la superación que quiere Cristo del ojo por ojo y diente por diente implica, ante todo, una acción positiva. Hay que hacer el bien, amar, rezar por quienes nos han ofendido. Perdonar no es sólo olvidar la ofensa, sino ser capaces de amar a quien nos ha ofendido.

Testigos junto a Cristo de esta heroica lección de amor son los santos y en particular los mártires. Los amigonianos tenemos en Vicente Cabanes un excelente modelo del amor cristiano que se hace perdón.

Estando ya en el hospital de Bilbao uno de sus hermanos le preguntó quién le había malherido, pero él le respondió con una sonrisa en los labios:

–Padre, no me pregunte esas cosas. Hábleme de Dios.

Y poco antes de morir, exclamó como para hacer más patente su indulgencia:

–Perdono a los que me han llenado el cuerpo de heridas.

Con su gesto, había dado perfecto cumplimiento al deseo expresado años antes por el padre Amigó:

–No odiéis, ni pidáis venganza contra vuestros perseguidores, antes compadecedlos y pedid al Señor que se compadezca de ellos.

Por lo explícito de su testimonio martirial y de su actitud de perdón, Vicente Cabanes mereció ser el abanderado de la Causa de beatificación de los amigonianos.

Dibujo de José Luis Macías

Parte II

Los ocho de Torrent

La comunidad valenciana fue, sin lugar a dudas, uno de los lugares de la geografia nacional donde la persecucion religiosa alcanzo cotas de mas violencia.

Tan pronto como se inició la contienda, los grupos revolucionarios se hicieron con el control práctico de la capital valenciana y una de las cosas que más fervorosamente se propusieron fue la de hacer desaparecer todo signo cristiano. No se salvó ni la Basílica de la Virgen de los Desamparados –tan representativa del sentimiento popular valenciano–, ni las imágenes de los santos "de casa", situadas en los históricos puentes del Real y del Mar, ni las artísticas cruces de término que desde antiguo marcaban los lindes de las ciudades, ni los logrados retablos de cerámica que adornaban las calles con motivos de piedad. Era tan ciego y cegador el furor que se sentía hacia lo religioso, que los ojos no lograban percibir ni tan siquiera la belleza objetiva del arte. Y si con mucha saña se destruyeron las obras, con mucha más, se persiguió a muerte a las personas que se distinguían por su fe. Y aunque en porcentajes hubo diócesis en las que corrió más la sangre, en cifras absolutas, fue la archidiócesis de Valencia –precedida sólo por la de Madrid– la que más víctimas contó entre su clero y fieles.

NADIE TIENE AMOR MAS GRANDE QUE EL QUE DA LA VIDA

(JN. 15, 13)

¡A LAS CATACUMBAS!

Como era de suponer en aquellas trágicas circunstancias, la iglesia tuvo que volver a las catacumbas, y se produjeron situaciones que hacen recordar con cierta espontaneidad las que, desde pequeños, hemos oído contar de aquella iglesia primera, perseguida por los Nerones y Dioclecianos.

A pesar de los minuciosos controles policiacos, muchos sacerdotes, arriesgando sus vidas, consiguieron ejercer su ministerio bien en casas particulares, bien en capillas improvisadas que se encontraban estratégicamente situadas y convenientemente ocultas a los no iniciados. En dichas capillas, además de celebrar la eucaristía y de impartir el sacramento de la penitencia, llegaron a celebrarse, con una cierta "normalidad", bautizos y matrimonios por la iglesia. Funcionó incluso, en la calle Samaniego, un centro permanente de "atención al público" con un "cura de guardia".

En fin, lo de Valencia no fueron catacumbas subterráneas y oscuras, sino al aire libre y bañadas por el espléndido sol del Mediterráneo.

Un fraile en la clandestinidad

En las mismas filas amigonianas hubo varios casos de religiosos que lograron camuflar a la perfección su identidad e, incluso, llegaron a ejercer con cierta asiduidad el ministerio sacerdotal de forma clandestina. Son de admirar, por ejemplo, los casos de un Pantaleón Martín que se afilió a la CNT y fue designado instructor de milicianos o el de un Bruno de Torrent que, salido de prisión, trabajó como cocinero en un centro madrileño de la Izquierda Republicana. Pero entre todos ellos, sobresale –por su recia personalidad y por el valor testimonial de los mismos hechos que protagonizó– José Subiela.

NO TEMAIS A LOS QUE MATAN EL CUERPO, PERO NO PUEDEN HACER MAS

(LC. 12,4)

Nacido en Benaguacil, aunque la guerra le sorprendió en Madrid logró llegar a Valencia, donde, tras varias peripecias y serias dificultades, consiguió ingresar, en calidad de inspector, en el Servicio de Investigación Militar –el famoso SIM– dependiente del Ejército Popular de la República, y, amparado por este cargo, llevó a cabo en la capital del Turia y en los pueblos cercanos una intensa labor de apostolado.

Disfrazado de fontanero o de electricista, o disimulando su verdadera identidad con los atuendos más variopintos, accedía, con frecuencia casi diaria, al lugar convenido para celebrar la eucaristía y administrar el sacramento de la penitencia. Ni qué decir tiene que durante aquellas misas se consagraban formas suficientes para ser distribuidas después entre personas que no podían abandonar sus escondites o que se encontraban encarceladas.

De Burgos a Valencia, pasando por Haiti

En aquel ambiente de catacumbas se produjeron también situaciones que, dentro de lo trágico del momento, no dejan de causarnos hoy cierta gracia. Una de ellas fue la

creación de una *red secreta de comunicaciones* con carácter tripartido e, incluso, internacional.

Por una de esas casualidades que tiene la vida –y que los hombres de fe suelen atribuir a la Providencia– tanto el arzobispo Melo, como su auxiliar Lauzurica, se encontraban fuera de Valencia al estallar la guerra. El primero –desde Burgos donde se hallaba– logró comunicarse asiduamente con un sacerdote –refugiado en Valencia y al que había concedido "plenas facultades" para el gobierno de la archidiócesis– a través del consulado de Haití existente en dicha capital.

Un noviciado entre barrotes

Otro hecho que no deja tampoco de tener su gracia –y que se vivió en aquel mismo ambiente de abierta persecución– fue el que tuvo lugar en la *cárcel de monjas* que se ubicó junto a Santa Mónica en los locales del Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Allí llegaron a concentrarse más de 200 religiosas, entre las que se encontraba un número considerable de novicias.

Una de las actividades preferidas de aquel ejército de mujeres puesto entre barrotes consistía en fabricar –a escondidas por supuesto,– hostias que se distribuían por el exterior y servían para las numerosas celebraciones clandestinas de la eucaristía que tenían lugar en la capital y alrededores.

ALEGRAOS CUANDO OS PERSIGAN, PUES VUESTRA RECOMPENSA SERA GRANDE

(MT. 5, 11-12)

Pero, no contentas con ello –que ya de por sí suponía un riesgo, dadas las circunstancias– aquellas valerosas mujeres tuvieron el atrevimiento de organizar, en los locales mismo de su prisión, la celebración de una misa solemne para la profesión de 30 novicias. Sucedía esto el 26 de mayo de 1938, cuando la suerte de la guerra aún no estaba echada.

Torrent, fallas en octubre

No hace falta ser ningún especialista en *folklore*, para saber que las *fallas* –esas famosas *fáculas* o antorchas que

los valencianos suelen montar al prender fuego a verdaderos monumentos de cartón piedra u otros materiales inflamables– tienen lugar siempre en marzo, coincidiendo con la fiesta de San José. Es entonces cuando, alrededor de esos monumentos consagrados al fuego, se celebran, con desbordante alegría popular, unas fiestas que se distinguen sobre todo por su luz y colorido, por su música, sus tracas y fuegos de artificio. Pero en el transcurso de aquel año 1936 hubo repetidos e impresionantes espectáculos dominados por las llamas que a más de uno –aunque no sin cierta ironía y humor negro– le hicieron recordar las más típicas fiestas valencianas.

SE OS HA CONCEDIDO LA GRACIA, NO SOLO DE CREER EN CRISTO, SINO TAMBIEN DE PADECER POR EL

(FILP. 1, 29)

Uno de esos espectáculos fue el que tuvo lugar en Torrent el 12 de octubre:

–*Yo oí* –cuenta un testigo– *cómo el día de la Virgen del Pilar, se publicó un bando ordenando, bajo amenaza de muerte, que todos los que tuviesen cuadros o imágenes religiosas que las sacasen a la calle y les prendiesen fuego. Y recuerdo, como si fuese ahora, que las calles parecían unas fallas.*

Claro que para entonces, allí mismo en Torrent, ya había ardido el convento de Monte Sión y la iglesia parroquial. Les gustaba el fuego a aquellos hombres que –por otra parte y según ellos mismos presumían– *no aguantaban el olor a cera* y estaban dispuestos a *perseguir a muerte a cuanto oliese a cirio*.

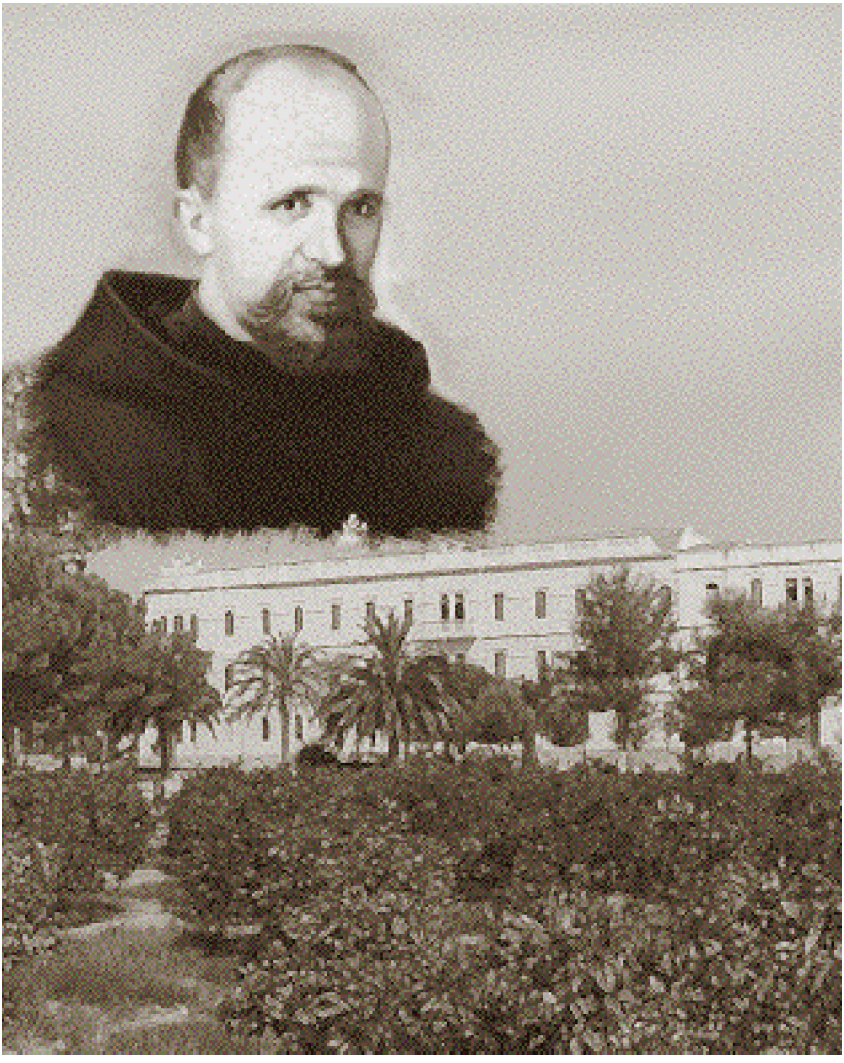
Convento de Monte-Sión en 1936

"Como una madre que cuida con cariño de sus hijos, os dimos no solo el evangelio, sino incluso nuestro propio ser"

(I Tes. 2, 7-8)

Laureano de Burriana

Un padre con entrañas de madre



Tras los pasos del mayor
Al que se vuelva, un tiro
Dios me lo dio, Dios me lo quito
Un corazon compasivo

Salvador –que tal fue el nombre de pila de quien sería conocido después, ya de fraile, como *Laureano*– nació en el castellonense pueblo de Burriana el 13 de octubre de 1884. Era hijo del matrimonio formado por don Manuel Ferrer y doña Teresa Cardet.

Tras los pasos del mayor

Tenía apenas seis años cuando su hermano mayor, José Manuel, dejó la casa paterna para hacerse fraile. Este acontecimiento se grabó fuertemente en su espíritu infantil y originó, de alguna manera, su despertar vocacional. A partir de entonces, siempre que se conversaba en la mesa familiar sobre la decisión tomada por José Manuel, él repetía como impulsado por un resorte:

–También yo seré fraile como él.

Este deseo de Salvador, que al principio no fue tomado en serio por sus padres, pensando quizá que se trataba de una *cosa de niños* y que se le pasaría con la edad, fue haciéndose sin embargo más fuerte cada día.

A los once años, sus padres, interpretando ya que aquella insistencia del niño por seguir los pasos de su hermano mayor podía ser indicio de una verdadera vocación, decidieron darle permiso para que marchase al seminario.

Rápidamente pasaron para Salvador los cursos de humanidades, entre latines, historias y literaturas, y, como en un abrir y cerrar de ojos, lo que le parecía un objetivo lejano y casi irrealizable, estuvo al alcance de su mano. Los superiores, que observaron durante estos años de estudio sus buenas cualidades para seguir a Cristo como amigoniano, le concedieron vestir el hábito cuando tenía quince años.

ME SEDUJISTE, SEÑOR, Y ME DEJE SEDUCIR

(JR. 20, 7)

Finalizado el noviciado inició los estudios de filosofía y teología, y concluidos éstos fue ordenado sacerdote. Sucedía esto último en 1907.

Al que se vuelva, un tiro

Como amigoniano, Laureano –como ya todos le llamaban– colaboró eficazmente, con su talante compasivo y

misericordioso, a la educación integral de los niños y jóvenes marginados que le fueron confiados.

HACEOS, POR VUESTRA PATERNAL CARIDAD, TODO PARA TODOS A FIN DE GANARLOS A TODOS

(L. AMIGO, OC. 2397)

También tuvo oportunidad de recorrer la geografía española. Las tierras de Cáceres y de Madrid, de Teruel y de Sevilla fueron testigos de su buen hacer con el tiempo, aunque, a partir de 1928, su lugar de residencia fue casi exclusivamente la casa de Godella. Y aquí estaba precisamente al comenzar la guerra.

Como responsable de dicha casa en esos momentos de desconcierto e inseguridad, se enfrentó, con decisión y firmeza, a quienes pretendían entonces incautarse del establecimiento y exigió al responsable del asalto un documento escrito, como condición para desalojar el centro él y el resto de la comunidad, tal como se les estaba indicando.

Su actitud produjo gran tensión y largas discusiones, aunque al final consiguió el deseado documento. Pero cuando se disponía a abandonar el edificio junto a sus compañeros, se le acercó el jefe de las tropas y, arrepintiéndose de lo firmado, le arrebató el documento, mientras les decía con malos modales:

–Estoy harto de contemplaciones. Siga adelante.

Y dirigiéndose a la tropa, les dijo:

–Al que vuelva la cabeza, le pegáis un tiro.

Dios me lo dio, Dios me lo quito

Acogido en Torrent, en casa de una bienhechora de la comunidad, Laureano hizo aquí vida de comunidad con los otros amigonianos que allí estaban hasta su detención.

Llegado el momento, su testimonio martirial denotó el espíritu de quien supo pasar por la vida haciendo el bien, pero sin pretender ni esperar nunca recompensas humanas.

Ante los agravios de que fue objeto en sus últimos días, no se sintió nunca herido por el trato injusto que recibía de una sociedad a la que había dedicado sus mejores años, sirviéndola desinteresadamente en la persona de sus jóvenes más necesitados.

Con la conciencia tranquila de quien había hecho en todo momento lo que debía hacer, esperó pacientemente el momento definitivo leyendo el *Libro de Job*. Las palabras centrales de este libro fueron para él motivo de continua meditación:

–Desnudo salí del vientre de mi madre
y desnudo retornaré a él.
Dios me lo dio. Dios me lo quitó.
Bendito sea su santo nombre.

Y mientras repetía una y otra vez estos versos que resonaban ya en sus oídos como un sonsonete, sintió que se fortalecía su confianza en Dios, quien como a Job parecía repetirle:

–Mira, tú dabas lección a mucha gente,
infundías vigor a las manos caídas;
tus razones sostenían a aquél que vacilaba,
robustecías las rodillas endebles.
Y ahora que otro tanto te toca a ti, te deprimes,
te alcanza a ti el golpe, y todo te turbas.
¿No es tu confianza tu piedad,
y tu esperanza tu conducta intachable?
¡Recuerda! ¿Qué inocente jamás ha perecido?
¿Dónde han sido los justos extirpados?

DESNUDO SALI DEL VIENTRE DE MI MADRE Y DESNUDO RETORNARE A EL

(JOB. 1, 21)

Refugiado, pues, en Dios, Laureano caminó hacia la muerte con el gozo de los verdaderos mártires.

Un corazon compasivo

De carácter complaciente y afable, propenso a atender a todos y particularmente a los enfermos y más necesitados, Laureano se distinguió –como aseguran quienes le trataron de cerca– por su *solicitud casi maternal para con aquellos que tenía bajo su cuidado*.

Cumplía así, con pasmosa fidelidad, lo que Francisco de Asís había pedido a sus primeros frailes:

–Cada uno manifieste su necesidad al hermano, a fin de que él le encuentre y le proporcione lo que necesita. Y cada uno ame y nutra a su hermano como una madre ama y alimenta a su hijo.

Para Francisco el sentimiento de solícita ternura o de cordial preocupación por el hermano debía ser uno de los más característicos de la fraternidad. Él mismo, cuando se sintió ya un tanto achacoso y falto de fuerzas, eligió a fray Elías para que tuviese con él los cuidados propios de una madre.

Y el padre Luis Amigó, en el momento de su última enfermedad, quiso tener junto a él una persona que le transmitiese el afecto y la cercanía que, de forma casi inconsciente, busca todo hombre cuando se siente débil y necesitado, y a tal fin escogió precisamente a nuestro biografiado.

CADA UNO AME A SU HERMANO, COMO UNA MADRE AMA A SU HIJO

(S. FRANCISCO 1 REGLA 9,11)

Fue Laureano el que convenció al padre Luis para que abandonase Masamagrell –donde era cuidado con todo primor por sus hijas, las terciarias capuchinas– y fuese a concluir sus días en Godella. Sabía el padre Luis que junto a Laureano iba a estar bien atendido y querido. Ya para entonces la capacidad de compasión y de misericordia de este hermano era algo proverbial entre los amigonianos. Y a ello había contribuido de modo particular el hecho del que se hace eco la siguiente anécdota: "Al ser disuelta en España la Compañía de Jesús durante la II República, Laureano se dirigió a su residencia en Valencia y le dijo al rector:

–Padre, vengo a llevarme a uno de los religiosos ancianos de su comunidad, nosotros cuidaremos de él.

El superior de los jesuitas, emocionado por el detalle, le contestó:

–No sabe cuánto se lo agradezco. Aquí vienen muchos a ofrecer asilo a los jesuitas, pero la mayoría me piden que les mande un padre docto que pueda ejercer aún la tarea docente. Usted, en cambio, me pide una persona anciana para cuidarla.

Así era Laureano, un hombre en cuyo gran corazón se podían leer las palabras de Pablo que han encabezado este su relato: *Como una madre, os dimos nuestro propio ser*.

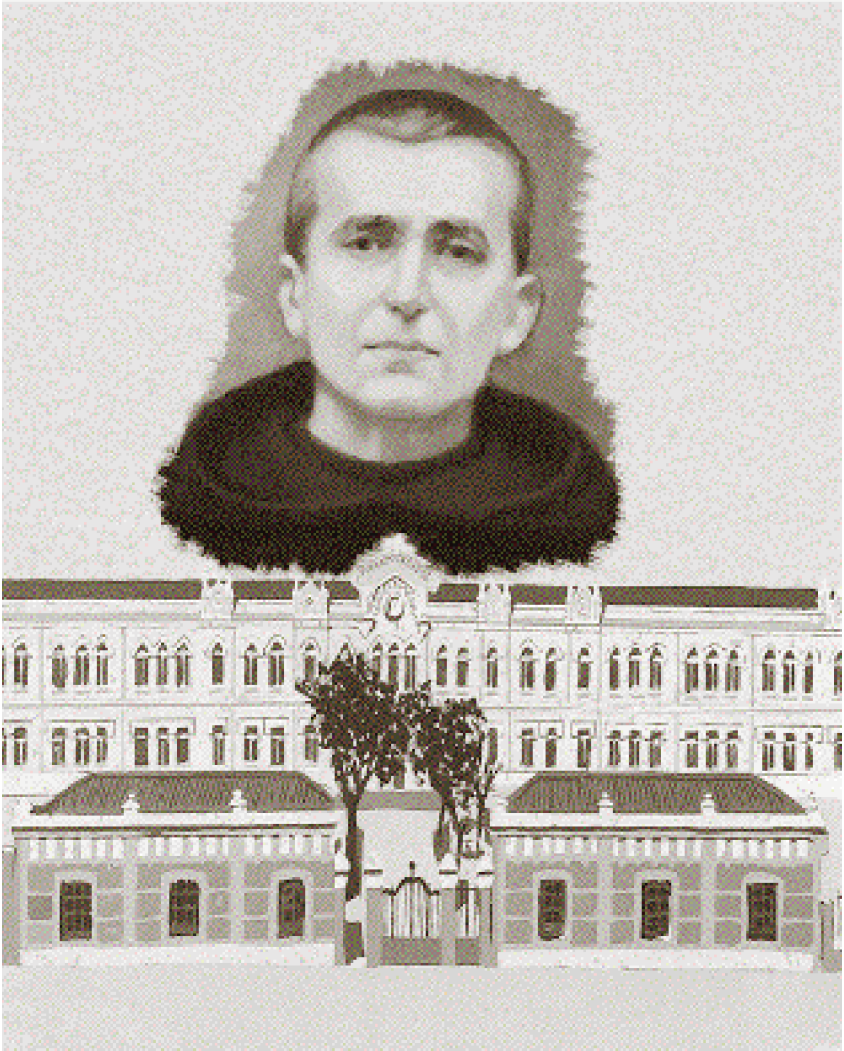
El don más grande que se puede hacer al otro es el regalo del propio *ser* y este regalo conlleva, por su misma naturaleza, entrañas maternales, pues *sólo la madre da el ser*.

Llenaos del Espiritu y recitad salmos, himnos y canticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazon al Senor

(Ef. 5, 18-19)

Benito de Burriana

Un rezador "empedernido"



Cuando aparece la tristeza
Me voy al convento
Hay que obligar a la Virgen
Sin perder la serenidad

Benito –bautizado en su día como José Manuel– nació el 26 de noviembre de 1872 en Burriana, pueblo entonces eminentemente agrícola de la Plana de Castellón, bañado por las aguas del Mediterráneo. Fueron sus padres Manuel Ferrer y Vicenta Chordá.

Agraciado por naturaleza con el carácter alegre y bondadoso de las gentes de la huerta valenciana, los primeros años de José Manuel transcurrieron felices en su familia. Aprendió letras y números en la escuela de su pueblo natal, pero bien pronto tuvo que abandonar las aulas para ayudar a su padre en las rudas tareas del "llauraor", como genéricamente se denominaba en su tierra a los hombres del campo.

Cuando aparece la tristeza

Contaba pocos años, cuando la tragedia enlutó su vida. Su madre, joven todavía, les abandonaba tras rápida enfermedad para reunirse con Dios y la tristeza propia de la orfandad materna se hizo presente.

Nadie puede llenar en el corazón humano el vacío que deja la pérdida de una madre, pues sólo en ella el hijo se ha sentido plenamente querido, apreciado y acogido en su singularidad; es decir, se ha sentido querido "tal cual es" y de forma totalmente gratuita.

SOLO POR SU MADRE SE SIENTE UN HIJO QUERIDO "TAL CUAL ES" Y DE FORMA TOTALMENTE GRATUITA

Casado el padre en segundas nupcias, la casa de José Manuel recobró en parte la alegría. La llegada al mundo de otros hermanos y el afecto de su nueva "madre" mitigaron su pena. No obstante, su carácter, madurado en el dolor, se volvió más reflexivo.

Su adolescencia transcurrió entre el trabajo, los amigos y la vida parroquial. Educado cristianamente por sus padres, le gustaba participar activamente en el apostolado propio de las distintas asociaciones católicas que había en su pueblo. Este contacto con círculos de cristianos más comprometidos, le permitió conocer con prontitud la noticia de que un capuchino acababa de fundar en Valencia una congregación destinada a atender presos y otras personas con problemas, especialmente, niños y jóvenes. Corría el año 1889.

Me voy al convento

Desde que conoció la fundación realizada por el padre Luis Amigó, el espíritu de José Manuel se sintió inquieto. Y esta inquietud se hizo tanto más fuerte cuando un amigo y paisano suyo partió para integrarse en aquella fundación.

La verdad es que ya anteriormente había deseado hacerse fraile, pero nunca, como ahora, el deseo había sido tan vehemente.

FUERON, VIERON DONDE VIVIA Y SE QUEDARON CON EL

(JN. 1,39)

Consultó el asunto con el cura y con la familia y lo comentó con los amigos. Todos le aconsejaron que se lo pensase bien y le animaron a que siguiera adelante si descubría que ciertamente ése era su camino.

Se lo pensó con tiempo. Pero, al cabo de un año de orar todo aquel asunto ante el Señor, el ansia que venía sintiendo, lejos de disminuir, había ido en aumento. Y un buen día, decidido por fin a probar si realmente aquella vida que soñaba estaba hecha para él, comunicó a todos, con el semblante transformado por la alegría:

–Me voy al convento.

Y sin concederse tiempo para más cabileos, marchó a Torrent donde tenían su única casa entonces los amigonianos.

Los frailes lo acogieron con los brazos abiertos. Había llegado en un momento crucial para la nueva fundación que, tras superar unas fuertes crisis, se encontraba ahora –principios de 1890– llena de ilusión y de vitalidad. Rápidamente le informaron que en pocos meses harían su profesión los primeros diecinueve novicios de la congregación que estaban en aquella misma casa, y que, unos días antes, habría una nueva entrada al noviciado, en la que él mismo podría vestir el hábito, si verdaderamente se sentía dispuesto para ello.

Le invitaron, pues, a que se quedase con ellos, a que compartiese su oración, su trabajo y su pobre mesa, y a que descubriese de este modo con mayor claridad si era ésta su vocación.

La experiencia no fue, ni mucho menos, difícil para él. Acostumbrado al trabajo, a la oración y a la austeridad de

vida, se sintió bien pronto entre aquellos frailes como "pez en el agua".

Los superiores, que captaron con claridad su espíritu bondadoso y humilde, observante y trabajador, no dudaron en admitirle a la congregación. Y el 21 de junio de 1890, con diecisiete años de edad, comenzó su noviciado. A partir de entonces se llamaría Benito.

Su vida religiosa transcurrió casi toda en la *Escuela Santa Rita* de Madrid, el primer centro español destinado con exclusividad a la recuperación integral de los niños y jóvenes con problemas de conducta.

Hay que obligar a la Virgen

Al comenzar la guerra, Benito formaba parte de la comunidad establecida en el colegio madrileño *Fundación Caldeiro*. Esta institución fue desalojada y convertida en checa. Cada fraile tuvo que buscarse la vida, como Dios les dio a entender. Unos acabaron salvando su vida y otros, entregándola. Nuestro protagonista, tras una dolorosa odisea, que le llevó de Madrid a Burriana y desde aquí a Torrent, acabó refugiándose en la misma casa en que se encontraba desde hacía ya más de un mes su hermano de sangre, Laureano. Este encuentro entre ambos tuvo lugar el 14 de agosto de aquel mismo año 1936.

EL MEJOR MEDIO DE HACER BIEN A LOS OTROS, ES EL DE ESTAR BIEN LLENOS DEL ESPIRITU DEL SENOR, QUE ES CARIDAD; Y ESTE ESPIRITU SE ADQUIERE EN LA ORACION

(L. AMIGO, 2361)

Durante el mes que permaneció en la casa de sus bienhechores impactó a todos por su concentración interior. *Hablar* –dicen–, *no hablaría en todo el tiempo ni una docena de palabras, pero rezando era incansable*.

Cada día recitaba varias veces el rosario para saludar así a la Virgen de quien era muy devoto. Cuentan de él que el día 12 de septiembre, festividad del Dulce Nombre de María, rezó el rosario de forma tan repetida, que la señora de la casa le preguntó:

–¿No le duele la boca de tanto rezar?

A lo que contestó sonriente Benito:

–Hay que obligar a la Santísima Virgen, pues en esta octava habrá grandes cosas.

Y ciertamente que las hubo. Dos días después de aquello, el 14 era detenido junto con Laureano y el 16 merecía junto con su hermano carnal y otro amigoniano el privilegio del martirio.

SIN PERDER LA SERENIDAD

NO OS DEJARE HUERFANOS, VOLVERE A VOSOTROS. NO SE TURBE VUESTRO CORAZON NI SE ACOBARDE

(JN. 14, 18. 27)

El testimonio de vida de Benito –y particularmente el que nos dejó en sus últimos días– destaca por la *serenidad* de que hace gala.

En su discurso de despedida Jesús dijo a los discípulos: *no tengáis miedo ni os agitéis, no se turbe vuestro corazón ni se acobarde*. Estas palabras de Cristo, que son una postrera llamada a la serena confianza ante las adversidades, encuentran su fundamento en el convencimiento de que Él no dejará nunca huérfanos a los suyos, y en la esperanza de que volverá a dar nueva vida a quienes hayan permanecido fieles.

Por ello, los hombres de fe, hombres llenos al mismo tiempo de esperanza y de amor, no se arredran ni desesperan ante las dificultades, sino que dan entonces mayores pruebas de serenidad, fe y confianza en el futuro.

Benito, al poco tiempo de desatarse la persecución religiosa, consiguió llegar a su casa natal en busca de refugio. Y cuando esperaba encontrar unos brazos amorosos que le acogieran, tuvo que experimentar en propia carne la cruda realidad que se esconde en aquella frase del evangelio: *vino a su casa, y los suyos no le recibieron*. Otra persona, en su lugar, se hubiera sentido, quizá, descorazonada y hubiese perdido la serenidad de espíritu. Pero él, que tenía fundada en Dios su fe y esperanza, sin proferir la más mínima queja, enderezó tranquilamente sus pasos a un nuevo cobijo, consciente de que sólo sucedería lo que Dios permitiese.

Su intensa vida de oración le fue disponiendo durante toda su existencia para que, llegado el momento, supiese hacer suya, sin perder la paz interior de su ser, aquella fuerte oración de Jesús en el huerto:

–Padre, si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Yo os hare pescadores de hombres.
Y ellos, dejando las redes, le siguieron

(Mc, 1, 17-18)

Bernardino de Andujar

De talabartero a educador

Persiguiendo una inquietud

Algo no le cuadraba

Curtidor de jovenes

Bienaventurados los pacificos

A orillas del Guadalquivir, en la ciudad de Andújar, provincia de Jaén, vino al mundo Bernardino, a quien sus padres –Bernardino Martínez Bermejo y Dolores Robles Pontiveros– bautizaron como *Pablo Julián*.

Bien cortas fueron para el pequeño las alegrías y satisfacciones experimentadas junto a los compañeros y amigos de pupitre. Sus padres, gente de escasos recursos económicos, no pudieron ofrecerle la esmerada educación literaria que hubieran deseado.

EN LA ESCUELA DE LA VIDA APRENDIO LECCIONES QUE DIFICILMENTE SE APRENDEN EN LOS LIBROS

Todavía un niño, tiene que dejar los libros para ayudar a su padre en el pequeño taller familiar donde se curtía artesanalmente el cuero para la fabricación de arreos y de otros enseres propios de las caballerías. En esta nueva escuela aprende por experiencia la importancia y necesidad del trabajo, una de esas *lecciones de vida* que difícilmente se aprende sólo en los libros.

Persiguiendo una inquietud

Con el tiempo, sin embargo, las paredes de aquel pequeño taller comenzaron a quedársele estrechas.

Algo en su interior parecía indicarle que su vida no estaba llamada a transcurrir anónima allí. Con las inquietudes propias de la juventud, se despertó en Pablo el deseo de buscar y encontrar nuevo rumbo. No sabía aún con claridad qué es lo que buscaba ni lo que quería pero estaba dispuesto a ponerse decididamente en camino. Y consultó con los suyos su propósito:

–He pensado marchar a Córdoba a trabajar en un cortijo cercano a la capital.

Sus padres, a quienes dolía ya la separación que iban a sufrir del hijo, manifestaron una natural resistencia a secundar sus planes, hasta que comprendieron que le debían dar la suficiente libertad para que siguiera su vocación. Además –pensaron– con el trabajo del taller difícilmente podrían mantenerse, llegado el caso, dos familias.

Triste e ilusionado a un tiempo, dejó Pablo su Andújar natal para encaminarse al nuevo trabajo. Ni tan siquiera podía sospechar entonces que esta decisión era un paso

importante para encontrarse definitivamente con la voluntad de Dios que lo había elegido para trabajar en su viña.

Las tareas del cortijo se desarrollaban con normalidad. A Pablo, acostumbrado desde la infancia a ganarse el pan con el sudor de su frente, no le resultaba pesado el trabajo que se le había encomendado. Los dueños se mostraban satisfechos por su habilidad y buen hacer. Y bien pronto se granjeó la amistad de sus compañeros de fatigas.

QUIEN ENCUENTRA EL TESORO ESCONDIDO VENDE CUANTO TIENE Y LO ADQUIERE

(MT. 13, 45)

Pero había algo allí que no le permitía sentirse completamente feliz. Educado cristianamente por sus padres en la vida de oración, Pablo no encontraba en el cortijo un ambiente adecuado para satisfacer su inclinación religiosa. Por otra parte, su carácter sosegado y tranquilo se hallaba a veces incómodo en medio de aquella vida bullanguera.

A fin de satisfacer mejor sus ansias espirituales, abandonó la seguridad económica que le ofrecía el cortijo y se dirigió a la cercana capital. En Córdoba no tardó en conectar con unos ermitaños que vivían retirados en Sierra Morena. Se hizo amigo de ellos, los visitó, vio cómo vivían, oró con ellos, y decidió quedarse en su compañía.

Algo no le cuadraba

Había llegado a pensar que aquel eremitorio era el lugar donde Dios le quería, cuando poco a poco fue descubriendo que otra vez estaba equivocado. Aquella vida austera, aquella soledad, aquel silencio casi perpetuo, no rimaban con su temperamento, que, si bien era apacible y quieto, le hacía tender a la sociabilidad con sus semejantes.

Tras compartir aquella vida más de dos años, Pablo manifestó la nueva inquietud a sus superiores y fueron ellos mismos los que le pusieron en contacto con los amigonianos. Y conforme fue conociendo más y mejor la vida de éstos, se fue convenciendo más que Dios le pedía cambiar el eremitorio por el convento y abandonar la solitaria vida del ermitaño por aquella más comunitaria y apostólica de los frailes.

Pausadamente y sin agobios, y por caminos inexplicables para los meros criterios humanos, Dios lo había ido conduciendo hacia el lugar que le tenía destinado para su cabal y feliz maduración personal.

Con veintisiete años bien cumplidos, llegó Pablo al Monasterio de Yuste donde tenían entonces una comunidad los amigonianos y allí mismo vistió el nuevo hábito el 15 de abril de 1907 y empezó a llamarse ya *Bernardino,* como su padre.

Curtidor de jovenes

Una de las primeras cosas que hizo Jesús al comenzar su *itinerancia* fue decirles a Pedro y a Andrés y a los hijos de Zebedeo las palabras que encabezan esta biografía de Bernardino: *os haré pescadores de hombres*.

Y yo pienso sinceramente que el *primer hombre* que Jesús invitó a pescar a cada uno de aquellos pescadores *reconvertidos* fue, precisamente el *tesoro de la propia humanidad*. De todas formas, esto no nos interesa de momento.

Lo que sí viene al caso ahora es que aquellos buenos hombres, a partir de entonces, empezaron a experimentar una verdadera *reconversión industrial*.

PESCAR A UN HOMBRE ES AYUDARLE A ENCONTRAR EL TESORO DE SU PROPIA HUMANIDAD

El secreto de dicha reconversión estaba en saber transformar el arte de *pescar peces* en el de *seducir personas*, es decir, en el de *captar* –que, como sabemos tiene mucho que ver con capturar– de tal manera *su corazón*, que acabasen por anhelar en su libertad lo que, sin la sintonía del corazón y del amor, no deja de ser un pesado y frío código de preceptos morales. *Ama y haz lo que quieras*, decía Agustín de Hipona. Y en esto consiste, en definitiva, el *pescar un hombre*, en *ayudarle* de tal manera a *crecer en amor, que acabe siendo un apasionado de todo aquello que es profundamente humano*.

Y lo que un día hizo Jesús con los primeros apóstoles, lo ha continuado haciendo, a lo largo de la historia de la sal-

RENOVAD EN CRISTO A LOS JOVENES DESVIADOS DEL CAMINO DE LA VERDAD Y DEL BIEN

(L. AMIGO, OC. 1780)

vación, con otras muchas personas. Y entre éstas, se encuentra nuestro *Pablo Julián*.

El final de su *prolongada* –y por largo tiempo *insatisfecha* del todo– *inquietud vocacional* estaba precisamente en que volviera a asumir su oficio de *talabartero* –de curtidor–, pero con un *talante nuevo*.

A partir de su encuentro con los amigonianos, el Señor le pedía que fuese un verdadero *curtidor* de los niños y jóvenes, *desviados* –en expresión del padre Luis Amigó– *del camino de la verdad y del bien*.

Y ciertamente supo cumplir –cual *siervo bueno y fiel*– su "nuevo" oficio. Unas veces desde su puesto de educador; otras, acompañando a los alumnos en los recreos; otras trabajando con ellos en el campo o en la granja, y otras, aun, cocinándoles con esmero de profesional y con cariño de madre a fin de *hacerles la vida lo más agradable posible* –como también decía el padre Luis–, contribuyó eficazmente a que aquellos muchachos asumiesen con libertad y agrado un cambio radical en sus vidas.

Bienaventurados los pacificos

Una de las notas más características de la vida de Bernardino fue la de ser un verdadero mensajero de paz y armonía. Con sus palabras y gestos supo trasmitir en todo momento la paz que llevaba en su corazón.

Hoy en día el tema de la paz está de moda. Posiblemente porque hoy, más que nunca, el mundo teme una guerra total y aniquiladora. Las conferencias de paz se multiplican por doquier como la muestra más palpable de una preocupación a la que no se acaba de dar una adecuada respuesta.

En medio de esta zozobra, el espíritu pacífico y pacificador de Bernardino nos pone delante el mensaje de paz del evangelio, que supieron hacer propio San Francisco de Asís y el padre Luis Amigó. La paz verdadera con el prójimo es el resultado de tener paz interior, de haber encontrado el tesoro de la propia identidad y de vivir, en

consecuencia, en feliz armonía con uno mismo. Sólo cuando el hombre se siente interiormente pacificado comunica con sus palabras y gestos una verdadera tranquilidad. Sólo los hombres pacificados consigo mismos hablan de paz sin caer en demagogias o estrategias políticas; sólo ellos pueden ser constructores de una sociedad más pacífica y pacificadora.

Al final de sus días, Bernardino afrontó la cárcel, tormentos y la muerte con la misma tranquilidad que había distinguido su vida.

Dispersada la comunidad de Godella de la que formaba parte al comenzar la guerra, encontró refugio en Torrent en casa de unos familiares del padre Valentín, otro religioso amigoniano y junto con él fue detenido a finales del mes de agosto.

SON PACIFICOS LOS QUE PADECEN POR AMOR Y CONSERVAN LA PAZ DE ALMA Y CUERPO

(S. FRANCISCO ADMONICION, 15)

En su martirio, tuvo compañeros de destino a los dos amigonianos naturales de Burriana de los que hemos hablado antes.

Sin proferir lamentos, sin perder la serenidad, se dirigió con entereza al lugar donde, en medio del estruendo de las armas, selló su último mensaje de paz.

Dibujo de José Luis Macías

Dibujo de Luis Gans

ESCENA PEDAGOGICA AMIGONIANA.

Como la labor pedagógica es tanto más eficaz cuanto mayor sea "a la medida" del sujeto a quien se aplica, los educadores procurarán individualizar el tratamiento.

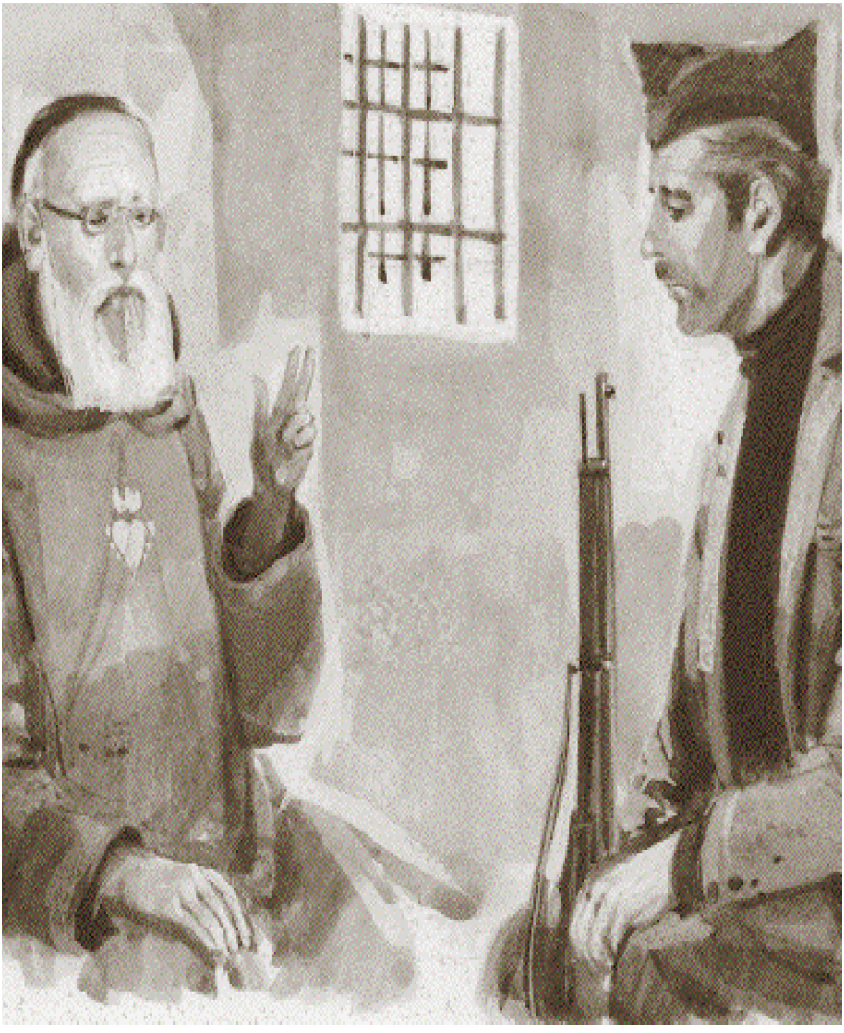
(Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos, nº 0.246)

Bienaventurados los pobres y los mansos, los sufridos y los hambrientos, los misericordiosos y los limpios, los pacificos y los perseguidos

(Mt. 5, 3-10)

Ambrosio de Torrent

Una auténtica florecilla



Dibujo de José Luis Macías

SEMINARISTA DE "A PIE"
PREFIRIO EL HABITO A LA SOTANA
PERDONANDO DE CORAZON
UN ALMA DE DIOS

Corría el año 1866, cuando, el 16 de abril, nació en Torrent –hijo de una humilde familia formada por don José Chuliá y Mª Rosa Ferrandis– nuestro biografiado Ambrosio, a quien en el bautizo se le puso como nombre *Salvador*.

Seminarista de "a pie"

CADA DIA SUS PIES TENIAN QUE RECORRER LOS VEINTE KILOMETROS QUE HABIA –ENTRE IDAS Y VENIDAS– DESDE SU CASA AL SEMINARIO

El ambiente cristiano del hogar favoreció su despertar vocacional hacia el sacerdocio cuando aún era un niño. Sus padres, sin embargo, que carecían de los necesarios recursos económicos para costear sus estudios en el seminario de Valencia fueron dando largas a sus inquietudes.

Pero un buen día, el joven se presentó en casa con una propuesta:

–Papá, mamá... Para el curso que viene me gustaría ir al seminario. En la escuela del pueblo ya no pueden enseñarme nada nuevo, y además vosotros sabéis que para ser cura hay que estudiar latín.

–Pero hijo... –quisieron intervenir sus padres, aludiendo sin duda al problema económico.

–*¡Ah!...* –interrumpió Salvador– *no os preocupéis por el dinero. Hay jóvenes del pueblo que están dispuestos a ir al seminario y ya lo tenemos todo pensado. Cada día caminaremos de madrugada a Valencia para asistir como externos a las clases y al atardecer regresaremos a casa.*

Sonrieron sus padres, pensando que aquellos planes, plagados de dificultades, no durarían más que unas semanas, pero dieron su consentimiento.

Así comenzó para Salvador un tren de vida que se alargó varios años. Todos los días sus pies tenían que caminar veinte kilómetros para recorrer la distancia que, entre ida y vuelta, separaba su casa del seminario. Cada mañana debía madrugar para estar a punto al comenzar las clases. Cada noche, a pesar del cansancio, debía estudiar para preparar bien sus tareas escolares. Pero nada de esto le importaba. Su ilusión por ser sacerdote era más fuerte que todas aquellas fatigas e incomodidades.

Prefirio el habito a la sotana

Casi sin darse cuenta, fueron pasando los años. Entre tanto, su padre había muerto. Él había sido ordenado ya de diácono. Y su madre y hermanas vivían ilusionadas bordando el ajuar y los ornamentos de quien ya pronto cantaría su primera misa. Ya sólo faltaba un curso escolar.

De pronto, todas las ilusiones de su madre y hermanas se fueron al traste. Hacía ya algún tiempo que Salvador –sin que ellas llegasen a sospechar nada– venía dándole vueltas a la idea de meterse fraile. Este pensamiento le quitaba el sueño, sobre todo desde que, a mediados de 1889, el coadjutor de su parroquia, el joven y simpático sacerdote don José Méndez, decidió cambiar la sotana del clero secular por el hábito propio de una congregación que acababa de fundar el padre Luis, un capuchino muy querido y admirado en Torrent, donde solía ir a predicar desde 1883 cuando había dirigido allí una misión popular que fue todo un éxito.

Una de las veces en que volvía de su casa durante el último año de teología; una de las últimas veces en que regresaba al seminario, tras unas vacaciones familiares, para completar su formación de cara a la ordenación sacerdotal, Salvador le dijo inesperadamente al cochero que lo llevaba:

–Por favor, dé la vuelta.

–Pero, don Salvador, ¿no vamos a Valencia, al seminario?

–No, no vamos a Valencia. Regresemos a Torrent y, al entrar en el pueblo, enfila la calle del convento.

EL RELIGIOSO SE COMPROMETE A SEGUIR MAS DE CERCA A CRISTO, POBRE, VIRGEN Y OBEDIENTE

(VATICANO II)

Así, sin más ni menos, daba cumplimiento Salvador al sueño e ilusión que venía alimentando en el silencio de su corazón.

El 17 de mayo de 1891 vistió el hábito amigoniano y cambió ya su nombre por el de Ambrosio. Un año más tarde, siendo todavía novicio fue ordenado sacerdote. El mismo padre Luis Amigó, haciéndose eco del acontecimiento anotó en los *Apuntes* que nos dejó sobre su propia vida:

–En el año 1892, el 5 de abril, me concedió el Señor el consuelo de poder asistir a la celebración de la primera Misa de cuatro de mis religiosos, los primeros que se ordenaban en la Congregación.

PERDONANDO DE CORAZON

De todo el grupo amigoniano de Torrent es precisamente el martirio de Ambrosio, del que se conserva un relato más minucioso y detallado.

NO HABLAREIS VOSOTROS, EL ESPIRITU DE VUESTRO PADRE HABLARA POR VOSOTROS

(MT. 10, 20)

Al iniciarse la guerra, él estaba en Monte Sión y fue acogido inmediatamente en casa de su hermano en donde permaneció, con relativa calma y tranquilidad, hasta que fue conducido a la cárcel a finales del mes de agosto de aquel mismo año 1936.

Instalado en la prisión de la Torre, bien pronto tomó conciencia del peligro que corría su vida y la de los otros amigonianos que le acompañaban. Y de hecho, cuando recibieron allí mismo una visita del juez de primera instancia de la población, que les animaba a tener plena confianza en una próxima liberación, fue Ambrosio el que sin perder el temple comentó:

–Nosotros sólo saldremos de la cárcel para ser martirizados.

Prueba de ese temple la había dado ya al despedirse de los suyos en el momento de su detención. Fue entonces tal su aplomo, que todos quedaron convencidos de que *estaba totalmente en manos de Dios*.

Y más pruebas de esa misma fortaleza las continuó dando después durante todo el tiempo de su cautiverio y particularmente al acercarse la hora del definitivo testimonio. No dejó de ser llamativo el hecho de que, a pesar de su temperamento tímido y apocado, se convirtiese en el verdadero animador de sus hermanos y en el portavoz del grupo.

En efecto, cuando los sacaban de la cárcel para iniciar el "paseillo" exhortó a los demás a recibir con alegría la última suerte con estas palabras:

–¿Qué méritos habrá visto Dios en nosotros para otorgarnos la palma del martirio? ¡Pensémoslo bien...! ¡Gracias, Señor, por la inmerecida gloria que nos das!

Después, mientras se dirigían ya al lugar fatal dijo a quienes iban a darles muerte:

–¿Sabéis lo que vais a hacer?

–Abuelito –le respondió uno, mofándose– *usted, a callar. Después de hacerle un chorro grande de sangre, usted irá al cielo. De nosotros, no se preocupe.*

Poco antes de recibir la descarga de fusil, aún pidió que le desatasen:

–¿Para qué? –preguntó uno entonces–.

–Para bendeciros.

Como única respuesta recibió un empujón que lo tiró al suelo. Y alzándose, como pudo, aún alcanzó a bendecirlos con las manos atadas.

Todavía se dirigió una vez más a sus compañeros de martirio exhortándoles con alegría a bien morir y les dio la absolución.

Sus últimas palabras –dicen– fueron las mismas de Jesús en la cruz:

–Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Perdónales porque no saben lo que hacen.

Un alma de Dios

FORMAD VUESTRO ESPIRITU Y CONFORMAD VUESTRA VIDA AL MODELO QUE EL SENOR NOS PRESENTA EN SAN FRANCISCO

(L. AMIGO, 1832)

Las gentes de antes –más que las de ahora–, cuando querían destacar la bondad de una persona, solían decir:

–Era un alma de Dios.

En la familia franciscana a esas almas de Dios se las ha preferido denominar tradicionalmente con el apelativo de *florecillas*.

Lo de *florecilla* es una expresión muy llana y "de ir por casa" para hacer referencia a lo más castizo del *fraile menor*; un fraile que –según el proyecto franciscano de vida– debe distinguirse por la

sencillez y humildad, por la simplicidad y descomplicación, por la mansedumbre y la paciencia, por la bondad y la misericordia, y, en fin, por el gozo interior y la alegría exterior. Dicho de otra manera, el fraile menor está llamado a ser una persona hecha "a golpe de bienaventuranzas", es decir, a fuerza de encarnar esos *ocho matices del amor* que Cristo resumió en su famoso *código de la felicidad*.

GUARDENSE LOS HERMANOS DE TODO ORGULLO Y VANAGLORIA. CULTIVEN LA HUMILDAD, LA PACIENCIA Y LA PURA, SENCILLA Y VERDADERA PAZ

(S. FRANCISCO 1 REGLA 17, 9-15)

No todas las florecillas, sin embargo, aun reproduciendo en sí la integridad polícroma del sermón de la montaña, tienen idéntica fisonomía. Cada una de ellas se distingue por la tonalidad con que asimila cada uno de esos ocho matices o valores. La florecilla amigoniana cuya vida estamos leyendo ahora se identifica particularmente por la *mansedumbre*.

No es posible practicar la mansedumbre sin una gran dosis de dominio del propio yo y de los propios quereres. No en balde, san Francisco la presentó hermanada con la humildad. Las personas que sobrevaloran su personalidad, que hacen de su "yo" un objeto de autoadoración, no están preparadas para responder con dulzura y amabilidad cuando los acontecimientos no se desarrollan según los propios proyectos y criterios. Por otra parte, el adquirir la virtud de la mansedumbre, de la afabilidad y delicadeza en el trato con los demás, resulta especialmente doloroso a los hombres que la naturaleza ha dotado con un carácter fuerte.

Dado su genio irascible, pronto y violento por naturaleza, que dejó entrever en su niñez, a nuestro protagonista le costó mucho conseguir esta virtud.

Sin embargo, con la gracia del Señor y con la propia colaboración a la misma, fue adquiriendo tal mansedumbre de carácter que llegó a maravillar a quienes le trataron en su edad madura.

Y esa mansedumbre le ayudó decisivamente a la hora de dedicarse a la formación de las nuevas generaciones amigonianas; tarea a la que consagró fundamentalmente su vida.

A todos impactaba positivamente el carácter de aquel hombre que no se alteraba fácilmente, que sabía, en su

serenidad y armonía de ánimo, encontrar cosas buenas en todos y que no hablaba mal de nadie. Con relación a esto último, se cuenta de él esta anécdota con que lo despediremos: "En una ocasión, yendo de paseo con unos frailes jóvenes, se cruzaron con un hombre que estaba completamente beodo y aquellos frailecitos, queriendo poner a prueba su habilidad para echar capotazos ante situaciones delicadas comentaron con cierta picardía:

–¿Qué le pasará a ése que va haciendo eses? ¿Usted qué piensa?

–Será que tiene debilidad de piernas –respondió Ambrosio sin perder su sonrisa e intentando "de todas todas" disculpar a aquella persona–.

NO NOS FIJEMOS EN LOS DEFECTOS, SINO EN LAS VIRTUDES DE LOS DEMAS

(L. AMIGO, OC. 1819)

QUIENES HAYAN TENIDO NOTICIA DEL PECADO DE OTRO, NO LO AVERGUENCEN NI HABLEN MAL DE EL, ANTES BIEN, USEN CON EL DE GRAN MISERICORDIA Y GUARDEN MUY EN SECRETO EL PECADO DE SU HERMANO, PUES NO NECESITAN DE MEDICO LOS SANOS, SINO LOS ENFERMOS.

(S. FRANCISCO. CARTA A UN MINISTRO, 15)

El Buen Pastor va delante de sus ovejas, da la vida por ellas, y no las abandona ni huye

(Jn. 10,4. 11-12)

Valentin de Torrent

"Cantaor" de la pedagogía

Dibujo de José Luis Macías

De momento, al convento
Yo de aqui, no me voy
A Colombia, de improviso
¡Vaya pieza de educador!
Como los robles
Haciendo camino al andar

EL NINO PROGRESABA EN SABIDURIA Y ESTATURA DELANTE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

(LC. 2, 52)

El 6 de marzo de 1896 nació en Torrent quien más tarde sería conocido por todos como Valentín. Para entonces, hacía ya seis largos años que los amigonianos, instalados en el viejo convento alcantarino de Monte Sión, habían pasado a ser vecinos fijos del pueblo. Sus padres –don Vicente Jaunzarás Tronch y doña Francisca Gómez Baixauli–, que eran profundamente cristianos, lo acercaron inmediatamente al bautismo y le pusieron por nombre *Vicente*.

Sus primeros años transcurrieron felices en su familia que, además de piadosa, disfrutaba de una posición social bastante acomodada.

Tan pronto como tuvo la edad mínima requerida, sus padres lo enviaron con el bueno de don Victoriano Andrés, un maestro verdaderamente vocacionado y consagrado de corazón a su labor, que dirigía una escuelita en la población.

Allí pasó algunos años, hasta que un día aquel buen hombre y maestro, que había percibido en Vicente una inteligencia preclara para el estudio, se presentó en casa y les dijo a sus padres:

–Es una pena que el niño continúe por más tiempo en mi escuela. Allí no tiene ya nada que aprender y se le ve muy despierto e inteligente. ¿Por qué no buscan algo en Valencia?

De momento, al convento

Vicente tenía entonces diez años y desde hacía algún tiempo mostraba una cierta inclinación al sacerdocio.

Sus padres, aunque tenían gran amistad con los frailes del convento, habían pensado siempre que si su hijo decidía ser sacerdote marchara a estudiar con el clero secular. ¡Ya se sabe, cosas de pueblo y de la mentalidad de la época! Se tenía la creencia de que un hijo cura siempre continuaba unido a la familia, mientras que un hijo fraile era un hijo que la familia perdía.

No obstante, cuando tuvieron que tomar la decisión de mandarle al seminario de Valencia les dio pena.

–*¡Es tan pequeño aún!* –exclamaba doña Clarica, como popularmente era conocida su madre–.

–*¿Cómo va a defenderse allí, acostumbrado a que sea yo quien se lo arregle todo?*

Optaron, pues, por que el primer año de latín lo pasara con los frailes del convento que, por cierto, habían abierto, desde hacía poco, en Torrent estos estudios para sus seminaristas. Allí, Vicente estaría más cerca de su casa y su madre podría visitarle con más frecuencia y tenerle a punto su ropa. Después –pensaron– ya iría al seminario de Valencia con un poco más de experiencia acerca de la vida de grupo.

YO DE AQUI NO ME VOY

Sin saberlo, los padres de Vicente estaban secundando los planes de Dios, quien había escogido al niño para que formara parte de la familia amigoniana.

Se dieron perfecta cuenta de ello, cuando, considerando que ya era hora de que marchase al seminario de la diócesis, se presentó en el convento su madre para llevárselo definitivamente:

–*Mamá* –le dijo entonces Vicente–, *yo quiero quedarme aquí. Con los frailes me siento muy a gusto y quiero ser uno de ellos.*

CON LOS FRAILES ME SIENTO MUY A GUSTO. Y QUIERO QUEDARME AQUI

Ella, interpretando aquello como una reacción típica de un niño a quien se le quiere separar de sus amigos, o como un sentimiento superficial y, por ende, pasajero en su hijo, intentó forzar su voluntad para que la acompañara, pero Vicente, tirándose a tierra, exclamó entre llantos:

–*Yo de aquí, no me muevo. Sólo me iré, a la fuerza.*

Esta actitud conmovió profundamente a su madre y con lágrimas en los ojos accedió a que se quedara con los que él llamaba cariñosamente "sus frailes".

La trayectoria posterior de Valentín –como se llamó desde que vistió el hábito amigoniano el 15 de octubre de 1911– fue rápida y llena de éxitos.

Dotado de viva y fina inteligencia superó con brillantez los estudios de la carrera eclesiástica y, particularmente tras su ordenación como sacerdote –que tuvo lugar el 29 de mayo de 1920–, profundizó en los conocimientos de las ciencias psicopedagógicas, tan acordes con el fin especial a que se dedican los amigonianos.

A Colombia, de improviso

DIOS SUELE APROVECHAR LOS IMPREVISTOS HUMANOS PARA SALIRSE CON LA SUYA

En los planes humanos no estaba, quizá, calculado que Valentín marchase a Colombia en la época en que acabó yendo.

Tras haber dirigido en 1922 –como su primer director– la Colonia de San Vicente Ferrer en Burjasot y haber cumplido en Melilla el servicio militar, su vida parecía estar orientada a dirigir, dentro de España, importantes instituciones, dedicadas a la educación de los niños y jóvenes con problemas.

De hecho en 1926 pasó a dirigir la casa de Teruel y, tres años después, –en julio de 1929– fue nombrado para dirigir en Zaragoza el Reformatorio del Buen Pastor, uno de los más importantes y mejor dotados, entonces, de toda España.

El nombramiento –como era preceptivo– debiera haber durado al menos hasta 1932, pero un problema legal –surgido a raíz de unas convalidaciones mal hechas y de unos títulos académicos gestionados un tanto al margen de lo establecido– provocó que, dejando con prisas la ciudad del Ebro, tuviese que cruzar improvisadamente el "charco" para llegar a tierras colombianas donde los amigonianos estaban presentes desde el año anterior, 1928.

No obstante, Dios –que suele escribir derecho con renglones torcidos– aprovechó este "imprevisto" para salirse con la suya. Y tal como Él sí tenía pensado, la estancia de Valentín en Colombia, aunque sólo duró tres años, contribuyó muy positivamente no sólo a la propia maduración personal y pedagógica del interesado, sino también a una más profunda y mejor implantación de la pedagogía amigoniana en América.

Durante su estancia allí, escribió y publicó distintos artículos y pronunció unas conferencias sobre educación que fueron muy aplaudidas. A partir de entonces lo amigoniano empezó a ser seriamente valorado en Bogotá y Valentín se convirtió oficialmente en uno de los principales estudiosos y ponentes del sistema pedagógico propio de su congregación.

¡Vaya pieza de educador!

Aunque no fue de la primera hornada de pedagogos amigonianos, Valentín tuvo la gran suerte y ventaja de ser discípulo directo de ellos y de ser uno de los pioneros en afrontar el reto de sistemar una praxis educativa que ya venía siendo tradicional.

Su síntesis pedagógica destaca particularmente por la fuerza e importancia que concede al *sentimiento*. En Valentín, la pedagogía amigoniana "se hace carne" proclama con nitidez su rostro humano y se trasmite "de corazón a corazón".

EL EDUCADOR DEBE SER PRIMORDIALMENTE UN ARTISTA

(VALENTIN DE TORRENT)

Él –como esos *cantaores del cante jondo*, que regalan a raudales el sentir de un pueblo– se constituyó, sin duda, en el gran *"cantaor" de la pedagogía amigoniana* por la fuerza con que expresa en ella el sentimiento. Lo que sigue pudiera ser un ejemplo de ello:

–El fin de la educación es, ante todo y sobre todo, "formación del corazón". El educador debe ser, pues, primordialmente un artista.

La disciplina –conjugando siempre suavidad y fortaleza– debe ser en todo momento expresión de una "solicitud verdaderamente paternal por los alumnos". Y la misma vigilancia debe vivirse como "un latido de amor maternal siempre solícito por sus hijos", como "amor que vigila".

Al alumno hay que recibirlo con gran simpatía. Hay que mostrarle que verdaderamente se le quiere. Hay que ganarse su corazón, consiguiendo que lleguen a convencerse de que sus educadores le aman. Así se provocarán en él sentimientos de gratitud para con ellos y se abrirá a la esperanza.

PARA EL VERDADERO EDUCADOR, NO EXISTE EL MUCHACHO DIFICIL

(VALENTIN DE TORRENT)

Para todo ello, el educador debe ser –según las palabras de San Pablo– amor paciente y benigno, amor que todo lo sufre, todo lo espera y todo lo aguanta. Quien no sienta latir en su corazón el amor, la compasión hacia los jóvenes en dificultad, ese no tiene vocación para dedicarse a ellos. Pero sí, quien ha oído los quejidos amorosos del Buen Pastor, que va, precisamente, tras la oveja descarriada y quiere imitarle. Sólo si el educador se siente inflamado por la llama del amor, está dispuesto, además, a vencer las dificultades que se oponen a la realización de sus deseos y a afrontar las dificultades. El que quiere a sus alumnos, se sacrifica por ellos. Para el verdadero educador no existe el muchacho difícil.

Como los robles

El sábado 18 de julio de 1936, Valentín –que estaba entonces de superior y director del Seminario San José, de Godella– se encontraba circunstancialmente en el convento de Torrent donde había ido para ayudar en las confesiones.

Al amanecer del día siguiente la situación en Monte Sión presagiaba ya tragedia. La casa había sido rodeada por personas armadas cuyas intenciones eran fáciles de adivinar. El superior del convento –el padre Prudencio de Palmera– amenazado de muerte hacía poco tiempo, tuvo que huir precipitadamente, escurriéndose por las acequias hasta llegar a descampado. Valentín, como persona con más carácter, quedó al frente de aquella comunidad amigoniana de su pueblo natal. Lo primero que hizo fue abrir la puerta a los asaltantes que amenazaban ya con derrumbarla. Los acompañó después por las distintas dependencias y, al llegar a la iglesia, tuvo la suficiente sangre fría, para hacer sentar a aquella gente, mientras él se dedicaba a consumir las muchas formas eucarísticas que había en el sagrario.

Ante el espectáculo, uno de aquellos hombres, que no debía ser muy ducho en cosas de iglesia, le dice en voz alta a su compañero:

–Esperemos a que termine el fraile de desayunar.

Terminado el registro, Valentín y el resto de sus compañeros fue conducido al Ayuntamiento y allí escuchó cómo uno de los jerifaltes ordenó a sus subordinados:

–Los frailes que tienen familia cerca, que se vayan a sus casas; y a los de lejos, los tiráis debajo el puente.

Casi no pudo terminar la frase, el propio Valentín, saliendo al paso de aquella falta de sensibilidad y humanidad, dijo:

–Yo tengo casa para ellos.

Y tras llevárselos a su casa, los fue distribuyendo entre parientes y amigos, como Dios le dio a entender.

OS PERSEGUIRAN POR CAUSA DE MI NOMBRE; PERO EL QUE PERSEVERE HASTA EL FIN, ESE SE SALVARA

(MT. 10, 22)

Dos días más tarde –el martes 21– fue incendiado el convento de Monte Sión y cuando Valentín se dio cuenta salió con su hermana Francisca y, puesto en medio de la calle del convento, consiguió que los autores del atropello se volvieran para atrás, pero ya era demasiado tarde, pues las llamas se habían apoderado del inmueble. Contemplando el dantesco espectáculo, mirando con ojos enrojecidos por las lágrimas aquel santuario ahora consagrado al fuego, repetía inconsolable:

–Si llego a sospechar lo que querían, no hubiese abandonado Monte Sión y me hubiese jugado allí la vida.

Al día siguiente vino un coche del comité de Godella con el encargo de conducir allí a Valentín en su calidad de superior de la comunidad amigoniana de aquella población. Llegado al Seminario San José, lo incomunicaron tres días durante los que, como un sonsonete, le repetían:

–Mira, si no nos dices dónde tenéis escondidas las armas, os vamos a matar.

–Matadme si queréis –les repetía Valentín sin perder la serenidad–, *pero aquí no hay armas.*

Cuando llegó el momento de abandonar la casa de Godella, el propio Valentín dijo a quienes les expulsaban por la fuerza de su propiedad:

–El último que saldrá de aquí, seré yo. Los de cerca irán a sus casas y los demás me los llevaré yo a la mía.

SU CARACTER FUERTE, PURIFICADO EN EL DOLOR, FUE SU ESCUDO EN EL MARTIRIO

Y se presentó en Torrent con trece personas –entre frailes y seminaristas– que una vez más hubo que distribuir entre distintas familias. Él se quedó ya en casa de sus hermanas. Desde allí salió aún para gestionar la liberación de dos religiosos que habían quedado presos y desde allí, él mismo –ya detenido– fue conducido a la cárcel el 28 de agosto de aquel mismo año 1936.

Durante los días que estuvo en la prisión impactó a todos por la entereza con que se comportó. Entereza de la que dejó constancia el hecho de que la víspera de su muerte, cantase con tal fuerza y tan a "todo pulmón", que el propio carcelero llegó a decir esa noche a una de sus hermanas cuando fue a llevarle la cena:

–¡Caramba, cómo se ha lucido hoy tu hermano, cantando las Llagas de San Francisco!

Lo que no sabía aún el carcelero es que aquél había sido el último atardecer de Valentín. Esa misma noche sería sacado de la cárcel con otros cuatro amigonianos hijos del pueblo, y al día siguiente, al amanecer, apareció su cuerpo sin vida.

Así, como los robles, sin doblegarse ni derrumbarse, aceptó y afrontó Valentín el último tramo. Su carácter fuerte –que, circunstancialmente, llegó a causarle problemas de convivencia con algunos hermanos–, purificado ahora con el sufrimiento, le ayudó en los trágicos momentos del final a testimoniar, sin sombra alguna, la fortaleza típica de los verdaderos mártires.

Haciendo camino al andar

CAMINANTE, NO HAY CAMINO. SE HACE CAMINO, AL ANDAR

(A. MACHADO)

Inspirado en la figura bíblica del Buen Pastor que va delante de las ovejas para mostrarles así el camino a seguir, Valentín se convenció de la honda verdad que se encierra tras las palabras del padre Luis Amigó:

–Nuestra misma naturaleza posee innata propensión a fiarse y creer más que en las palabras en el ejemplo de

EL EJEMPLO ES EL MEJOR PREDICADOR Y SU FUERZA DE PERSUADIR, IRRESISTIBLE

(L. AMIGO, OC. 1087)

vida del que nos exhorta, pues el ejemplo es el mejor predicador y su fuerza de persuadir es irresistible.

Por todo ello, convirtió el testimonio en una de las normas fundamentales de su personal actuación como educador.

Haciendo camino al andar –como dice el poeta– o, mejor aún, *haciéndose camino al andar*, como sugiere el texto bíblico, Valentín presentó a sus alumnos, con su propia vida, los valores que le proclamaba de palabra.

Frente a una sociedad que muchas veces basa su fuerza en palabras rimbombantes y en huecas promesas, él ofreció la mejor lección a los jóvenes que educó con su testimonio y actuación. Y éstos, cansados de frases bonitas y palabras vacías, descubrieron en él una persona que llegó a impactarles por la coherencia que había entre su decir y hacer.

Dejad que los ninos se acerquen a mi

(Lc. 18, 16)

Recaredo de Torrent

Entre el convento y la calle

Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

ANDANZAS DE UN SEGLAR
TAMBIEN EL QUEDO ATRAPADO
¡QUE SUERTE TIENEN ALGUNOS!
SIN FRONTERAS

El 22 de agosto de 1874 –el mismo año en que el joven valenciano José María Amigó y Ferrer, abandonó su casa para hacerse capuchino –nació en Torrent, Recaredo, que fue bautizado también como José María. ¿Quién podía predecir entonces que las vidas de estas dos personas llegarían a entrelazarse íntimamente, unidas en un mismo ideal?

BIEN PRONTO, LE TOCO COMPARTIR EL APRENDIZAJE TEORICO CON EL MANUAL

Hijo del matrimonio formado por don Luis Llópez Barberá y doña Constantina Mora Ricart, creció y se educó en el pueblo que le había visto nacer. Aquí frecuentó con asiduidad y gusto las aulas escolares, aunque bien pronto compartió el aprendizaje teórico con el manual. Su padre necesitaba de su ayuda y tuvo que compaginar las horas de escuela con aquellas otras que dedicaba a los trabajos de la huerta. Su principal distracción durante esta época de su vida fueron los amigos.

Andanzas de un seglar

Pero... ¿qué hacer? ¡Resulta a veces tan aburrida la vida del pueblo! Un día, tomó una decisión.

–*Iré a visitar a don José, a ver si me orienta* –se dijo entre pensativo y melancólico–.

Don José era el coadjutor del pueblo. Un joven sacerdote que había llegado a Torrent casi recién ordenado. Se había ganado el afecto de todos los vecinos, especialmente a partir del cólera de 1885 cuando, sin miedo al contagio, se dedicó con toda generosidad a atender y prestar ayuda a los apestados. Además era muy emprendedor y con ideas sociales muy avanzadas. Incluso había fundado en el pueblo un Patronato Católico para atender a los obreros. Se notaba que los educadores jesuitas que había tenido en el Seminario de Valencia se habían preocupado de transmitirle esa sensibilidad social que empezaba a sentirse en la Iglesia desde hacía algunos años y que León XIII acabaría recogiendo en su famosa encíclica *Rerum Novarum*.

Cuando el joven sacerdote vio llegar a José María se alegró sinceramente. Hacía años que lo conocía, como

conocía también a sus padres, católicos practicantes. La conversación fue corta. No hacen falta muchas palabras cuando los corazones están unidos en sentimientos e ideales:

–*José María* –le dijo el coadjutor–, *mañana, después del trabajo, nos vemos en los locales del Patronato.*

Y así, un poco hoy y otro poco mañana, José María se vio implicado en las actividades apostólicas promovidas por el joven sacerdote. Allí se fue sintiendo más realizado. Al contacto con aquella actividad, fue encontrando, además, pleno sentido a su fe.

TAMBIEN EL QUEDO ATRAPADO

Sin embargo, aquella apacible y feliz tranquilidad le iba a durar poco. Un día de mayo del año 1889, Torrent amaneció sobresaltado:

–*¿Sabéis la última?* –se preguntaban unas a otras las asistentes a la primera misa del día–.

–*¡Don José se ha ido de fraile! ¡Don José se ha ido de fraile!* se repetían ellas mismas, sin acabárselo de creer.

TENEMOS QUE CONSEGUIR QUE DON JOSE VUELVA AL PUEBLO COMO COADJUTOR

Aquello fue como "un cubo de agua fría" para los jóvenes que se habían enrolado entusiasmados en las actividades parroquiales.

–*¡No puede ser!* –comentaban descorazonados unos–.

–*¡Hay que conseguir que regrese!* –apuntaban los más emprendedores–.

Por fin se pusieron todos de acuerdo:

–*¡Muchachos* –dijo uno que tenía talla de líder–, *mañana, a la una, después de comer, nos vemos en la plaza. Iremos a la Cartuja de El Puig y ya veréis que convenceremos a don José para que se vuelva con nosotros. ¡No faltaba más!*

Al día siguiente, cuarenta jóvenes acudieron puntuales a la cita. Entre ellos estaba José María. La marcha de aquellos jóvenes, recorriendo a pie, por los polvorientos caminos de la huerta, los más de veinte kilómetros que separan dicha Cartuja, de Torrent, parecía una verdadera manifestación.

Casi de noche, llegaron a su destino, y, sin detenerse demasiado en saludos preguntaron "a boca jarro" al fraile que les franqueó la puerta:

–*¿Está don José?*

ELLOS NO CONSIGUIERON SU PROPOSITO, PERO DIOS SI QUE CONSIGUIO EL SUYO

–*¿Don José?* –preguntó a su vez, un tanto extrañado el portero–.

–*Sí, don José, el coadjutor de Torrent* –insistieron ellos–.

–*¡Ah, bueno, perdonen! Es que aquí lo llamamos el padre José de Sedaví. Ya saben, cosas de frailes. Pero... no se queden ahí en la puerta. Pasen, pasen... que enseguida le aviso.*

Hablaron y hablaron con él, compartieron la pobre mesa de aquellos austeros frailes, reposaron allí, y al otro día partieron de nuevo hacia su pueblo, pero sin "su" don José. No obstante, el viaje no fue en balde. Es verdad que ellos no consiguieron su propósito, pero Dios sí consiguió el suyo. Varios de aquellos jóvenes, cautivados por el ejemplo de su coadjutor y de los otros frailes, decidieron volver a la Cartuja para quedarse allí. José María fue uno de los primeros. Marchó a principios de junio y el 21 de dicho mes del año 1889, ingresó como religioso terciario capuchino, llamándose desde entonces *Recaredo*.

¡Que suerte tienen algunos!

Al iniciarse la contienda, Recaredo estaba de comunidad en Monte Sión y el 19 de julio, tras pasar por el Ayuntamiento junto al resto de sus compañeros, se refugió en casa de su único hermano Manuel.

Desde el principio, Recaredo se mostró como un hombre fuerte y para nada temeroso, que incluso se permitía el lujo de animar al resto de su familia que sentía una cierta preocupación por su futuro.

Pruebas de esa misma fortaleza, las dio también cuando empezaron a producirse en el pueblo las primeras muertes violentas:

–*¡Ay, qué suerte!* –dijo entonces– *Mueren por Dios. Yo no tendré esa suerte.*

CONDENADO A MORIR POR EL "DELITO" DE SER UN "HOMBRE DE FE"

Durante el mes y medio que estuvo en casa de su hermano, aparte de ayudar en las tareas propias del hogar, fue para todos un ejemplo de lo que significa ser una persona de oración.

El viernes 4 de septiembre, tras haber detenido en su casa familiar a fray Modesto, alguien dijo con una cierta malicia:

–No os creáis que ya están todos en la cárcel. Ahí –añadió, señalando la casa de su hermano Manuel– *queda todavía uno por detener.*

Cuando fueron por él, simplemente se limitaron a repetir la fórmula archiconsabida que ya nadie se creía:

–Vamos, que quieren hacerte unas preguntas.

Él, consciente de lo que le esperaba se limitó a despedirse así de su desconsolado hermano:

–Mucho ánimo, Manuel.

Lo que sucedió después, ya se sabe. Unos días en la cárcel y, al final, condenado a morir, por el simple "delito" de ser un "hombre de fe". También él acabó disfrutando esa "suerte" que días antes había admirado en otros.

Dicen que su hermano, al recibir la noticia de su muerte, se cerró en casa con toda la familia y, en señal de duelo y de muda protesta por el atropello cometido, no quiso que ese día se abriese para nada la puerta de casa.

SIN FRONTERAS

La vida de Recaredo se distinguió fundamentalmente por su intensa actividad en favor de la juventud.

Desde muy joven tuvo claro que lo verdaderamente importante para un apóstol era convertirse en testimonio viviente del amor de Cristo en favor de los jóvenes que le fueran confiados. Ejerció siempre su misión con el convencimiento de que lo principal era transmitir a sus alumnos la buena noticia de que Dios les quería.

Y así, durante los años que ejerció el apostolado específico de la congregación en centros destinados a la educación de niños y jóvenes desadaptados, con su cordialidad y

ORGANICESE, CON MUCHO INTERES, PARA LOS NINOS DE LA POBLACION UNA ESCUELA Y PARA LOS EMPLEADOS EN OFICIOS UNA CLASE NOCTURNA

(L. AMIGO, 2008 Y 2033-2034)

entusiasmo supo ganarse fácilmente el corazón de sus educandos y les ayudó de esta manera a encontrar un sentido gratificante a su vida y a enderezar sus pasos.

No obstante, su "buen hacer" en la educación de la juventud, no se vio nunca limitado por las tapias de las instituciones, sino que encontró también la manera de compaginar –como la cosa más natural del mundo– el apostolado dentro de casa y fuera de ella. Tuvo siempre una gran preocupación por extender su acción evangelizadora a los pobres y marginados que vivían en los alrededores de la comunidad donde se encontraba. Fue, en este sentido, un *hombre sin fronteras*, cuya vida se desarrolló *entre el convento y la calle*.

Fue, por ello, un continuador nato del deseo manifestado por el padre Luis Amigó para que sus frailes se preocupasen por los niños y jóvenes del entorno del convento de Torrent y que, en un principio, le fue transmitido así, en valenciano, a fray Rafael de Onteniente, iniciador de esta tarea:

–Che, a vore com t'eu arregles per arreplegar xiquets i ensenyarlos la doctrina cristiana.

Cuando "le llegó su hora" y fue nombrado responsable en Torrent, del apostolado con los niños y jóvenes del pueblo, Recaredo, que había sido uno de los fundadores allí de la Pía Unión de San Antonio de Padua, le dio tal impulso, que el propio cardenal arzobispo de Valencia cuando conoció la obra dijo admirado:

–La obra que más poderosamente ha llamado mi atención en Torrent ha sido la Pía Unión de San Antonio de Padua. El hermano Recaredo tendrá siempre abiertas las puertas de mi palacio y las de mi tesoro para su sostenimiento.

NO TEMAIS LOS DESPENADEROS EN QUE OS HABREIS DE PONER PARA SALVAR LA OVEJA PERDIDA

(L. AMIGO, 1831)

En su época al frente de dicha Pía Unión, se preocupó especialmente de agrupar y de tener contenta a la juventud, organizando clases y concursos de catecismo, veladas teatrales, excursiones, paseos y meriendas, competiciones deportivas y otras muchas actividades formativas, religiosas y recreativas.

EL QUE RECIBE A UN NINO, A MI ME RECIBE

(LC. 9, 48)

Su alegría era verse rodeado por los niños a quienes quería, por todos los medios, llevar a Cristo. En Torrent llegó a ser típica la estampa de Recaredo, ya viejo pero ágil, rodeado de niños en su paso por las calles cuando se dirigía a visitar a los enfermos, a los presos de la cárcel del Partido o a las familias pobres a las que proporcionaba, junto al pan, algunas palabras de aliento. Viéndole entonces, la gente recordaba de forma espontánea la estampa misma de Cristo diciendo a sus colaboradores:

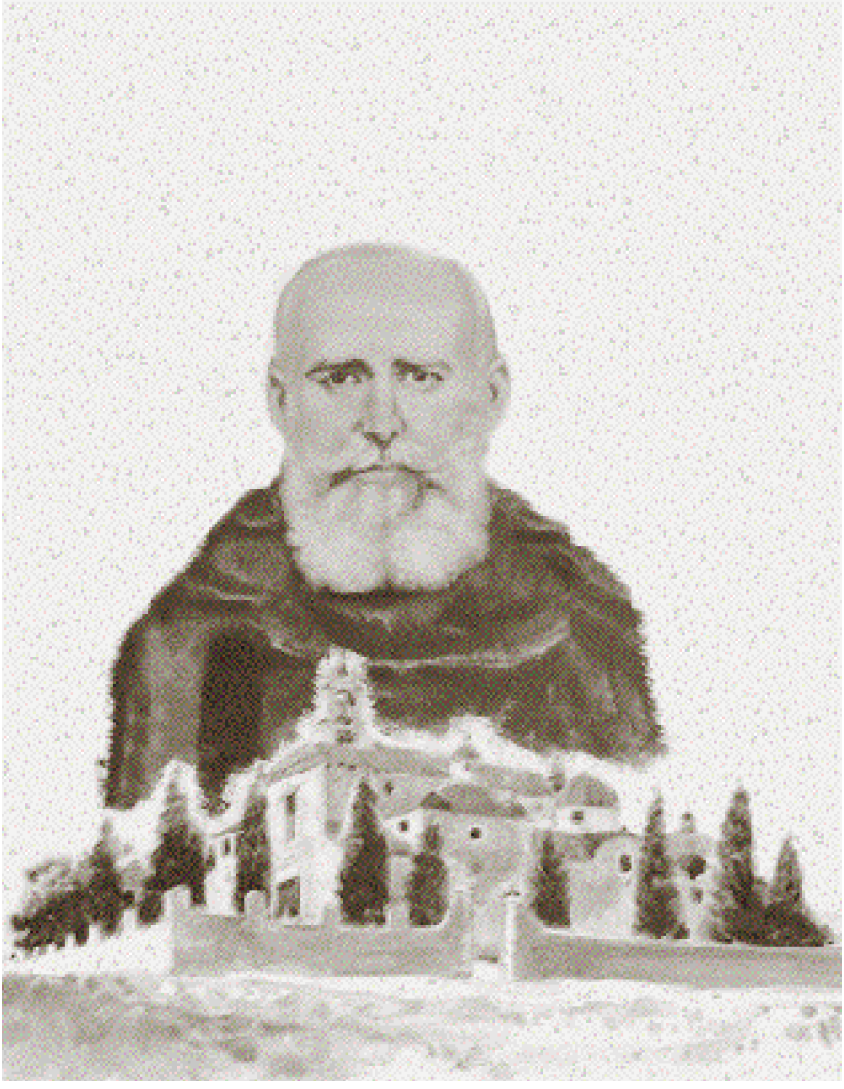
–Dejad que los niños se acerquen a mí.

"Obedecio hasta la muerte y Dios le exalto"

(Filp. 2, 8-9)

Modesto de Torrent

Forjado a golpe de obediencia



Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

ATRAPADO POR LA MUSICA
SE SINTIO AMADO
SU VIDA, UN CANTO A LA LIBERTAD

El 19 de enero de 1885, –cuatro meses antes de que el padre Luis Amigó fundara a las terciarias capuchinas– nació en Torrent *Modesto*, o mejor dicho, Vicente, pues así quisieron llamarle sus padres –don Vicente Gay Ruergen y doña Dolores Zarzo Sanchis– en el bautismo.

Fue Vicente una más de las muchas y buenas vocaciones que surgieron del trato cordial y amigable que mantuvo la juventud de Torrent con los primeros frailes amigonianos establecidos en la población. Él tenía ya cuatro años bien cumplidos cuando dichos frailes, el día 31 de octubre de 1889 se trasladaron de la vieja y destartalada Cartuja de El Puig al recogido y familiar convento de Monte-Sión.

ATRAPADO POR LA MUSICA

Finalizada en la escuela del convento la formación elemental, Vicente –cuando contaba unos catorce años– tuvo que ir a trabajar durante el día a la huerta con su padre. Al regreso de la jornada laboral continuó, sin embargo, asistiendo a la escuela nocturna que allí mismo, en Monte Sión, habían abierto los amigonianos.

LE GUSTABA VISITAR A AQUELLOS FRAILES QUE, POR SU CORDIALIDAD Y SENCILLEZ, LE HABIAN GANADO EL CORAZON

Con el tiempo, sintió también un gusto especial por la música y empezó a dedicar parte de su tiempo libre a aprender solfeo en el Patronato Obrero que había fundado en el pueblo el padre José de Sedaví, cuando era aún coadjutor de la parroquia.

A pesar de que con tanta actividad, casi no le quedaba ya tiempo para nada, continuó visitando con cierta asiduidad a los frailes, que, por su carácter acogedor y sencillo, se habían ganado el corazón de las gentes. En estas visitas se detenía de forma especial a hablar con fray Rafael.

Era fray Rafael un religioso cabal y profundamente humano; afectuoso y recto, jovial y serio a su tiempo. Desde hacía dos años venía reuniendo a los jóvenes y niños del pueblo y, en un bajo del convento, les enseñaba el catecismo y les organizaba juegos y otras actividades

que hacían la delicia de aquella chiquillada. Este fraile le propuso un día a Vicente mientras charlaba con él:

–Oye, ya que tú tienes buenas cualidades musicales, ¿por qué no me echas una mano? Estoy pensando en fundar una banda para alegrar y amenizar las actividades recreativas y culturales de la Pía Unión Antoniana. Y pienso que tu aportación podría ser muy valiosa.

PARA UN JOVEN ES IMPORTANTE SENTIRSE UTIL Y COMPROBAR QUE SE CUENTA CON EL

A Vicente que entonces rondaba los dieciséis años, la propuesta le pareció fenomenal. Para un joven de su edad sentirse útil y necesario, comprobar que los mayores cuentan con él es muy importante y es motivo de gran satisfacción. Desde ese día, estaba ansioso porque terminase el trabajo y poder correr al convento. Se sentía un poco como "el brazo derecho de fray Rafael". Aquella colaboración contribuyó a profundizar aún más los sentimientos de empatía y de amistad que le unían con aquel buen fraile y aumentaban en él el deseo de seguir sus huellas. Por fin –después de darle muchas vueltas y revueltas– se decidió a preguntarle en el transcurso de una de sus largas conversaciones:

–Fray Rafael, ¿cree que yo podría ser también fraile como usted?

–¿Y por qué no? –le respondió.

–Si verdaderamente sientes que Dios te llama por este camino, harías muy bien en comprobarlo un poco más de cerca. Mira, si tú quieres, yo puedo hablar con los superiores y, sin ningún compromiso, podrías venir a compartir nuestra vida. Si después de algún tiempo vieras que es eso mismo lo que buscabas, sería el momento de que tomaras con toda libertad tu decisión.

Las cosas, no fueron, sin embargo, tan fáciles como ambos se las prometían. El padre de Vicente se opuso en un principio a que su hijo se marchara al convento y éste, siempre dócil, aceptó la decisión paterna sin rechistar. Pero con el tiempo, viendo que el joven seguía ilusionado con la idea de hacerse fraile, accedió a ello. Vicente trasladó entonces rápidamente sus cuatro cosas al convento y empezó su vida de postulante. La experiencia le ayudó a clarificar aún más su vocación y decidió consagrar su vida a Dios en el servicio de la juventud marginada. El día 6 de

enero de 1903 recibió el hábito amigoniano y cambió su nombre ya por el de Modesto.

Se sintió amado

Al estallar la guerra, Modesto se encontraba de comunidad en su pueblo natal y, tan pronto como fue desalojado el convento, se instaló en casa de su hermana donde se encontraba también la madre, ya muy anciana. Allí ayudaba en los quehaceres propios de la casa de un labrador, dando de comer a las caballerías y otros animales y limpiando la cuadra. Al principio confiaba que no le pasaría nada y que pronto podría volver a su convento. Pero después las cosas se complicaron. El día que quemaron el templo parroquial estuvo arrodillado casi todo el día rezando. A partir de entonces el panorama se fue ensombreciendo por momentos y sus familiares le sugirieron repetidamente que huyese y se escondiese antes de que fuese ya tarde, pero él se negó a ello, alegando de forma insistente:

–Si Dios ha muerto por nosotros, yo no haré nada de más si muero por él.

HEMOS CONOCIDO LO QUE ES EL AMOR. Y NOSOTROS DEBEMOS DAR LA VIDA

(1 JN. 3, 1)

Estas palabras que nos traen espontáneamente a la mente y al corazón aquellas otras del apóstol san Juan:

–En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros.

También nosotros debemos dar la vida por los hermanos.

Sólo quien se ha sentido amado, crece en amor y desarrolla armónicamente su afectividad.

Cuando uno se siente querido en su singularidad por Dios nada puede apartarle ya de ese amor:

–¿Quién nos separará del amor de Cristo? –se pregunta san Pablo– ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿la espada?... En todo esto salimos vencedores gracias a aquél que nos amó. Ni muerte, ni vida... ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo (Rom. 8, 35-39).

Tras permanecer mes y medio en casa de sus familiares, fue detenido. Uno de los que fueron a por él era un ex-

alumno suyo al que él mismo había enseñado a leer cuando era pequeño. ¡Qué duro tiene que ser recibir odio, cuando se dio amor! El día de la detención –4 de septiembre de aquel año 1936– era viernes, día de mercado grande en el pueblo. La aglomeración de personas era extraordinaria y entre ella se abrió paso la comitiva que conducía a Modesto a la vieja y emblemática Torre que servía de prisión. Él iba maniatado y con la blusa al hombro. Una sobrina había querido ponérsela, pero ni siquiera este pequeño gesto de cariño hacia su tío, le permitieron quienes lo habían detenido.

En la cárcel conservó durante todo el tiempo de su estancia un tal aplomo, que no se le pasó detalle:

–*Usted debe perdonar a los que me han apresado, como yo les perdono* –recomendó a su madre cuando fue a visitarlo la misma tarde de su detención.

–*Concha, si no nos vemos aquí, en la eternidad* –dijo otro día a su hermana cuando fue a llevarle la comida.

–*Felicita a tu abuela, que hoy es su santo* –encareció a una sobrina que había ido a encontrarle el día de la Virgen de los Dolores, tres días antes de que sellara definitivamente su testimonio de fe con la sangre.

Su vida, un canto a la libertad

En su vida como religioso, Modesto sobresalió especialmente por la *obediencia*.

Con la ayuda de Dios y poniendo de su parte una gran dosis de sacrificio y renuncia a los propios pensares y quereres, llegó a experimentar el sentido liberador que se esconde tras la verdadera obediencia.

POR LA CARIDAD DEL ESPIRITU, SIRVANSE Y OBEDÉZCANSE UNOS A OTROS
(S. FRANCISCO 1REGLA 5, 13-15)

¡Qué difícil resulta el llegar a descubrir en la sumisión a Dios y a los hermanos, la expresión de la verdadera libertad personal! Miradas las cosas con una óptica puramente humana, es imposible. Sólo el hombre iluminado por la fe puede experimentar la libertad que produce el obedecer. En la medida en que la persona es capaz de ver en la obediencia una manifestación del amor cristiano,

puede asumirla con libertad, sin sufrir traumas en la propia personalidad. Una vez más, como sucede en todos los misterios cristianos, la clave última de la interpretación está en el amor. Solamente el amor libera al hombre y le ofrece el pleno sentido de la realidad humana.

DECIRLE A DIOS: HAGASE TU VOLUNTAD ES LA EXPRESION MAS GENUINA DE NUESTRO AMOR A EL

(L. AMIGO, OC. 828)

El P. Luis Amigó decía que *sólo el amor es capaz de unir entre sí las voluntades de los amantes*. Cuando dos personas se aman, el cumplimiento de los mutuos deseos se transforma en expresión de libertad.

Modesto quería ser sacerdote e insistentemente pidió una y otra vez a los superiores que le permitiesen iniciar los estudios eclesiásticos. Pero una y otra vez le fue denegada su petición. En la última ocasión llegaron incluso a decirle:

–La congregación también necesita de buenos religiosos y de... buenos albañiles.

Le costó –y mucho– aceptar aquella realidad que le venía "impuesta". También él, sin embargo, –a ejemplo de lo que se dice de Cristo– *aprendió sufriendo a obedecer*. Y al asumir con amor y por amor lo mandado, pudo comprobar con gozo que la renuncia a las propias iniciativas y proyectos, lejos de arrancarle el gran tesoro de la libertad, le iba transformando en una persona más libre y liberadora. La felicidad que en los últimos años se apreciaba en su trato era, en gran medida, el resultado de haber acogido en su corazón la voluntad de Dios y de haberla cumplido por amor y con amor.

Al final de sus días, cuando los dolorosos acontecimientos que le tocó vivir –y que ya conocemos– le hacían preveer el martirio, aleccionado por lo que había sido su vida, también él elevó al Padre, con renovado sentimiento de amor y de obediencia a la vez, la oración misma que un día se escuchó en el huerto de los olivos:

–Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya (Mc. 14, 36).

Desear la muerte por sí misma no puede ser nunca un sentimiento propio de una religión fundada en el misterio de la vida, de la resurrección.

SOLO EL AMOR ES CAPAZ DE UNIR ENTRE SI LAS VOLUNTADES DE LOS AMANTES

(L. AMIGO, OC. 828)

Modesto, a ejemplo de Cristo, aceptó la muerte como una adhesión amorosa y libre a la voluntad de Dios. Y su martirio –en armonía con lo que había sido su propia vida– se convirtió en un verdadero *canto a la libertad*; a esa libertad que ni tan siquiera pueden encadenar quienes matan el cuerpo, pero –gracias a Dios– no pueden matar nunca el espíritu de la persona.

Dibujo de José Luis Macías

"No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y segun la verdad"

(1Jn. 3, 18)

Francisco de Torrent

Lo suyo, la acción

Composición en base a un dibujo de

UN CASO DIFICIL

UN GIRO DE NOVENTA GRADOS

NI LA POLICIA PUDO PROTEGERLE

OBRAS SON AMORES

Del matrimonio formado por don Ramón Lerma Fabiá y doña Micaela Martínez Rubio, nació en Torrent, el 12 de noviembre de 1886 un niño a quien sus padres bautizaron como *Justo* y que, posteriormente, sería conocido ya como *Francisco*.

Un caso dificil

Quienes lo trataron de pequeño nos lo definen como un muchacho moreno, vivaracho y juguetón, muy amante de la bulla y de la broma y poco del silencio y del estudio.

DE PEQUENO NO DEBIO SER PRECISAMENTE "UN NINO MODELO"

Si a ello añadimos un temperamento enérgico que le impulsaba –según nos cuentan también– a vivir en constante inquietud e inestabilidad, nos percataremos de que no debió ser precisamente "un niño modelo".

Los años escolares se le hicieron sinceramente difíciles.

–*¿Para qué estudiar* –se decía– *todo aquello que el maestro pretendía enseñarles, si después no sirve de gran qué a la hora de trabajar en la huerta?*

Sin embargo, y a pesar de todo, durante esos mismos años en que los disgustos con sus padres solían ser frecuentes a causa de sus malas notas y comportamientos en la escuela, Justo encontró en el convento amigoniano como una especie de "válvula de escape". Aquello era otra cosa. Allí podía moverse, como le pedía su carácter, con más libertad y espontaneidad. Es verdad que fray Rafael era exigente en los momentos de seriedad y, en más de una ocasión, había tenido que enfadarse con él, pero, de todas formas, era muy distinto.

Además –todo hay que decirlo– a fray Rafael le había caído en gracia aquel niño inquieto y travieso. El buen fraile acostumbrado en Torrent a tratar con niños más tranquilos y apacibles veía en Justo un reflejo de aquellos otros –algunos verdaderamente difíciles– que había tenido antes en la Escuela Santa Rita, de Madrid, y se mostró particularmente cercano y amigable con él.

No obstante, no era una labor sencilla la educación del pequeño. Las estridencias propias de su fuerte carácter provocaban situaciones complicadas, y hasta dolorosas, para su protector, pero fray Rafael mantuvo siempre una fe ciega y una esperanza inquebrantable en su recuperación.

–*¡Ya veréis!* –repetía a quienes le insinuaban que de allí no iba a sacar nada en limpio–.

–*Cuando Justo se decida a pensar un poco y se encariñe por algo, cambiará como de la noche a la mañana. Su mismo genio –ahora un poco descontrolado– hará de él una buena persona cuando consiga encauzarlo.*

–*¡Qué Dios le oiga, fray!* –contestaban los padres del pequeño. Ellos más que nadie deseaban el cambio de su hijo, pero con el paso de los años se sentían algo desilusionados.

Un giro de noventa grados

Y así, "a trancas y barrancas", le llegó a Justo la edad de la adolescencia. Y fue justamente en esa época de la vida que tanto suele desconcertar a los padres, que no acaban de entender los cambios del hijo, y tanto desconcierta a los hijos mismos, que, queriendo afianzar su propia personalidad, acaban a veces por no saber lo que quieren en un determinado momento, cuando comenzó él a dar a su vida un verdadero giro de noventa grados.

La misma crisis de identidad, típica de la edad, le ayudó a entrar dentro de sí y plantearse interrogantes que hasta entonces no le habían inquietado.

–*¿Quién soy?. ¿Dónde voy?. ¿Qué me gustaría ser, en realidad, el día de mañana?*

LA CRISIS DE IDENTIDAD, TIPICA DE LA ADOLESCENCIA, LE AYUDO A DAR UN GIRO DE NOVENTA GRADOS

Tales eran algunas de las cuestiones que silenciosamente se hacía.

Sin que de momento nadie se percatara de la transformación, se fue volviendo un joven reflexivo y su carácter se fue serenando. Descubrió entonces el sentido y verdad de muchos de los consejos que desde hacía años le venían dando sus padres y fray Rafael, y que hasta ahora no había logrado entender. Incluso comenzó a vivir la

fe con un espíritu nuevo, con la coherencia de quien se va sintiendo ya adulto.

La solución a sus interrogantes más fundamentales no la encontró de un día para otro, pero la acabó encontrando a tiempo, que es lo verdaderamente importante.

SIENDO SINCEROS EN EL AMOR, CREZCAMOS INTEGRALMENTE EN CRISTO

(EF. 4, 15)

Fue grande, no cabe duda, la alegría que sintió fray Rafael el día que Justo le comentó sus inquietudes vocacionales, aunque –la verdad– dicho comentario no le pilló totalmente de sorpresa. Algo venía sospechando ya desde hacía algún tiempo.

Y grande fue también, seguramente, la alegría que se sintió allá en el cielo, pues este joven que vivía un tanto desorientado y se sentía un tanto triste y desilusionado ante el futuro, había encontrado por fin un sentido gratificante a su existencia y había revivido.

A veces, con nuestros estrechos esquemas mentales, reservamos el término *conversión* para referirnos sólo a la ocasional y puntual superación de grandes deficiencias personales y lo desproveemos así, de su verdadero sentido. La conversión que pide el evangelio implica un *crecimiento constante en amor*, una *continua maduración en humanidad* según el modelo de *hombre perfecto* que Dios nos ha regalado en Cristo. Toda persona tiene necesidad de convertirse cada día, pues siempre se puede *amar más y mejor*. Quien se cree justo, quien piensa que ha llegado ya a la perfección y no tiene necesidad de cambiar, se anquilosa como persona humana y como cristiano. Cristo vino a buscar a los pecadores, pues quienes se creen "justos y buenos" rechazan el ser buscados y encontrados. El gran problema de los fariseos era precisamente que no se sentían necesitados de la misericordia de Dios y se cerraban así a experimentar en sus propias vidas su caricia personalizada.

El ejemplo de Justo, que, dejando actuar a Dios en su vida y dejándose amar por Él, fue experimentando paso a paso una transformación de su carácter y de su personalidad, pone de manifiesto ese mensaje evangélico de la conversión como crecimiento y maduración constante de la persona por el amor, y nos anima a afianzar nuestro credo en que, por grandes que sean nuestras propias limitaciones,

EL AMOR ES LA FUNCION NECESARIA DEL CORAZON HUMANO, QUE NO PUEDE VIVIR SIN AMAR (L. AMIGO. OC. 331)

todo lo podemos –como diría san Pablo– *en aquél que nos conforta*.

El día 14 de abril de 1905, que en este año coincidía con el Viernes de Dolores, fiesta patronal para los amigonianos, vistió el hábito de la congregación y, como era costumbre entonces, cambió su nombre de pila, primero por el de *Ibo* y, poco después, por el de *Francisco* con el que ya sería conocido para siempre.

A partir de entonces puso todo su empeño por recuperar el tiempo que, de cara a su propio proceso de formación cultural, no había aprovechado del todo durante sus primeros años escolares.

NI LA POLICIA, PUDO PROTEGERLE

Tras unos primeros años de su vida religiosa en el convento de Monte Sión y en el Monasterio de Yuste, la vida de Francisco transcurrió, desde 1912 –dos años después de la inauguración del centro–, en el Colegio Fundación Caldeiro, de Madrid, donde le sorprendió la guerra. Para estas fechas, y tomando como referencia el tiempo de estancia en la institución, era –con mucho– el decano y estaba en vísperas de cumplir las bodas de plata de presencia ininterrumpida en ella.

Desalojado Caldeiro, Francisco, junto con otro compañero de comunidad, encontró refugio en una *frutería*, que poseían en Madrid unos familiares de otro fraile amigoniano. Aquí permaneció durante unos quince días, pero, a principios de agosto, creyendo que estaría más seguro en casa de su hermano Vicente –que había sido también religioso de la congregación con el nombre de *Pacífico*– y que para entonces era inspector de policía en Valencia, dijo a su compañero de escondite:

–¡Yo me voy a Valencia, a casa de mi hermano!

El otro compañero, Benito de Burriana, también partió con él y encaminó directamente sus pasos a su pueblo natal en la plana de Castellón, aunque –como ya sabemos– al final se acabaron encontrando de nuevo en Torrent.

Ya en casa de su hermano, Francisco se entretenía leyendo y jugando con sus sobrinitos que tenían entonces tres y cuatro años. Cumplía, además, sus rezos y devociones como si estuviese en el convento, con la confianza de que pronto pasaría todo y podría volver a la normalidad de "su" colegio madrileño.

Un día sin embargo –a finales de aquel mismo mes de agosto de 1936– cuando su hermano Vicente regresó a casa tras cumplir el servicio, su mujer le comunicó angustiada:

–¿Sabes que se han llevado a la cárcel a tu hermano?

Sin pararse a comer, su hermano fue a la Torre, donde lo tenían, para informarse. Le dijeron que estuviese tranquilo, que era sólo para hacerle unas preguntas, y que allí estaría seguro.

Los días que permaneció en prisión, los suyos que, cada día, le llevaban por dos veces la comida caliente, pudieron comprobar que *estaba tranquilo*.

Pero, pasados más o menos otros quince días desde su encerramiento, al regresar del trabajo, su hermano Vicente recibió en su casa esta alarmante noticia:

–Tu hermano, ya no está en la Torre y no sabemos dónde lo han llevado.

Dejándolo todo salió precipitadamente de casa y se dirigió a la prisión. Allí el encargado le dio esta lacónica respuesta:

–¡Oiga usted! A mí no me diga nada. Yo sólo sé que se lo han llevado, pero no tengo ni idea de dónde lo han podido llevar.

Descorazonado, marchó con toda rapidez a la capital, donde continuó haciendo averiguaciones.

Al amanecer, regresó a su casa y allí recibió la fatal noticia: su hermano Francisco había aparecido muerto junto a otros cuatro amigonianos. Era el día 18 de septiembre. Ni tan siquiera las fuerzas del orden conseguían salvaguardar, en aquellas circunstancias, el elemental derecho a la vida de sus propios familiares. El hecho de ser un hombre de fe era –como ya se ha dicho– suficiente "delito" para que ni tan siquiera fuera necesario mantener las apariencias de legalidad.

COMPARTISTEIS LOS SUFRIMIENTOS DE LOS ENCARCELADOS, CONSCIENTES DE QUE POSEIAIS UNA RIQUEZA MEJOR Y MAS DURADERA

(HB. 10, 34)

Obras son amores

Así dice, al menos, el refrán castellano: *obras son amores y no buenas razones*. Y para ello se inspira, muy posiblemente, en aquel pasaje evangélico que dice:

> –*No todo el que diga "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre* (Mt. 7, 21).

Algo de lo que argumenta también el apóstol Santiago cuando contrapone una *fe de boquilla* a una *fe integral* en la que se establece una armónica relación entre lo que se es, lo que se predica y lo que se testimonia. Y algo de lo que quiere expresar el mismo apóstol san Juan en el texto con que se ha encabezado esta pequeña biografía de Francisco:

> –*No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad.*

Con el tiempo, nuestro Francisco –tan bullanguero y revoltoso en su niñez– se fue convirtiendo en una persona reflexiva y, poco a poco, se fue tornando hombre de tan poco hablar, que llegó incluso a dar la impresión de que había asumido como propio el dicho de Jesús: *sea vuestro hablar sí o no*.

El ser comedido en palabras, sin embargo, no hizo de él una persona inexpresiva. Antes al contrario, cuanto menos hablaba con la boca, más transmitía con su vida y actuación.

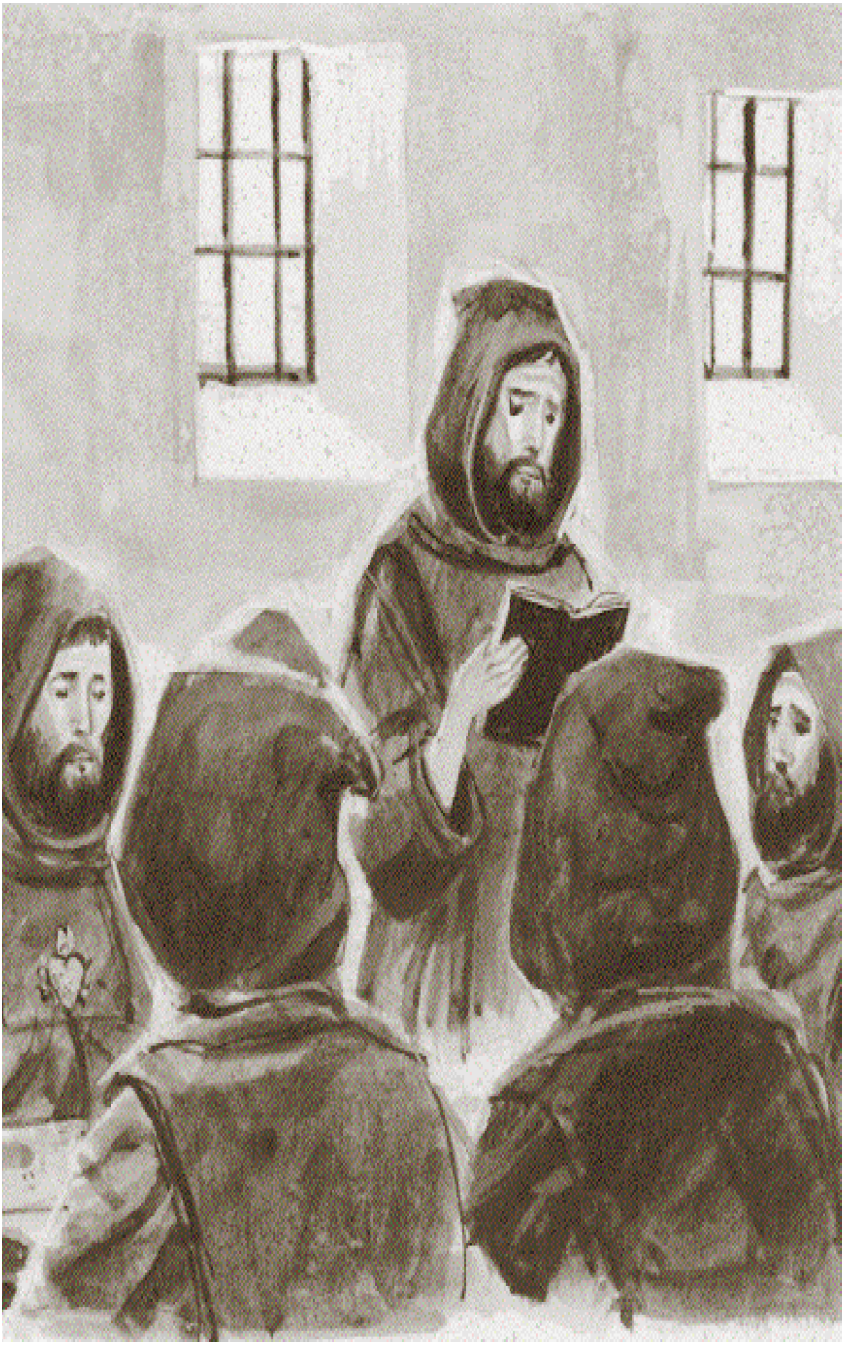
SEA NUESTRO HABLAR: SI, SI; NO, NO

(MT. 5, 37)

Cada día vivía más dedicado a sus alumnos y consagrado en cuerpo y alma a su educación. Cada día su docencia gozaba de un mayor nivel académico. Para ello, ambientado en su silencio interior y exterior, llevó a cabo un proceso exigente de autoformación y, como buen autodidacta, supo perfeccionar constantemente sus métodos de enseñanza, ofreciendo así un mejor servicio a quienes le habían sido confiados. De hecho, –cuentan las crónicas– "no pocas veces llegaron, por aquellos años, catedráticos a Caldeiro con el exclusivo fin de felicitar a aquel fraile que tan bien preparaba a sus alumnos".

Preludio

Una cárcel convertida en convento



Dibujo de José Luis Macías

EN PRISION, SE COMPORTARON COMO EN EL CONVENTO

(PROCESO § 113)

Como ya sabemos, al iniciarse la guerra, quedaron instalados en Torrent –bien en sus propias casas familiares, bien en casas de amigos y bienhechores– varios amigonianos, entre los que hay que destacar a los ocho que marcharon desde aquí, a su martirio.También nos es conocido cómo todos ellos –tras distintas peripecias– vivieron un período de relativa calma en sus respectivos refugios hasta finales del mes de agosto de aquel mismo año 1936.

Fue entonces, cuando –siguiendo consignas venidas "desde arriba"– se desató la fase más virulenta de la ya declarada persecución religiosa, y aquí en Torrent empezaron a encarcelar a los frailes y curas que había en el pueblo.

Los primeros amigonianos conducidos a la Torre, que servía de prisión, fueron el padre Valentín y fray Bernardino, que se encontraba con él. Era, el 28 de agosto. Por esta misma fecha, fueron también apresados el padre Ambrosio y fray Francisco. A principios de septiembre –el viernes, 4– siguieron idéntica suerte fray Modesto y fray Recaredo y, finalmente, el día 14 del mismo mes, les sucedió lo propio a los dos hermanos de sangre que estaban juntos, el padre Laureano y fray Benito.

Tuvieron la suerte –en medio de tanta desgracia– de que a todos ellos les agruparan, junto a otros sacerdotes del clero secular, en una misma celda. Pudieron seguir así un ritmo de vida típicamente religioso. Se confesaban, rezaban sus oraciones –llegaron incluso a comulgar en alguna ocasión–, compartían la comida que les llevaban sus respectivos familiares o amigos, confraternizaban, se animaban mutuamente al martirio y hasta tenían sus momentos de distensión y recreación comunitaria. De hecho, a los que iban a visitarles les llamaba particularmente la atención el encontrarles risueños.

El 8 de septiembre –siguiendo la tradición de la congregación– iniciaron el septenario de preparación para la fiesta de la Virgen de los Dolores y, al atardecer, antes de cenar, cantaban diariamente los dolores de María. Pasada la solemnidad de la Virgen, los cinco que aún quedaban –pues los otros tres fueron sacados al anochecer del día 15

MUTUAMENTE SE ANIMABAN AL MARTIRIO

(PROCESO § 697)

tras haber celebrado con toda solemnidad la fiesta de la Patrona– cantaron, tanto el día 16, como el 17, las llagas de San Francisco.

El día 17 –el último que pasaron en prisión los cinco que quedaban– cantaron además el Ave María de Shubert. Y fue tal la potencia de voz que imprimió a su canto el solista, que uno de los carceleros dijo despectivamente a los familiares que habían ido a visitarles esa noche:

–Esperad a que ese tío cierre el pico.

No sin razón, pues, cuantos tuvieron conocimiento directo de cómo transcurrió en prisión la vida de los amigonianos fueron unánimes en afirmar que aquella cárcel llegó a parecer un verdadero convento.

Dibujo de José Luis Macías

Torrent, Acto Uno

Primero, los de fuera

Dibujo de José Luis Macías

En la Torre y en la misma celda, llegaron a juntarse, pues, ocho amigonianos, pero no todos acabaron siendo compañeros de martirio.

Entre los ocho, cinco eran hijos de Torrent y tres lo eran de otros pueblos. Y a la hora de cumplir las órdenes provenientes "de arriba", que indicaban dar muerte a curas y frailes, se empezó *con los de fuera*. En realidad así suele suceder, por lo general. Ante las dificultades, los de casa tienden inconscientemente a agruparse y protegerse y, de alguna manera, los primeros ataques y los primeros palos suelen adquirir un cierto tono xenófobo, cuando no también racista.

EN LOS CONFLICTOS LOS PRIMEROS "PALOS" SUELEN TENER UN CIERTO TONO XENOFOBO

El día 15 –el único día en que amanecieron juntos los ocho en la cárcel– celebraron con toda solemnidad la fiesta de la Virgen de los Dolores. Especial devoción pusieron ese día en cantar los Dolores y a más de uno se le quedó grabado el sentimiento con que repitieron por tres veces, y al atardecer ya de ese día, la estrofa:

–Madre llena de Dolor, haced que cuando expiremos, nuestras almas entreguemos en las manos del Señor.

Esa noche, como presintiendo algo, los hermanos de Burriana –y particularmente Benito– no quisieron ya la cena. Y ciertamente, no les falló el olfato, pues unas horas más tarde –cuando la oscuridad era ya intensa y el día 15 se disponía a entregar al siguiente el testigo de la historia– ellos dos, junto con Bernardino de Andújar, el otro forastero, fueron sacados de prisión:

–Marcharon en tres coches –confesó después uno de los autores de su muerte– *y fueron fusilados en el término de Turís, en la Masía de Calabarra.*

Otros testimonios ponen de relieve distintos detalles del hecho, como, por ejemplo, que para ser visto con nitidez por quienes iban a dispararles, fueron iluminados por los focos de los mismos coches que les habían conducido al lugar. Pero..., esos detalles ya no interesan. Lo único que nos resta por decir es que al amanecer del día 16 de septiembre de ese año 1936 sus cuerpos fueron encontrados ya sin vida.

Dibujo de José Luis Macías

Torrent, Acto Dos

Los de casa, también caen

Dibujo de José Luis Macías

Con la muerte de "los tres de fuera", la violencia en Torrent, –lejos de disminuir– tomó nuevo impulso. Y tan sólo dos días después –el jueves 17, ya muy anochecido– otros encarcelados abandonaron los muros de la prisión para encaminarse al martirio.

Tocó ahora el turno a "los de casa". Un grupo de ocho en total. Tres sacerdotes seculares y los cinco amigonianos hijos del pueblo, que quedaban en prisión.

CON ENTEREZA Y ANIMO PRONTO, AGUARDARON SU DESTINO

La verdad es que este nuevo atropello a todo derecho humano se temía y se veía inminente desde que se había conocido el martirio de los anteriores.

De hecho, el 16 por la noche los familiares de Ambrosio, Valentín, Recaredo, Modesto y Francisco, avisados de que podían ir a visitarles, se presentaron en la prisión hacia la hora de la cena. Los encontraron, como es natural, apesadumbrados por la noticia –recibida esa misma mañana– sobre la suerte que habían corrido sus tres hermanos de hábito. No obstante, tras el dolor que les embargaba, sus seres queridos pudieron percibir la entereza, nacida de su fe, con que aguardaban, con ánimo pronto y valiente, su destino.

Al día siguiente –17 de septiembre de aquel año 1936– se corrió esta voz:

–Esta noche, los van a sacar para matar.

La noticia inquietó extraordinariamente a sus familiares, que decidieron permanecer en vela esperando acontecimientos.

La caída del sol estuvo acompañada por el inicio de una gran tempestad. Una especie de "gota fría" se precipitó sobre la población. Los truenos, relámpagos y el agua sobrevinieron abundantemente. La inclemencia era tan espantosa que algunos llegaron a pensar que con aquel tiempo no los sacarían de prisión. Pero no fue así:

–Cuatro coches –declaró después un testigo presencial– *se estacionaron ante la cárcel, después bajaron a los presos* –en número de ocho– *que iban atados. En cada coche instalamos dos presos. Llegados por la carretera de Monserrat, al lugar*

MIENTRAS RECIBIAN LAS BALAS, SUS VOCES, FORMANDO CORO, ENTONABAN POR ULTIMA VEZ LAS NOTAS DEL AVE MARIA

conocido como "Font de Mantellina" o "Puchà de D'Alt", hicimos bajar del coche a los prisioneros. Sería sobre las doce de la noche. Después iluminamos a las víctimas con los faros y les disparamos. A continuación, regresamos a Torrent.

En medio de una tormenta, pues, que a más de uno le hizo recordar el ambiente que acompañó la muerte de Jesús en la cruz, entregaron su vida en testimonio de su fe los amigonianos, Ambrosio, Valentín, Recaredo, Modesto y Francisco, todos ellos nacidos en Torrent. Esto sucedía cuando el día 18 acababa de nacer.

En su camino de vuelta a la población, quienes les habían dado muerte iban tirando por la ventanilla las estampas que les habían recogido a sus víctimas.

Ya en el pueblo, uno de ellos comentó:

–A los borregos que hoy hemos matado les he visto serenos y alegres; incluso cantando el Ave María. Y el viejo que les dio la bendición fue el primero que cayó.

Cuando los familiares llegaron al lugar de los hechos, ya los habían enterrado en el cementerio de Monserrat.

Años más tarde –cuando los desenterraron, en 1939, para trasladar sus cuerpos a Torrent– aún tenían las muñecas atadas y más de uno aferraba entre sus manos el crucifijo y algunas cuentas del rosario.

A partir de todos los testimonios recogidos, hoy nosotros nos los imaginamos en sus últimos momentos recibiendo de frente las balas mientras Ambrosio –el decano del grupo– les dirigía palabras de ánimo y les daba la absolución y las voces de todos, formando coro, entonaban por última vez las notas del *Ave María*.

Parte III

En Benaguacil fueron tres

El clima antirreligioso que —como ya sabemos— fue particularmente intenso en la comunidad valenciana no se vivio uniformemente en cada uno de sus pueblos. Hubo lugares —como Alcalali— en los que los amigonianos refugiados en ellos no sufrieron ningun mal, aunque tuvieron que tomar sus precauciones, y hubo otros —como antes hemos visto ya en Torrent— en los que la persecucion religiosa alcanzo niveles de verdadero ensanamiento. Entre estos ultimos se situa tambien Benaguacil.

SE REPRODUCIA EL CLIMA DE TERROR QUE VENIA SUFRIENDO EL PUEBLO RUSO EN SU FE Y EN SU CULTURA

Situado a unos 23 km. de la capital, en la comarca valenciana conocida como *Camp del Turia*, Benaguacil contaba, al iniciarse la guerra, con unos nueve mil habitantes.

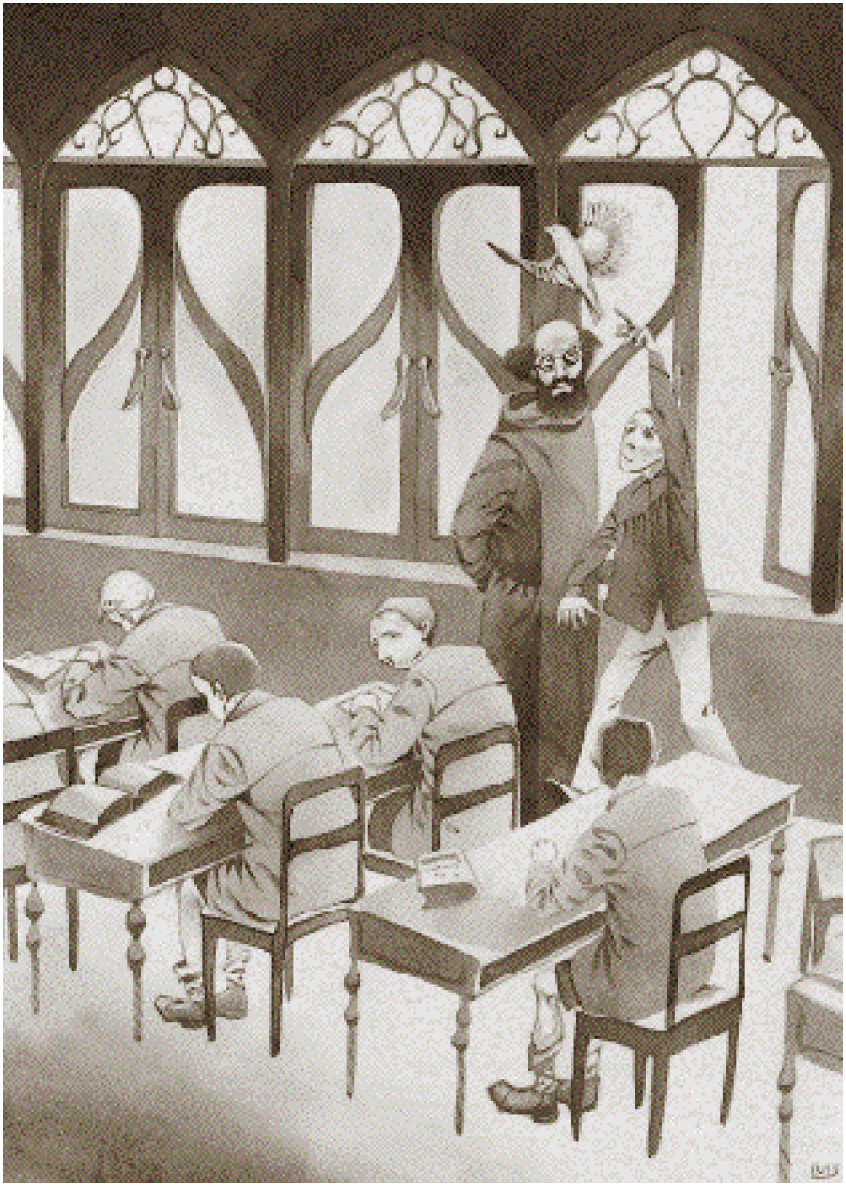
Desde el primer momento se pudo apreciar que existían en la población fuerzas dominantes que se proponían acabar con todo aquello que tuviese algo que ver con la religión. Y en su afán, no se contentaron tan sólo con incendiar el templo parroquial –del que tan solo se salvó por su valor artístico una Purísima de Vergara–, sino que llegaron a destruir incluso las cruces del cementerio y todo signo religioso existente en las calles por pequeño e insignificante que fuese.

No sin razón la población llegó a ser conocida en aquella época como La *Pequeña Rusia*, pues reproducía de alguna manera el clima de terror y de violencia que desde hacía años dominaba la historia del pueblo ruso, persiguiendo su fe y violentando su cultura.

La orden, no dejar ni simiente

Tras el ensañamiento con que se destruyó en Benaguacil todo vestigio religioso, se escondía, además, un deseo de los dirigentes del momento que ellos mismos habían expresado públicamente al confesar que perseguirían a muerte a todo cura o fraile, pues de ellos *no querían dejar ni simiente*.

Y ciertamente, no cejaron en ese su empeño. Con el fin de que no quedase con vida ningún sacerdote o religioso hijo del pueblo, persiguieron sin descanso y sin detenerse ante las largas distancias a quienes se habían refugiado fuera de la población. Fue paradigmático, en este sentido, el caso de un sacerdote nacido en el pueblo a quien fueron a buscar hasta Barcelona donde se había encaminado. También fue significativo en este mismo sentido, como veremos a continuación, el caso del amigoniano José Llosá.



Dibujo de Luis Gans

ESCENA PEDAGOGICA AMIGONIANA.

El medio principal para educar es el amor, que es benigno y paciente. En todo ser humano hay un germen de sentimiento que hay que desarrollar. "Más moscas se cazan con miel que con hiel".

(Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos, nº 3.074 y 5.042-5.043)

"Sois afligidos con diversas pruebas,
para que la calidad de vuestra fe,
mas preciosa que el oro probado en el crisol,
se convierta en motivo de alabanza y de gloria"

(1Pe. 1, 6-7)

Jose Llosa Balaguer

El que maduró en el dolor

Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

Con la ilusion del nino
En la noche oscura
Manana, vendremos a por el
Crucificado a tiros
Como oro en el crisol

El pueblo de Benaguacil fue un testigo privilegiado y "de primera hora" dentro de la historia amigoniana. Fue aquí, en el monte en que se alza la antigua ermita dedicada a su patrona, la *Virgen de Montiel*, donde el padre Luis Amigó fundó, el 11 de mayo de 1885, a las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Y fue aquí también donde dichas hermanas, impulsadas por el espíritu propio de su congregación, sellaron con su muerte el testimonio de amor en favor del prójimo necesitado, durante la epidemia del cólera, acaecida en el mismo año fundacional de 1885.

BENAGUACIL FUE TESTIGO "DE PRIMERA HORA" DENTRO DE LA HISTORIA AMIGONIANA

En este pueblo, tan unido, pues, a la persona y a la obra del padre Amigó, nació el 23 de agosto de 1901, un niño al que sus padres –don Antonio Llosá Castillo y doña Francisca Balaguer Aparisi– bautizaron con el nombre de *José*.

Nadie podía sospechar entonces que el pequeño sería con el tiempo un fiel seguidor del espíritu amigoniano.

CON LA ILUSION DEL NINO

Tenía siete años de edad, cuando un paisano suyo, Jesús Durá, tomó el hábito amigoniano en Torrent. Era el primer hijo de Benaguacil que llegaría a emitir sus votos en la congregación fundada por el padre Luis. El acontecimiento, como es natural, tuvo una gran resonancia en el pueblo. Las gentes lo comentaban entusiasmadas y para el pequeño José significó de alguna manera el despertar de su propia vocación.

Después de Jesús, otros jóvenes del pueblo –Eustaquio Navarro y José Ramos– decidieron incorporarse en Torrent a la congregación amigoniana. Este nuevo hecho acentuó más aún la inquietud de José.

Cierto día al regresar a su casa después de ayudar a misa en su parroquia, de la que era monaguillo, comentó:

–Me gustaría irme a Torrent con los frailes del padre Luis.

Sus padres intentaron disuadirle:

–Mira, déjalo por ahora... Más adelante veremos... Eres aún muy pequeño...

Aquellos razonamientos no acallaron su inquietud. Una y otra vez volvía a insistir en su propósito. Hasta que, finalmente consiguió el permiso paterno y, con su poca experiencia y corta edad, pero con un corazón rebosante de ilusión por ser amigoniano, llegó, acompañado de su padre, a la puerta del convento de Torrent.

No le resultó difícil adaptarse a la sencilla vida de aquel reducido internado. Estudió los cursos de humanidades y, al acabar los latines, pidió ser admitido en la congregación. El 15 de septiembre de 1917 vistió en Godella el hábito con el que tantas veces había soñado, y, dos años después –también en la fiesta de la Virgen de los Dolores–, hizo sus primeros votos.

En la noche oscura

Finalizados los estudios de filosofía y casi también los de teología, fue ordenado diácono hacia mediados de 1928. Para entonces había ejercido ya el apostolado específico de la congregación en centros tan importantes como la *Escuela Santa Rita* y el *Reformatorio Príncipe de Asturias* –ambos en Madrid– o el *Colegio San Hermenegildo*, en Dos Hermanas, Sevilla. Ciertamente, le iba el trato con aquellos niños y jóvenes que la sociedad consideraba difíciles y con quienes él solía desenvolverse con naturalidad y soltura.

LE IBA EL TRATO CON AQUELLOS JOVENES QUE LA SOCIEDAD CONSIDERABA DIFICILES

Tras la recepción del diaconado, empezaron ya los preparativos inmediatos para su ordenación sacerdotal, prevista para el 16 de septiembre de aquel mismo año 1928. La vida le sonreía y todo le parecía entonces de color de rosa. Con la lógica emoción escribió a sus padres adelantándoles el trascendental acontecimiento, para que se fuesen haciendo a la idea y pudiesen preparar con tiempo todos los pormenores de la sonada fiesta que se celebraría con motivo de su primera misa en el pueblo.

Pero en el poco tiempo que faltaba para su “día grande”, algo –y de importancia– debió precipitarse en su interior.

TODO HOMBRE, EN LA IRREPETIBLE AVENTURA HACIA SU MADUREZ, ENCUENTRA CRISIS QUE LE CIEGAN EL HORIZONTE

A veces la vida, en sus entresijos, nos tiene reservadas jugadas imprevistas que pueden hacer cambiar, de la noche a la mañana, el signo de la partida y transformar lo que prometía ser un luminoso y alegre día, en una triste noche oscura. Son las famosas *crisis existenciales* que suelen acompañar a todo hombre en la irrepetible aventura hacia su propia madurez. Se distinguen porque suelen sumir a la persona en una especie de *sin sentido vital*. Ante ellas, todo hombre –ante la sensación de haber perdido el rumbo– tiende a concentrarse en sí mismo, más de lo que es habitual en él, y se afana por buscar y encontrar una salida airosa a su situación. Generalmente, suelen terminar con un nuevo amanecer, a pesar de que mientras duran acaben dando la impresión de que ya nunca se volverá a ver el sol. Y algo de todo esto le sucedió a nuestro José Llosá en aquel año de 1928 que tan felices las prometía.

Cuando llegó el día de la ordenación sacerdotal, cuando el padre Amigó, obispo ordenante, estaba ya preparado con báculo y mitra, y sus cinco compañeros amigonianos de ordenación –entre los que casualmente se encontraban los futuros mártires Timoteo Valero y Crescencio García– estaban organizados para iniciar la procesión de entrada, nuestro protagonista, sin previo aviso, se echó para atrás.

La sacristía de Godella se convirtió en aquella ocasión en un auténtico polvorín de nervios a punto de estallar:

–*¿Dónde está el padre José Llosá?* –se preguntaban unos a otros–.

–*¿Qué esperará en bajar?...*

–*Búsquenle y díganle que venga inmediatamente, pues todo el mundo, incluido el señor obispo le estamos esperando* –ordenaba con cierto enfado, el superior–.

–*Que ha dicho que no baja* –anunciaba sin más explicaciones uno de los mensajeros–.

–*Que ha dicho que quiere hablar con el padre Belda* –añadía otro–.

Y a su celda que marchó el bueno del padre Joaquín Belda, secretario particular del padre Luis, a escuchar su confesión.

Mientras tanto la intranquilidad iba en aumento. Dentro del templo nadie sabía a qué se debía el retraso. Unos a otros se miraban extrañados, pero sin acertar la causa.

Al final, bajó el padre Belda más blanco que la cera:

–Nada... Que no se ordena... Que no se siente preparado... Que no se decide...

Cómo sería aquello que incluso al padre Amigó –hombre de una mansedumbre y paciencia proverbiales– llegó a afectarle un tanto aquel extraño modo de proceder.

No obstante, los más afectados por la imprevista decisión fueron sus padres, que se encontraban entre los asistentes distinguidos a la ceremonia y que se alarmaron inmediatamente al no ver aparecer a su hijo entre los que iban a ser ordenados. Como pudieron, aguantaron la celebración y, terminada ésta y preguntar por "su" José, recibieron, si cabe, un mazazo aún mayor al comunicarles que él se había ido precipitadamente a Torrent pues no tenía ganas de hablar con nadie.

EN VISPERAS DE LA GUERRA CIVIL, HABIA SUPERADO LO MAS DURO Y NEGRO DE SU NOCHE OSCURA

El tiempo pasó y el disgusto se fue olvidando. Y aunque no pidió de nuevo la ordenación sacerdotal, su ánimo se fue serenando hasta el punto de que, en vísperas de la guerra civil, había superado lo más duro y negro de su noche oscura.

MANANA, VENDREMOS A POR EL

En julio de 1936, José Llosá formaba parte de la comunidad amigoniana instalada en el Reformatorio de Madrid.

Tras ser puesto en libertad y haber conseguido el necesario salvoconducto por mediación del juez de menores de la capital, don Luis San Martín, logró llegar a su casa familiar y se refugió en un molino de harinas que poseían su padre y hermanos a la salida del pueblo, colaborando allí en las labores propias de la empresa.

Bien pronto, sin embargo, se percataron los suyos de que aquel lugar no era seguro, pues un día se presentaron unos hombres preguntando con descaro:

–¿Dónde está el fraile?

TRAS SER ILUMINADOS, SOPORTAREIS UN DURO Y DOLOROSO COMBATE

(HB. 10, 32)

Gracias a que no le conocían de vista, pudo librarse en esta ocasión, pues el fraile estaba delante de ellos mismos.

Esa noche, no sintiéndose ya seguro, la pasó escondido en la acequia del molino y, al día siguiente, marchó a Valencia, a casa de otros familiares que vivían cerca de las Torres de Cuart.

El 1 de octubre de ese mismo año 1936, denunciado por un vecino que le había visto asomarse a la ventana, fue apresado y conducido a la cárcel celular de Valencia. Allí tuvo la gran suerte de encontrarse con un capuchino que fue para él un verdadero apoyo espiritual y hermano. Ese mismo religioso es el que nos contó en un relato posterior cómo a los cuatro o cinco días de estar con él se lo encontró completamente decaído y, al acercarse para consolarlo, mantuvieron este diálogo:

–Pero ¿qué es esto? ¿qué te pasa?

–¡Ay, don Luis!... ¡Me van a fusilar mañana!

–No sucederá así, ya lo verás.

–Sé cierto, ciertísimo, que mañana me fusilarán.

–Pero, hombre, ¿es que has tenido una revelación? ¿por qué dices que te van a fusilar mañana?

–Mire, don Luis, el comité de mi pueblo se ha enterado –no sé cómo– que estoy aquí. Hoy han venido algunos a cerciorarse de que era así y, al verme por la mirilla, han dicho: "vamos a comunicarlo al comité y mañana vendremos a por él. Y sé que lo harán...

–No perdamos, pues, tiempo, don Luis, y confiéseme otra vez.

Se confesó con el capuchino, paseando por el patio de reclusos y, al terminar, le confió:

–¡Qué tranquilo estoy!.

Crucificado a tiros

Y sus "buscadores" no faltaron, ni mucho menos, a la cita.

Al día siguiente –6 de octubre–, a altas horas de la noche, lo sacaron de prisión en compañía de otros dos

seglares y condujeron a los tres hasta un lugar situado entre Benisanó y La Pobla de Vallbona, donde, ya en la madrugada del 7, acabaron con sus vidas. El último en morir fue precisamente nuestro protagonista a quien le tocó presenciar la muerte de sus dos compañeros de martirio.

Dicen que su fusilamiento se asemejó en cierto modo un rito de crucifixión.

Tras hacerle extender los brazos en forma de cruz, le dispararon un tiro en cada mano y, a continuación, cuando se retorcía ya por el dolor, uno en cada pie. Y así continuaron disparando a manos y a pies hasta que con un tiro en la boca dieron por finalizado el calvario.

Como oro en el crisol

El dolor por el dolor no es cristiano. Cristo no nos enseña a buscar dificultades, pero sí nos pide, sin embargo, que sepamos afrontar –sin rehuir– las que la vida misma nos pone delante.

La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, una llamada a *madurar humanamente por el amor*. Y una tal maduración –de la que es modelo perfecto, Cristo– conlleva en sí misma una dimensión dolorosa. No es posible salir al encuentro del otro y crear junto a él *un nosotros*, si no se afronta la superación –siempre dolorosa– de los propios egoísmos, que tienden siempre a impedir nuestro crecimiento humano, a *enanizarnos*, encerrándonos en los estrechos horizontes que puede ofrecernos un *"yo"* solo y solitario.

EL AMOR ES EL ALMA, SIN LA CUAL EL HOMBRE ESTA MUERTO

(L. AMIGO, OC. 338)

Todo hombre, en su proceso de maduración personal necesita pasar por el *fuego del crisol* para ir purificando de egoísmos la propia *capacidad de amar* y que ésta vaya así adquiriendo el verdadero esplendor de la adultez. Ese fuego del crisol se hace, además, tanto más imprescindible y necesita ser tanto más purificante, cuanto mayores son los egoísmos que uno mismo ha ido alimentando durante su existencia. Cuanto mayores son las resistencias de una persona concreta al amor y a la

apertura, tanto más necesita de experiencias fuertes que le ayuden a cambiar de rumbo.

LA CIENCIA HINCHA, EL AMOR EDIFICA

(1 CO. 8, 1)

Y algo de todo eso le sucedió a José Llosá. Sabemos que en su vida –como en la vida de cualquier humano adulto– hubo momentos de serias dificultades; momentos en los que la tendencia al autocerramiento o a engordar el propio *yo*, dominaron aquella otra que le impulsaba a la *apertura*. Sabemos también que esas mismas *dificultades* en su *proyecto de maduración en el amor* lo tornaron una persona insegura en sí misma y titubeante a la hora de tener que tomar decisiones verdaderamente importantes en su vida. Pero sabemos, además, que en sus últimos años, superada ya la prueba, su personalidad se fue serenando y centrando, llegando a recuperar poco a poco el norte.

No obstante, la verdadera adultez, en su personal proceso de *maduración por el amor*, la alcanzó precisamente a raíz de los últimos acontecimientos que jalonaron su vida.

Fue entonces cuando, ya en la cárcel y privado de libertad de movimiento, su espíritu, purificado por el dolor, se tornó verdaderamente *libre por el amor*. Fue entonces, cuando descubrió en carne propia el profundo sentido que se encierra tras las palabras de Cristo: *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres,* o dicho de otra forma: *conoceréis el amor y el amor os liberará*.

CONOCEREIS LA VERDAD, Y LA VERDAD OS HARA LIBRES

(JN. 8, 32)

Después de abrir plenamente su espíritu a Dios en la confesión y experimentar, a través del perdón, el amor tierno y personalizado de Dios en su vida, todo se transfiguró en él. De un plumazo desaparecieron sus miedos e inseguridades y con el corazón ensanchado exclamó:

–Si el Señor me conservara la vida ¡qué buen religioso sería a partir de ahora!.

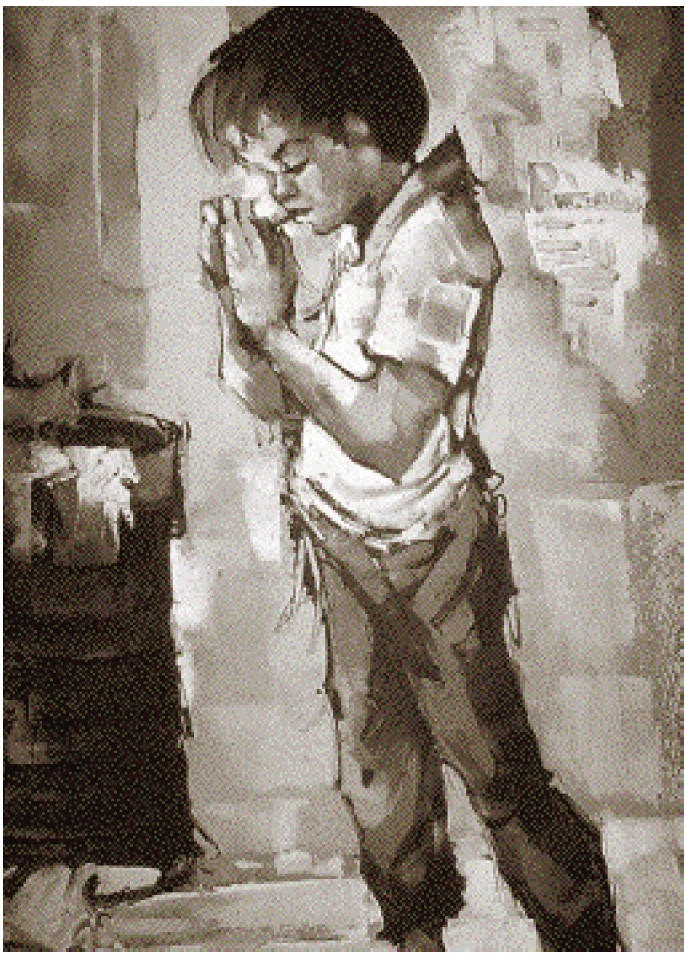
Y con ese mismo ánimo, liberado por el amor y fortalecido por la fe y la esperanza, afrontó con valentía, y sin tirarse atrás, el paso decisivo hacia la casa del Padre. Ni los tormentos que sufrió en su marti-

EN EL FUEGO SE PURIFICA EL ORO, LOS HOMBRES EN LAS DIFICULTADES

(Sl. 2, 5)

rio, que –como sabemos– fueron muy fuertes, lograron quebrantar mínimamente su entereza.

Con su muerte el pueblo de Benaguacil –tan ligado a la historia amigoniana desde los inicios de ésta– inscribía también su nombre en una de las páginas más gloriosas de la misma.



Pintura de Ramón Vásquez

"Si no os haceis como ninos,
no entrareis en el Reino de los Cielos"

(Mt. 18, 3)

Florentin Perez Romero

Un adulto que no dejó de ser niño

Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

Con flores a Maria
El encanto de la timidez
Un ensayo general
Ánimo, yo he vencido al mundo
Como los ninos

En Valdecuenca, provincia de Teruel, vio la luz, el 14 de marzo de 1902, Florentín, y sus padres –don Francisco Pérez Pradas e Ignacia Romero Blasco– se preocuparon de presentarlo enseguida al cura del pueblo para que recibiese las aguas del bautismo.

Todavía un niño, fue internado en el Colegio San Nicolás de Bari que los amigonianos empezaron a dirigir en 1910 en la capital turolense.

Bien pronto destacó por su amor al estudio, por su capacidad para la música y por su inclinación a la piedad.

Con flores a María

Ya desde pequeño destacó Florentín por su amor a la Virgen.

La devoción a María es uno de los pilares fundamentales de la espiritualidad católica, que ha sabido ver siempre en ella una referencia segura para encontrarse con Cristo.

Todas las congregaciones religiosas –empeñadas en un seguimiento más cercano de Jesús– han cultivado con especial esmero el amor a la Virgen. También el padre Luis al encomendar a sus hijos, los amigonianos, la misión de "ir tras la oveja descarriada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor", les dio como "patrona y protectora" en su difícil apostolado a la *Virgen de los Dolores*. Sabía él muy bien que, en su misión de *zagales del Buen Pastor*, ellos necesitarían hacer propios el sentimiento de ternura y fortaleza, de misericordia y generosidad que testimonia la figura de María de pie junto a la cruz, soportando, erguida, sin derrumbarse, el dolor de ver morir a su hijo.

AL PIE DE LA CRUZ, ES DONDE MARÍA NOS HA DEMOSTRADO SER MÁS MADRE

(L. AMIGO)

La devoción a la Virgen de los Dolores –primera y singular colaboradora con la obra del Redentor– es, pues, patrimonio espiritual de todos los amigonianos, llamados a ser cooperadores de la obra de quien *vino a salvar lo que estaba perdido*. Tradicionalmente, los amigonianos se han distinguido, entre otras cosas, por su particular cariño a la Virgen de los Dolores, a quien, con toda familiaridad, suelen llamar *Nuestra Madre*. Y este cariño –patrimonio de toda la con-

gregación– fue vivido por Florentín con un candor y una ingenuidad especiales.

Desde los tiempos en que estudiaba en San Nicolás, se sintió fuertemente cautivado por la figura maternal de María. Se cuenta –como si se tratara de una florecilla franciscana más, entre las muchas que tiene el jardín amigoniano– que, muy crío aún, Florentín solía llevar su merienda a la capilla para ofrecérsela inocentemente a la Virgen. Era, quizá, su forma particular de hacer realidad lo que indicaba aquel popular canto mariano que llegó a ser un verdadero *best seller* para cantidad de generaciones españolas:

Venid y vamos todos,
con flores a porfía,
con flores a María,
que madre nuestra es.

Ese amor infantil fue madurando con él, hasta convertirse en una verdadera y profunda devoción a María –y particularmente, en sus *Dolores*– que él supo, a su vez, inculcar constantemente en el corazón de sus alumnos.

El encanto de la timidez

Atraído por el ejemplo de vida de sus educadores en Teruel, Florentín quiso, como ellos, seguir a Cristo tras las huellas de Luis Amigó.

El 15 de septiembre de 1919 vistió en Godella el hábito amigoniano y, dos años después, hizo allí mismo sus primeros votos. Después, un empujoncito más, y el 17 de junio de 1928 fue ordenado sacerdote por su padre fundador, obispo entonces de Segorbe.

FORMADO NUESTRO CORAZON PARA AMAR, EL AMOR ES SU VIDA

(L. AMIGO OC. 520)

Su apostolado –excepto un pequeño paréntesis en el que tuvo la oportunidad de estar en contacto directo con los niños y jóvenes con problemas– se centró en la formación de las nuevas generaciones amigonianas. Su carácter –que no congeniaba demasiado con la tipología más clásica y castiza de los alumnos difíciles– se compenetraba a la perfección con los colegiales y seminaristas. Éstos quedaban como encandilados fácilmente por su

SUS ALUMNOS QUEDABAN ENCANDILADOS POR SU TALANTE SENCILLO, DULCE...

talante sencillo y descomplicado, dulce y amable, sacrificado y paciente, generoso y piadoso. Y la verdad es que así –tal como lo acabamos de definir– fue Florentín de pequeño y continuó siéndolo de mayor. A todos llamaba la atención por su carácter retraído y un tanto apocado en un primer momento, pero siempre rico en sensibilidad humana y ternura. Disfrutó, de alguna manera, del sublime y sutil encanto que suelen despertar en su entorno los tímidos.

Y, quizá, por su carácter tendente a la autoconcentración sobresalió en ciencias –como las matemáticas– que requieren reflexión, y en artes –como el musical– que la persona agraciada suele acompañar siempre con una gran sensibilidad interior.

De todas formas, lo cierto es que, con su timidez y todo, supo hacerse de querer profundamente por quienes le trataron y supo ejercer un apostolado muy valioso entre sus educandos. Algunos, transcurridos muchos años, aún recordaban, por ejemplo, el cariño e interés que puso en fundar en Torrent la *schola cantorum* y el mimo con que acompañó sus primeros pasos.

Un ensayo general

Florentín se encontraba en la comunidad de Godella al iniciarse la guerra.

El día 22 la casa fue asaltada y se produjo inmediatamente un registro general y minucioso de todas las estancias en busca de supuestos arsenales ocultos. En su afán por conocer el paradero de las armas que, al decir de las fuerzas ocupantes, escondían allí los frailes, se valieron entonces de artimañas que –juzgando por lo que sucedió posteriormente– podemos calificar muy bien de verdaderos y macabrosos ensayos generales de cara al futuro. En grupos de cuatro o cinco, conducían a los rehenes a un lugar apartado del resto y allí les sometían al tormento de tenerse que enfrentar al ritual completo de un pelotón de fusilamiento que, tras el clásico preparados y apunten, obedecían la última orden, disparando deliberadamente al vacío. Era un verdadero sufrimiento para quienes –como

Florentín– tuvieron que aguantar la presión de la mira del fusil, como para, quienes oyendo los disparos creían que ya habían muerto sus hermanos y que serían ellos los siguientes.

Del espectáculo de los tiros simulados se pasó a otro no menos tensionante, que consistió en encerrar a todos los habitantes de la casa –tanto frailes como seminaristas– en el reducido espacio del coro de la iglesia, mientras iban amontonando en la parte de abajo colchones. Como era de esperar, inmediatamente corrió la voz de que se proponían quemar el templo. Y, ante tal presión, cuentan que Florentín no pudo dominarse y gritó excitado:

–¡Nos van a quemar vivos! ¡Nos van a quemar vivos!...

Ánimo, yo he vencido al mundo

A veces los cristianos nos descorazonamos ante los acontecimientos adversos. Nos atemorizamos y perdemos la esperanza. Es la consecuencia de nuestra falta de fe. Proclamamos, es cierto, a Cristo muerto y resucitado, y afirmamos que es Él la prueba de nuestra propia resurrección y victoria. Pero esta proclamación la realizamos a menudo sin haber descubierto y experimentado su hondo significado. Cuando llega "la hora de la verdad", dudamos y nos tambaleamos. Es entonces cuando más falta nos hace recordar las palabras de Cristo: *ánimo, que yo he vencido al mundo*.

Frente a un mundo amenazado por la guerra, Cristo es testigo de paz. Frente a un mundo cargado de injusticias y odios, predica un Reino de justicia, verdad y amor. Y frente a los dolores y a la muerte misma, atestigua la victoria con su resurrección. Todo esto, cuando es aceptado vitalmente, constituye para sus seguidores un verdadero motivo de confianza en medio de las circunstancias más adversas y difíciles.

OS HE DICHO ESTO PARA QUE TENGAIS PAZ

(JN. 16, 33A)

Florentín –lo hemos visto antes–, al comenzar la persecución y verse seriamente amenazado, se sintió débil. Tan débil que llegó a gritar de miedo. Pero esa primera actitud se fue transformando en fortaleza conforme fue pasando el tiempo y se fue acercando la hora decisiva. Todavía en Godella –al

día siguiente de sus gritos de terror– cuando estaban para salir cada cual a su destino, hizo ya con corazón sincero esta oración:

–¡Señor, si mi vida ha de servir para algo, os la ofrezco desde ahora!

El mismo día que salió de Godella –el 25 de julio– Florentín llegó a Benaguacil en compañía de otros dos amigonianos y los tres se refugiaron en casa de uno de ellos –Tomás Sanz Poveda–, que era natural de dicho pueblo. El 16 de agosto fueron apresados los tres, pero fueron liberados cuarenta y ocho horas después. El 22 del mismo mes, sin embargo, Florentín y Urbano –que tal era el nombre del tercer amigoniano– fueron conducidos definitivamente a prisión.

EN EL MUNDO TENDREIS TRIBULACION. PERO ¡ANIMO!, YO HE VENCIDO AL MUNDO

(JN. 16, 33 B)

Durante su última estancia en la cárcel, Florentín recibió la visita, entre otras personas, de uno de los seminaristas que tenía en Godella al sobrevenir la guerra y él, con el ánimo ya completamente sereno y firme, a pesar de que estaba convencido de que esa misma noche le iban a dar muerte, le recomendó:

–¡Hijo, persevera fiel a tu vocación!

Otra muestra de su renovada fortaleza la ofreció horas después cuando, llegado el momento de despedirse de los que se quedaban en prisión, dijo con total serenidad:

–¡Hasta que nos volvamos a ver!

Al salir, ya de noche cerrada, la mujer del carcelero, como hacía frío le entregó a él –y a Urbano, el amigoniano que le acompañó en el martirio– una bufanda para protegerse del frío. Él, tras agradecer el gesto, se encaminó con entereza al lugar donde le conducían y en el que murió acribillado por las balas. Era la madrugada del 23 de agosto de aquel mismo año 1936.

Como los ninos

Florentín conservó durante toda su vida un espíritu de niño. Y este espíritu le convertía –al decir de quienes le

conocieron personalmente– en "una persona sin hiel ni malicia, en una persona siempre alegre y bondadosa, que se ganaba la simpatía y el afecto de todos, y que era muy estimado por sus alumnos".

Cristo nos dice: "si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos".

Ser niño, evangélicamente hablando, supone tener la suficiente hombría para actuar de forma consciente y libre con las actitudes de sencillez y de simplicidad, de limpieza de corazón y de confianza en los otros, de optimismo y esperanza ante la vida, de alegría interior y exterior..., con que el niño actúa de forma natural. Supone conservar, acrecentados por la madurez, los valores que admiramos y apreciamos en la niñez.

EL AMOR HACE A LOS HOMBRES, NINOS; MIENTRAS QUE EL EGOISMO LOS ANINA

Ser niños, según el evangelio, supone, en definitiva vivir en actitud de constante crecimiento en el amor y de progresiva apertura hacia los demás, a pesar de que las circunstancias de la vida misma –con sus golpes y desengaños– pudiesen impulsarnos a todo lo contrario.

El amor –decía un pensador– *hace de los hombres niños, mientras que el egoísmo, los aniña.*

Y así es, en verdad. Cuando, a pesar de los pesares, la persona sigue *madurando por el amor*, su vida va adquiriendo, con creciente intensidad, las tonalidades propias de un *candor* del que son un reflejo natural los niños. En cambio, cuando se deja seducir por los encantos del egoísmo y se deja encerrar y constreñir en los estrechos espacios y horizontes del *yo*, adopta actitudes y comportamientos que reflejan –bien a las claras– una alarmante inmadurez y un galopante enanismo interior, que, con su tendencia a *engordar el ego*, la va convirtiendo en un auténtico *"niñato"*.

QUIEN NO RECIBA EL REINO DE DIOS COMO UN NINO, NO ENTRARA EN EL

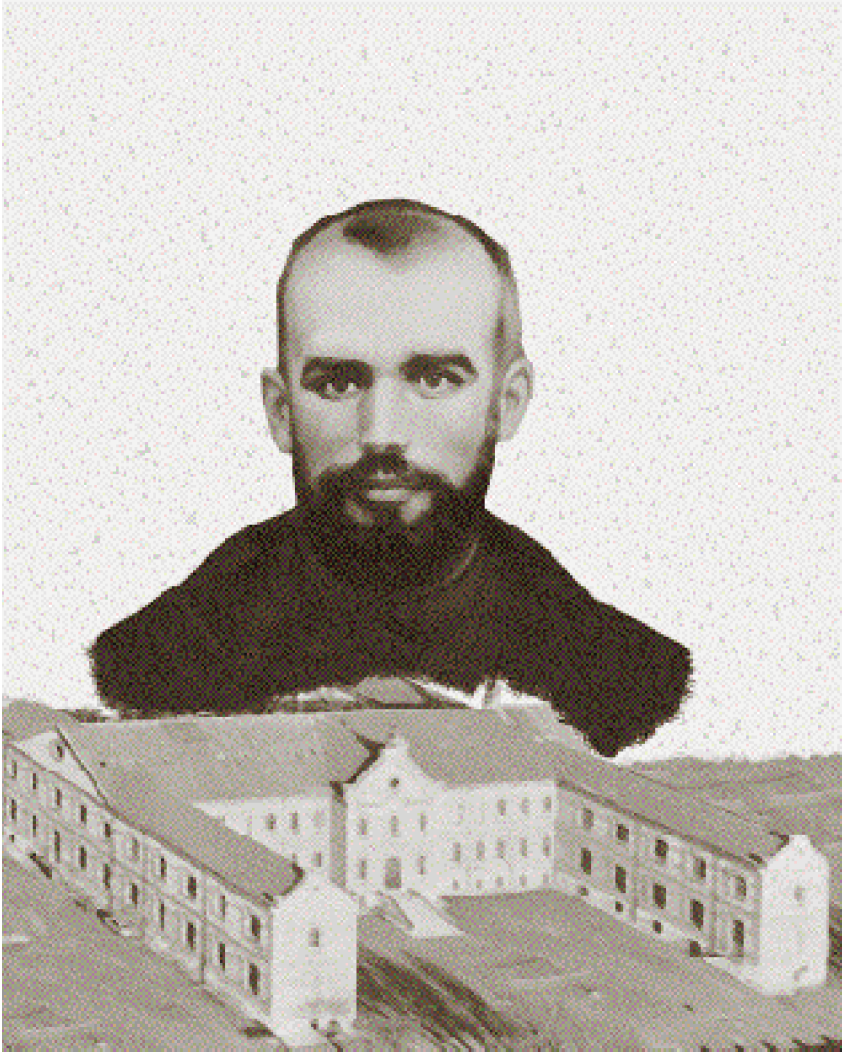
(LC. 18, 17)

"El samaritano, movido a compasion,
se acerco al herido, lo curo,
lo llevo a una posada y cuido de el"

(Lc, 10, 33-34)

Urbano Gil Saez

Con el estilo del Buen Samaritano



Avatares de un pequeno huerfano
Con la alegria a cuestas
Companeros de viaje
Bajo el signo de la compasion

El 9 de marzo de 1901, nació en Bronchales, Teruel, un niño a quien sus padres –don Blas Gil Monzón y doña Ignacia Sáez Pérez– decidieron bautizar al día siguiente con el nombre de *Urbano Manuel*.

Avatares de un pequeño huérfano

Al quedar tempranamente huérfano de padre y no disponer su madre de suficientes recursos económicos para su educación, el pequeño Urbano –junto a su hermano menor Pedro, que acabaría ofrendando también la vida en testimonio de su fe– fue internado en el Colegio San Nicolás de Bari, de la capital turolense, del que se habían hecho cargo los amigonianos en 1910.

En San Nicolás realizó los estudios primarios y recibió la primera comunión. Pero, además, la formación que allí adquirió, el contacto directo con aquellos frailes que tanto arte tenían a la hora de empatizar con sus educandos, y la alegría que se respiraba en el ambiente, le ayudaron decisivamente a descubrir la llamada que Dios le hacía a seguir las huellas de Cristo según el espíritu del padre Luis Amigó.

Con la alegria a cuestas

El 12 de abril de 1917 –con dieciséis años recién cumplidos– Urbano vistió en Godella el hábito amigoniano, y dos años más tarde, en idéntica fecha, hizo sus primeros votos, pasando a ser ya, con toda propiedad, "un fraile hecho y derecho".

MOSTRAOS GOZOSOS EN EL SENOR, ALEGRES Y CONVENIENTEMENTE AGRADABLES

(SAN FRANCISCO 1REGLA, 7, 16)

Su vida religiosa transcurrió dedicada fundamentalmente a la educación cristiana de los niños y jóvenes en dificultad –misión especial de los amigonianos–, aunque estuvo también algunos años dedicado a la enseñanza. Tanto en un apostolado, como en otro, dio muestras de ser un gran pedagogo y supo ganarse el corazón de sus educandos. Su fama como maestro, llegó a ser tan grande que en Torrent, tras su paso por aquellas aulas, se solía decir:

–El que no ha ido a las clases de fray Urbano, no sabe nada.

SI ALGUN TIEMPO OS SOBRARE, ALIVIAOS EN EL TRABAJO MUTUAMENTE

(L. AMIGO, OC. 2063)

Ayudado por su carácter jovial, estaba siempre cercano a sus muchachos, compartiendo con ellos, no sólo el *tener*, sino también el *ser*. Con una alegría natural que impactaba a todos por lo espontánea y sincera, mitigaba los sufrimientos de sus alumnos, y, con una sensibilidad *a flor de piel*, sabía pararse al lado de quien más lo necesitaba para ofrecerle, junto a su compañía y amistad, una ayuda eficaz. Fue éste, su particular modo de hacer realidad el viejo deseo de la pedagogía amigoniana que ha querido siempre *hacer la vida a los alumnos, lo más agradable posible*.

Con talante igualmente cercano y jovial, se relacionó con sus hermanos de hábito. Cuentan las crónicas que en la vida de fraternidad se distinguió "por su afán en prestar ayuda, en cualquier momento, a los hermanos sobrecargados de trabajo".

Companeros de viaje

En julio de 1936, Urbano se encontraba de comunidad en Godella. Había llegado allí un año antes para empezar a cumplir uno de sus más añorados deseos: *estudiar para sacerdote*. ¡Cuántas veces lo había pedido antes y cuántas veces le había sido denegado! ¡Cuánta ilusión soñada y truncada! Por fin, sin embargo, se cumplió el refrán y acabó siendo cierto que *el que se empeña, se casa* y *el que la sigue, la consigue*.

MARCHARON CONTENTOS, AL SER CONSIDERADOS DIGNOS DE SUFRIR ULTRAJES POR CRISTO

(HCH. 5, 41)

Cuando el 22 de julio de aquel año 1936 la casa de Godella fue incautada, Urbano, como sus hermanos de comunidad, quedó a merced de los macabros "juegos" a que quisieron someterles los "ocupadores" de su vivienda. Y tres días más tarde –a partir del 25–, su suerte se unió ya indisolublemente a la del padre Florentín. Con él –y en compañía también del padre Tomás Sáez– marchó a Benaguacil para refugiarse en casa de éste último. Con él, sufrió la primera experiencia de prisión, del 16 al 18 de agosto. Con él, fue apresado de nuevo –y ya de forma definitiva– el 22 del mismo mes. Y

con él, finalmente, recibió el martirio en la madrugada del día siguiente, el 23 de agosto de aquel mismo año 1936.

Ambos –Florentín y Urbano, o, si se prefiere, Urbano y Florentín– fueron, sin duda, dos fieles e inseparables *compañeros en su último viaje por la vida*.

Si el testimonio final de Florentín –hombre temeroso de su suerte al principio– se distinguió por la entereza con que afrontó la hora definitiva, el de Urbano –persona siempre apacible y con la sonrisa constantemente en los labios– llamó particularmente la atención por la serenidad– y aun alegría– con que afrontó las penalidades. Más de uno, viéndole sonreír entonces, debió ver reflejado en su rostro el sentimiento mismo de aquellos apóstoles que, al abandonar la sala del sanedrín que los había perseguido y encarcelado, iban *contentos por haber sido considerados dignos de sufrir por Cristo*.

Bajo el signo de la compasion

La vida de Urbano se puede leer e interpretar perfectamente en clave de *compasión evangélica*.

HABEIS SIDO LLAMADOS A CURAR A LOS HERIDOS, VENDAR A LOS QUEBRANTADOS Y VOLVER AL RECTO CAMINO A LOS EXTRAVIADOS

(S. FRANCISCO, TRES COMPANEROS, 58)

Compasiva es la persona que no juzga ni condena al otro; es la persona que, a fuerza de compartir los gozos y tristezas, las esperanzas y desesperanzas de los demás hombres y mujeres, acaba comprendiendo cabalmente el drama humano y aprendiendo uno de los secretos más sabios del amor, cual es de *querer a cada uno a su medida*, es decir, *tal cual es*.

Compasiva es también la persona que se detiene junto al dolor, los problemas, las dificultades, la vida del prójimo para ofrecerle, en la medida de sus posibilidades, una ayuda eficaz. Compasiva es, en definitiva, la persona que no se limita a dar al necesitado algo de lo que le sobra, sino que se entrega sin reservas ella misma.

Una de las cosas que más llama la atención en el Buen Samaritano –ese hombre que como ningún otro encarna la actitud compasiva que quiere resaltar Cristo– es el hecho de que no hace preguntas. No le pide al herido su carnet

de identidad. No se detiene a pensar si es rico o pobre, honrado o sinvergüenza. Ha visto el dolor, el sufrimiento ajeno, ha visto al hermano herido, y eso es suficiente para que se baje de su cabalgadura y se aproxime para ayudarle.

SED COMPASIVOS COMO VUESTRO PADRE ES COMPASIVO

(LC. 6, 36)

¡Cuánta falta hace también hoy en nuestra civilización este profundo valor cristiano! Es frecuente leer en la prensa trágicos sucesos que tienen como una de sus causas la insensibilidad de la gente ante los problemas de sus semejantes.

Nuestra cultura parece haber olvidado que muchos problemas empiezan a solucionarse con la compasión. Es posible que muchas veces no podamos dar respuesta a las dificultades de los otros, pero el mero hecho de acompañarles cordialmente en sus preocupaciones es, a menudo, un gesto suficiente para que no desesperen, para que no pierdan su confianza en los hombres, ni la ilusión en la vida.

El padre Luis Amigó, que había experimentado la trascendental importancia que tiene la compasión evangélica, pidió a sus frailes que tuvieran un corazón generoso y compasivo, tanto para con los jóvenes descarriados, como para con sus hermanos de comunidad.

Quiso él que los amigonianos, imitando el ejemplo del Buen Pastor, compartieran con sus alumnos alegrías y penas, jugasen con ellos y con ellos se recreasen, se hicieran los encontradizos y hablasen al corazón de quienes estuviesen en dificultad, y fuesen para todos ellos unos verdaderos padres. Y deseó, al mismo tiempo que, siendo generosos y compasivos en sus relaciones fraternales, estuviesen siempre dispuestos a aliviarse mutuamente el trabajo. *Hacerse todo para todos* fue precisamente el lema que propuso en este sentido a los amigonianos. Y este ideal –como arriba se ha visto ya– supo hacerlo vida, a través de su alegría y de su saber *ser* y *estar* entre sus muchachos y sus hermanos, nuestro Urbano.

Dibujo de José Luis Macías

Parte IV

Uno que se quedo solo

Benifayo, pueblo de la huerta sur de Valencia, de cuya capital dista 22 kilometros y que, al comenzar la guerra, contaba con unos seis mil habitantes, fue otra de las poblaciones donde la persecucion religiosa —fuerte ya de por si en toda la comunidad valenciana, como sabemos— se distinguio por su violencia.

ROQUETES Y CASULLAS, MANIPULOS Y BONETES, SIRVIERON ALLI PARA ENJAEZAR CABALLERIAS

En un principio, nadie hubiera presagiado lo que acabó sucediendo en Benifayó. Es cierto que el 21 de julio de aquel mismo año 1936 se prendió fuego al templo parroquial, se destruyeron sus imágenes y se hizo incluso una grotesca parodia enjaezando a los animales con roquetes y casullas, con manípulos y bonetes y con toda una larga serie de vestimentas eclesiásticas, pero daba la impresión de que las personas serían respetadas. De hecho, los sacerdotes y frailes, hijos del pueblo, –como fue el caso del amigoniano Gabriel– vinieron, confiados, a refugiarse en el pueblo.

Ese relativo clima de tranquilidad –en el fondo, más aparente que real– se vio definitivamente roto a mediados de agosto, cuando clérigos y religiosos fueron sacados de sus casas familiares y conducidos al lugar que les serviría de prisión.

Dentro de la historia amigoniana, lo sucedido en Benifayó tiene, por otra parte, su peculiar significación.

GABRIEL FUE EL UNICO MARTIR AMIGONIANO QUE SE QUEDO SOLO ANTE EL PELIGRO

Se da la curiosa circunstancia de que Gabriel fue el único amigoniano –oficialmente mártir– que se quedó, de alguna manera, solo ante el peligro. Vicente Cabanes estuvo acompañado en el lecho de muerte por sus hermanos de hábito. Los ocho de Torrent y los tres de Benaguacil formaron dos grupos martiriales bastante compactos. Y los de Madrid –como se verá– aunque siguieron suertes distintas, estuvieron unidos inicialmente por el destino y componen –con un total de seis religiosos– el tercer gran grupo del martirologio amigoniano. En cambio, Gabriel, aunque murió rodeado de curas, desde que salió de Godella no volvió a relacionarse con ningún amigoniano.

Dibujo de Luis Gans

ESCENA PEDAGOGICA AMIGONIANA.

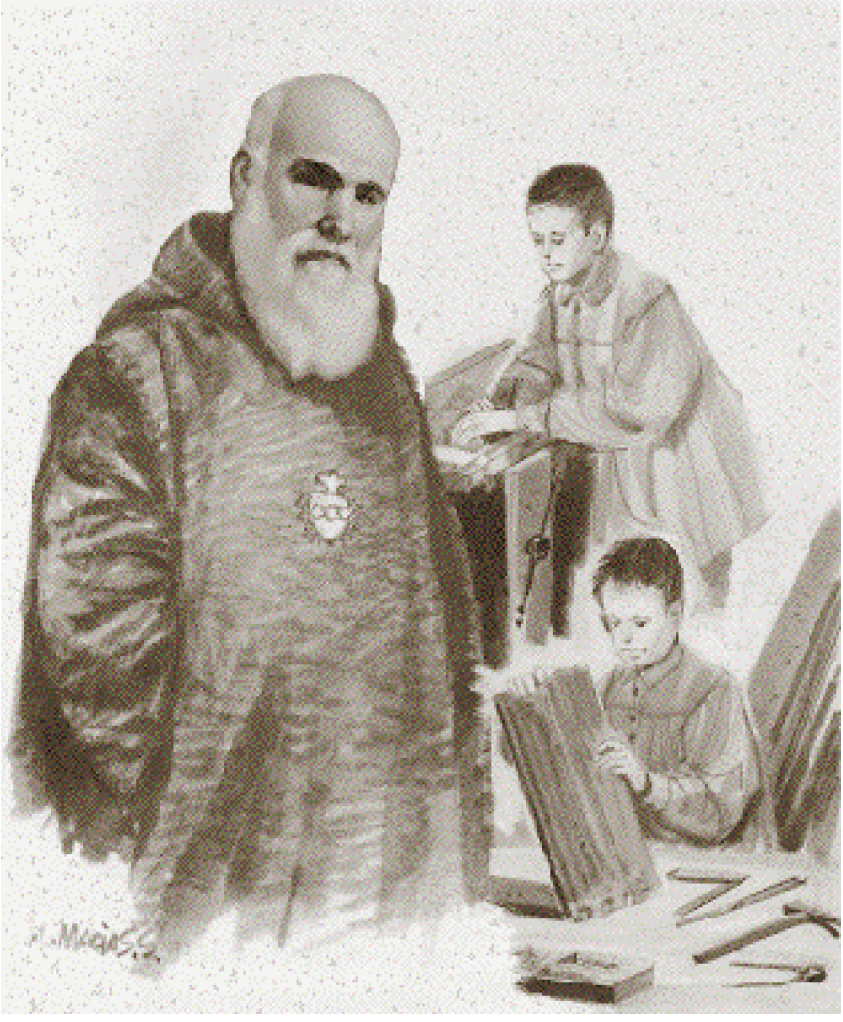
Los educadores comen con sus alumnos, con ellos trabajan y con ellos se solazan, tomando parte en sus mismos juegos… y se establece así esa mutua relación de estima y afecto que suavizan y hacen llevaderas las prescripciones del reglamento.

(Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos, nº 6.251)

"Bienaventurado el siervo
a quien su senor encuentra sirviendo"
(Mt. 24, 46)

Gabriel de Benifayo

El típico "manitas"



Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

Amigoniano de primera hora
Un valioso comodin
Rodeado de curas
Un trabajador nato

En Benifayó, Valencia, nació, el 8 de octubre de 1866 un niño a quien sus padres –Gabriel Sanchis y Vicenta Mompó– bautizaron con el nombre de *José María*.

Sus primeros años transcurrieron felices en su pueblo natal. Allí aprendió las primeras letras; allí frecuentó después la escuela elemental, y allí también se adiestró en el oficio de carpintero con el que se ganaba la vida cuando, en 1889, le llegó la noticia de que el padre Luis Amigó acababa de fundar en la cercana capital una nueva congregación religiosa y se sintió inmediatamente atraído por la idea de formar parte de la misma.

Amigoniano de primera hora

El 21 de junio de 1889, tras un breve postulantado, tomó el hábito amigoniano en la Cartuja de El Puig, que sirvió de cuna a la fundación del padre Luis durante sus seis primeros meses de vida.

Allí tuvo tiempo y oportunidad José María –que pasó a llamarse *Gabriel*, como su padre, al ingresar de novicio– de curtir su vocación. Allí pudo contemplar cómo muchos de los que se habían sentido llamados a seguir el ideal amigoniano retrocedían, incapaces de soportar la austeridad y pobreza de aquella vida. No eran lo suficientemente fuertes para afrontar con radicalidad lo que Cristo pidió un día al joven rico: *vete, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y después ven y sígueme*.

EL MENSAJERO DE LA BUENA NOTICIA DEBE IR LIGERO DE EQUIPAJE

El seguimiento de Cristo exige siempre un sacrificio, una renuncia. Quien no es capaz de desprenderse del afán de poseer no está preparado para caminar muchas millas tras las huellas de Cristo. Los caminos que tiene que recorrer el mensajero de la Buena Noticia son largos y hay que andarlos, ligeros de equipaje, como los peregrinos, y dispuestos a las penalidades.

Gabriel, con un puñado más de valientes, no se amedrentó ante las carencias y demás dificultades que tuvo que afrontar en aquella Cartuja que les daba cobijo. Mas bien, se creció ante ellas y salió de aquella dura experiencia con un espíritu más ensanchado y fuerte.

Pasado un año completo desde su toma de hábito, emitió sus primeros votos. El mismo padre Luis, en una de las páginas autobiográficas más llenas de contento y júbilo escribe:

–El 24 de junio del año 1890 me concedió el Señor una gran satisfacción y alegría al poder recibir la profesión de los primeros religiosos, que, en número de diecinueve, emitieron en mis manos sus votos en el convento de Torrent.

No podía sospechar entonces el padre Luis que dos de ellos –Domingo de Alboraya y nuestro Gabriel– estaban destinados a sellar con su sangre el pacto de alianza que habían hecho con el Señor. De los dos, el de más edad era precisamente Gabriel, quien, por todas estas circunstancias, puede ser considerado el decano de los religiosos amigonianos muertos durante la contienda civil española.

Un valioso comodin

En algunos juegos tienen una capital importancia los comodines. Unas veces sirven para redondear espléndidas jugadas y otras cubren y disimulan los fallos o limitaciones de los jugadores. Y en este último sentido, constituyen como una especie de silencioso homenaje a la debilidad humana.

También en el juego de la vida y en el engranaje de las instituciones son importantes y valiosos los comodines. Alguien –no sin cierta chispa de socarronería– solía decir que para que en una comunidad haya *comodones* tiene que haber *comodines*. Yo no me atrevería a absolutizar tanto. Es más, pienso que las personas-comodines no se crean con el fin de favorecer egoísmos individuales, sino con el de posibilitar la marcha cotidiana del conjunto, sabiendo dar una respuesta creativa y efectiva a los imprevistos y necesidades de última hora. Y en esta misma línea, nuestro Gabriel fue, sin duda, un *valioso comodín* o *tapagujeros*, como más popularmente suele llamarse a ese tipo de personas que son capaces de hacer –con el mismo talante y disponibilidad y con la misma eficacia y sentido práctico– una cosa que otra.

EN EL JUEGO DE LA VIDA NO PUEDEN FALTAR LOS COMODINES

Con su fuerte complexión y mediana estatura, con su carácter enérgico y sanguíneo y con su mismo mirar defectuoso que confería a su estampa un cierto aire de gracia, supo desenvolverse con soltura, tanto en el campo de la pedagogía y en el de la administración, como en el de los múltiples quehaceres manuales que se requieren en la marcha diaria de una casa.

En la educación de los niños y jóvenes con problemas se distinguió por la facilidad que tenía para combinar en su justa medida la suavidad y alegría con la firmeza y seriedad, y, sobre todo, por el cariño y ternura que sentía hacia sus educandos.

PROCURAD CAPACITAROS PARA TODO Y OBRAD COMO SI EL BUEN ORDEN DEPENDIERA SOLO DE CADA UNO DE VOSOTROS
(L. AMIGO, OC. 2063)

Como administrador ejerció su responsabilidad como un verdadero servicio hacia todos los que dependían de él. Hizo propio de alguna manera el ideal que Cristo alaba en *aquel servidor bueno y fiel a quien su señor había puesto al frente de su casa para dar a los suyos la comida a su tiempo y que se dedicó a ello en cuerpo y alma*. Gabriel se desvivía para hacer producir al máximo los escasos recursos con que contaba, procurando en todo momento hacer la vida de los de la casa, lo más agradable posible. Con su carácter alegre y su buen hacer, conseguía poner una chispa de humor allí donde la austeridad era más fuerte. Se cuenta, por ejemplo, que cuando, en circunstancias muy especiales, ofrecía a las comunidad alguna copita, procuraba aumentar la alegría natural del detalle, sirviéndola él personalmente y acompañando, de vez en cuando, la reducida medida de licor con un gracioso: *¡Ya me he pasado!* que pronunciaba mientras meneaba simpáticamente su cabeza.

En lo que más destacó, no obstante, fue en los pequeños –y al mismo tiempo *grandes*– servicios que prestó en el campo de las manualidades, allí donde estuvo. Especial mención merecen sus acabados trabajos –algunos de ellos, obras de arte– que realizó en el campo de la carpintería, en el que llegó a ser un verdadero maestro. Algunos de los preciosos retablos existentes en Godella antes de la guerra se debían precisamente a sus habilidosas manos. Fueron estos mismos trabajos los que le valieron la fama de "manitas" que llegó a tener entre sus conocidos.

Rodeado de curas

Desde Godella –donde se encontraba de comunidad al comenzar la guerra– Gabriel, después de pasar junto a sus hermanos las penalidades a que les sometieron los ocupantes de la casa, marchó el 25 de julio a su pueblo natal y ese mismo día encontró refugio en casa de su sobrina Florencia Sanchis. Aquí estuvo hasta que, el 14 del siguiente mes, fue apresado y conducido al Colegio de las Hijas de Cristo Rey, convertido en cárcel.

Tan sólo dos días permaneció en la improvisada prisión, en compañía de otros seis sacerdotes hijos de Benifayó que se encontraban acogidos en sus casas familiares.

En la madrugada del 16 de agosto de aquel mismo año 1936, cargaron a los siete en tres coches y los condujeron a la partida de "La Coma", situada junto a la Masía de Espioca, en el término municipal de Picasent, donde los fusilaron.

Dicen que, poco antes de que le disparasen, el cura párroco se dirigió a quienes iban a darles muerte y les dijo:

–Matadme a mí, pero dejad a los otros seis.

A lo que ellos replicaron:

–Vamos a mataros a todos.

Y así fue. Al momento, una sorda descarga acabó con sus vidas. A nuestro Gabriel –religioso laico, pero con un grande y franciscano sentido reverencial hacia el sacerdocio ministerial– le cupo el honor y la dicha de morir rodeado de curas.

NO HUYAIS DEL TRABAJO Y PROCURAD EMPLEAR BIEN EL TIEMPO

(L. AMIGO, OC. 1827)

Un trabajador nato

El testimonio de vida de Gabriel sobresale especialmente por su *amor al trabajo*.

Cristianamente entendido, el trabajo no es un castigo. Es mas bien una excelente oportunidad que tiene la persona de regalar a los demás los regalos –o, si se prefiere, *carismas*– que, previamente, le ha regalado Dios.

Sólo el egoísta vive el trabajo como un castigo. Al hombre encerrado en sí le causa dolor poner sus potencialidades al servicio de los demás. Por el contrario, quien va madurando humanamente por el amor, va descubriendo el sentido gratificante del servicio, de la entrega a los otros, y vive su trabajo con creciente entusiasmo y dedicación.

Luis Amigó tuvo la gran intuición de llegar a ver en el trabajo, aceptado con libertad y con gozo, la mejor prueba de la recuperación del menor desadaptado. Quería, por ello, que sus frailes ayudaran a los alumnos a descubrir el verdadero sentido del trabajo. Pero quería, en primer lugar, que fueran ellos mismos, quienes experimentasen y viviesen el trabajo como don, como regalo puesto por Dios en manos del hombre. Les invitaba constantemente a que no *huyesen del trabajo*, a que *procurasen emplear bien el tiempo* y a que *se capacitasen para todo*.

ACERCAOS A MI LOS QUE ESTAIS FATIGADOS Y OS ALIVIARE

(MT. 11, 28)

La tradición amigoniana asimiló a la perfección este espíritu de trabajo, que constituye una característica peculiar de su propia identidad. Y Gabriel fue, con su ejemplo de vida, un buen exponente del mismo.

Con la actitud propia del zagal del Buen Pastor supo estar al lado de sus muchachos “sin horario”, entregándose completa y gozosamente por ellos. Y con la misma actitud supo entregarse al servicio de sus hermanos y a todos los trabajos que hiciesen falta. Fue, no cabe duda, un trabajador nato. Por ello, cuando, con sus setenta años de edad se acerca serenamente a la muerte, su apacible y cansino caminar hacia el último descanso nos hace recordar aquellas palabras de Cristo: *Acercaos a mí todos los que estáis cansados y fatigados, y yo os aliviaré*.

Dibujo de Luis Gans

ESCENA PEDAGOGICA AMIGONIANA.

Es el espíritu de compenetración entre educadores y alumnos lo que hace acogedora una casa. Y este espíritu existe en los centros amigonianos en los que el educador alterna con sus educandos y forma con ellos una familia de la que es él el "hermano mayor".

(Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos, nº 14.866)

Parte V

Los de Madrid, suertes distintas

En gran parte por ser la capital de la nacion y en parte tambien por sentirse inicialmente muy cercana la amenaza de las fuerzas sublevadas, la situacion en Madrid fue particularmente violenta.

Tan pronto como se declaro la guerra, el gobierno distribuyo armas entre las milicias populares de la ciudad, que, inmediatamente, dominaron la situacion.

¡Acabar con Dios!

Como era de temer, el sector en que se cebó de forma especial la ola de violencia incontrolada que se desató en Madrid con la guerra, fue –al igual que se ha visto ya en la realidad valenciana– el religioso.

De forma inmediata, se declaró una abierta *persecución* contra todo lo que tuviese algo que ver con el ámbito de la fe. El culto público, lógicamente, quedó suspendido. Curas, frailes, monjas y personas significadas por sus creencias, tuvieron que camuflar su identidad y esconderse precipitadamente, pues se les perseguía a muerte. Las iglesias fueron incendiadas o destinadas a usos profanos. En los registros a domicilio se ponía un especial interés por destruir cualquier objeto religioso que se encontrase. Es más, el mero hecho de tenerlos era ya considerado a veces un delito digno de merecer la detención. Algunos de los elementos más revolucionarios y situados al margen de la ley llegaron a jactarse públicamente de que en Madrid, en pocas horas, *habían acabado con Dios*.

LA MUERTE DE DIOS ES UNA UTOPIA, MIENTRAS EXISTAN HOMBRES LIBRES

Y esa era, en definitiva, la consigna que animaba a muchos extremistas. Su lema era *¡Acabar con Dios!*. Y creyeron conseguirlo aniquilando todo aquello que hiciese la más mínima referencia a Él. Con la pretensión de *matar a Dios* lo único que tristemente consiguieron fue sembrar la historia de muertes humanas, que proclamaban, por sí mismas, una fe más viva en la trascendencia.

La muerte de Dios es una utopía, mientras exista en la humanidad algún resquicio de libertad. Siempre existirán personas que, en su libertad, opten por creer profundamente en Dios.

Las checas, una pobre importacion

Una de las cosas que más proliferaron –en aquellos tiempos en que la legalidad reinó por su ausencia y la violencia adquirió carta de ciudadanía– fueron las checas.

No se trataba, sin embargo, de ningún invento.

Con el nombre *checa* designaron, en un principio, los rusos a su policía secreta y con ese mismo nombre acabaron designando también ellos mismos los centros en que actuaba dicha policía.

Cuando las checas, como si se tratara de una gran "novedad", se trajeron a España al iniciarse la guerra, se quiso importar fundamentalmente junto con ellas el clima de terror que imperaba en una Rusia que –sometida a una férrea dictadura– estaba sufriendo las peores "purgas" de toda su historia.

CUANDO LA VIOLENCIA ADQUIRIO CARTA DE CIUDADANIA, SURGIERON LAS CHECAS

Las checas se instalaban en cualquier lugar –preferiblemente sombrío y aislado– que permitiese aplicar con absoluta tranquilidad las "terapias" que se utilizaban para curar silencios y conseguir las deseadas "confesiones", sin que los gritos de los "pacientes" rompiesen en lo más mínimo la quietud del entorno. Venían a ser como una especie de *calabozos* en los que –en contraposición a las cárceles y prisiones oficiales, sometidas a una legalidad, al menos aparente– no se tenía que dar cuenta a nadie de lo que allí se actuaba.

Algunas de las numerosas checas implantadas a lo largo y ancho de la capital –entre las que cabe contar las que se instalaron en las casas amigonianas de *Santa Rita* y *Caldeiro*– llegaron a ser verdaderamente famosas en los círculos del terror que proliferaron en Madrid por aquellos años. Pero entre todas ellas, la más renombrada dentro de la historia de los terciarios capuchinos fue la de *Fomento*. Situada cerca de La Cibeles, esta checa –que se distinguió por la ferocidad de sus dirigentes– fue el lugar desde el que partieron hacia su martirio: Domingo de Alboraya, Crescencio García y Timoteo Valero, es decir, la mitad de los mártires amigonianos muertos en Madrid. También pasó por ella, Diego de Alacuás, otro amigoniano muerto en la capital testimoniando su fe, aunque no forma parte de los mártires oficiales.

De tres, seis

Tres eran las casas que los amigonianos tenían abiertas en Madrid en julio de 1936. En la más antigua de ellas, la

Escuela de Santa Rita –primer centro español especializado en el tratamiento de menores y jóvenes con problemas– estaban desde 1890. Al *Colegio Caldeiro* habían llegado en 1910, cuando su inauguración. Y en el *Reformatorio de Madrid* –inicialmente conocido como Príncipe de Asturias– se habían establecido en 1924, encargándose de ponerlo en marcha.

El 20 de julio de aquel año 1936 fueron asaltadas las tres casas. Y ese mismo día, antes de que entrasen los asaltantes, la comunidad de Caldeiro abandonó el centro refugiándose sus miembros en distintos lugares. También los del *Reformatorio* salieron el día 20, protegidos por el juez de menores, don Luis San Martín, que les consiguió salvoconductos. Más difícil lo tuvieron los de *Santa Rita* que fueron retenidos allí hasta el 21, cuando todos –menos Bienvenido– fueron puestos en libertad y pudieron "buscarse la vida".

ENTRE LAS TRES CASAS DE MADRID, LOS AMIGONIANOS SUMARON UN TOTAL DE CATORCE BAJAS, OCHO DE ELLAS, MARTIRES OFICIALES

En el cómputo final de víctimas hay que señalar que entre sus *tres casas* madrileñas, los amigonianos sumaron, en la capital, un total de *seis mártires* oficiales, aunque los que murieron entre esas tres casas dando testimonio de su fe fueron algunos más. En efecto, de *Santa Rita*, a sus cinco mártires –Bienvenido, Domingo, León, Francisco y Timoteo– hay que añadir a Pascual de Cuacos, Diego de Alacuás y Francisco Ferrer que dieron sus vidas en distintos lugares. De los que había en el *Reformatorio*, sólo uno –Crescencio– murió en Madrid, pero otros tres –Lorenzo de Alquería, Pedro Gil y Ezequiel Gil– testimoniaron su fe desperdigados por la geografía española. Y de los de *Caldeiro*, aunque ninguno terminó sus días en Madrid, acabaron siendo martirizados: Benito de Burriana y Francisco de Torrent, ambos en el pueblo de éste último.

Dibujo de Luis Gans

ESCENA PEDAGOGICA AMIGONIANA.

El educador convive tan familiarmente con sus educandos, que no sólo los conoce, sino que se confunde con ellos. Por la suavidad del método, no se produce tirantez en las relaciones entre educadores y alumnos, sino que se goza de esa tranquilidad y alegría, tan provechosas para la educación.

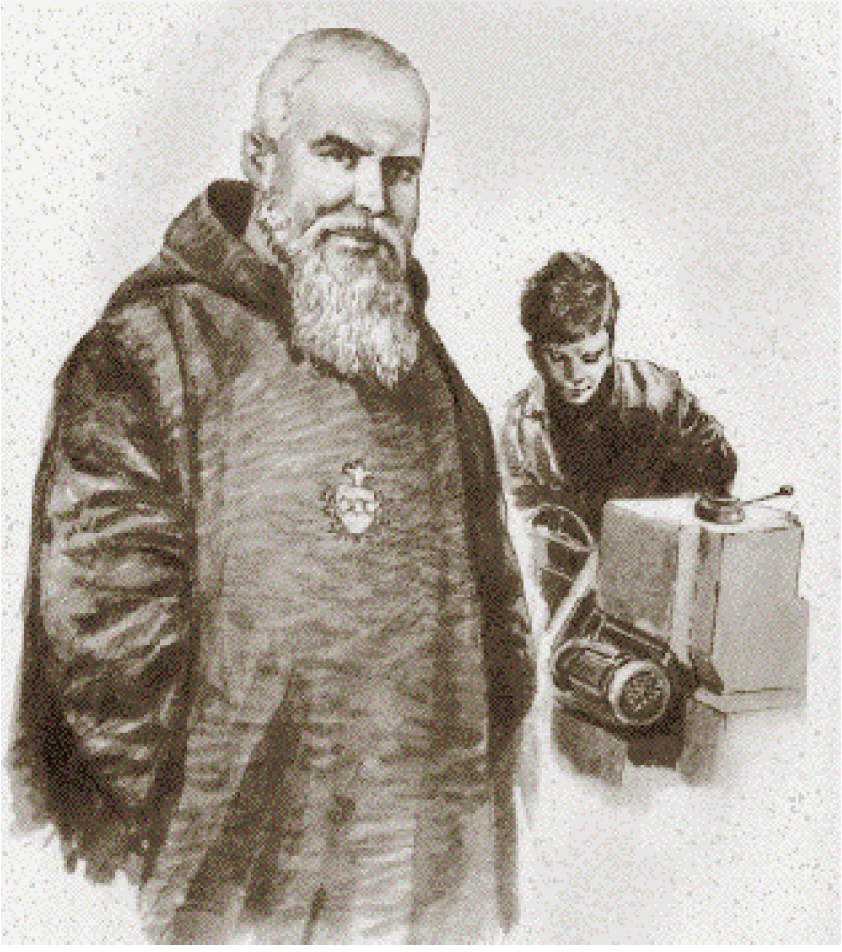
(Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos, nº 5.053 y 6.254)

"Ahi teneis una persona de verdad, en la que no hay engano"

(Jn, I, 47)

Bienvenido de Dos Hermanas

Hombre de una pieza



Dibujo de José Luis Macías

Bienvenido, hijo mio
Un general de cinco estrellas
Energico ante las dificultades
Abierto en canal
Sin medallas

Del matrimonio formado por don José de Miguel Montano y doña María Arahal Gómez, nació el 17 de junio de 1887, en Dos Hermanas, Sevilla, nuestro protagonista, a quien sus padres bautizaron con el nombre de José, siete días más tarde, en la festividad de San Juan Bautista.

Ya de pequeño –comenta su familia– dio muestras de sentir una especial inclinación por las cosas de Dios. A él –como le sucedía al mismo padre Luis Amigó cuando era niño– le gustaba entretenerse ensayando prédicas y misas. Algo que, por lo demás, no dejaba de ser un cierto alivio para sus padres, que tenían que soportar a diario los ruidos y el jolgorio de ocho hijos más.

Bienvenido, hijo mio

Doce años recién cumplidos tenía, cuando los amigonianos inauguraron en su pueblo la *Colonia San Hermenegildo*, destinada a acoger y educar niños y jóvenes en situación conflictiva. Aparte de esta obra, fundaron también una especie de *oratorio* o club, en el que se organizaban, para los niños y jóvenes del entorno, distintas actividades de tipo religioso, cultural o deportivo.

ERA TAL EL DESEO QUE SENTIA POR HACERSE FRAILE, QUE QUISO PONERSE MAS ANOS QUE LOS QUE TENIA

El pequeño José, que había concluido ya los estudios primarios, se enroló inmediatamente en las actividades organizadas por aquellos frailes que le habían caído súper simpáticos. Y, al poco tiempo, estaba anhelando hacerse uno de ellos. Era tal su deseo, que llegó a preguntarle a su madre si no sería posible ponerle en la partida del Bautismo un año más. Como es natural, no fue posible el apaño y tuvo que esperar a cumplir los quince para iniciar su andadura como postulante. De todas formas, no fue tiempo perdido. Lo aprovechó para iniciar y adelantar estudios de latines en su pueblo natal, hasta que, en noviembre de 1902, viajó hasta el Convento Monte Sión en Torrent, Valencia, donde estaba entonces el noviciado.

Cuentan que al ser presentado al padre Luis Amigó, éste, emocionado por el hecho de que era la primera vocación sevillana, le dijo:

–Bienvenido seas, hijo mío.

Y con *Bienvenido* se quedó, pues al tomar el hábito, el 6 de enero de 1903, fue éste el nuevo nombre que adoptó.

Un general de cinco estrellas

Los que entienden de milicia aseguran que las cinco estrellas constituyen en muchos países la máxima graduación que puede alcanzar un general en el escalafón militar. Aquí, sin embargo, no nos referiremos ni a ese tipo de estrellas ni a ese estilo de mando. Si por algo se distinguió precisamente Bienvenido fue –como se verá– por no haber querido privilegios ni haber buscado el ponerse medallas.

SUS CINCO AÑOS DE "GENERAL" LUCIERON COMO CINCO ESTRELLAS

Con todo, el símil de las estrellas –desprovisto de su aire militar– puede servirnos para entender un poco mejor la época más representativa de la vida de Bienvenido.

Tras ser ordenado sacerdote en mayo de 1920, se dedicó principalmente a la formación de las nuevas generaciones amigonianas y su "carrera" hasta alcanzar los mayores cargos de responsabilidad fue verdaderamente meteórica. En 1926 fue elegido ya vicario general y al año siguiente –en unas elecciones anticipadas que se convocan en la congregación por la inesperada muerte del superior general– fue elegido, con cuarenta años de edad, responsable máximo de la obra amigoniana.

Su actuación como "general" fue ciertamente brillante y genial. Con visión amplia de las cosas, propició, como nadie había hecho hasta el momento, el desarrollo científico de la pedagogía amigoniana, promoviendo y multiplicando viajes de estudio por la Europa central y favoreciendo en todo lo posible la adecuada capacitación académica de los frailes jóvenes.

Toda esa promoción del movimiento científico –que la historia posterior le ha reconocido como un gran mérito– fue, sin embargo, uno de los motivos que le hicieron perder la reelección. Algunos de sus hermanos de hábito no vieron con buenos ojos aquel despliegue de "modernidad"

que traía consigo la importación cultural europea, y se sintieron amenazados en sus "sanas" tradiciones. Y ante esa situación de "miedo" que, en algunos sectores, había llegado a convertir a Bienvenido en una persona a "no perder de vista", nada pudo hacer ni tan siquiera la influencia del propio padre Luis Amigó que abogaba abiertamente porque fuera votado de nuevo. ¡Ni por esas pudo ser! Su gobierno sólo duró hasta 1932. Encima, por si faltase algo, no llegaba a cumplir, tan siquiera, los seis años constitucionales. Y todo porque los "entendidos" –que no debían ser de su "cuerda"– interpretaron el derecho a su antojo y concluyeron que su elección había sido hecha para completar el sexenio iniciado en 1926 por su predecesor. En fin, que en vez de seis, se quedó sólo con cinco años. Aunque eso sí, cinco años que lucieron como cinco estrellas.

Energico ante las dificultades

Aunque fue siempre una persona disponible, servicial y descomplicada entre sus hermanos –como luego se verá– Bienvenido no fue un hombre de carácter blando, sino que, por el contrario, se distinguió más bien por su fortaleza y energía.

¿Por qué será que cuando nos adentramos en la personalidad de alguien que ha vivido con cierta radicalidad el mensaje evangélico del amor, tendemos –casi de forma inconsciente– a atribuirle un carácter excesivamente dulce y blandengue? ¿Será porque no acabamos de percibir en toda su integridad la fuerza dramática que hay siempre detrás de los sentimientos? ¿No es verdad acaso que nuestra *capacidad de amar* está en relación directa con la *capacidad de fortaleza* que se necesita para decirse no, a veces, a uno mismo y a los propios egoísmos? ¿No es verdad, también, por ejemplo, que el perdonar las ofensas, lejos de suponer debilidad en quien perdona, implica en él una personalidad con la suficiente entereza de carácter para sobreponerse a lo que instintivamente buscaría la propia naturaleza?

LA CAPACIDAD DE AMAR ESTA EN RELACION DIRECTA CON LA CAPACIDAD DE FORTALEZA

Bienvenido tuvo siempre un carácter tan franco y fuerte, que quienes lo trataron de cerca pudieron

apreciar en él a un *hombre de una pieza*, en el que no cabía doblez ni engaño. No tenía ciertamente "mano izquierda". Y esta falta de diplomacia, aunque le acarreó más de un disgusto en la vida diaria, llegó a constituirse en la característica más rica e identificante de su personalidad.

NINO "DIFICIL" ES AQUEL QUE TIENE MAS NECESIDADES QUE OTRO, PERO NO SABE EXPRESARLAS (BIENVENIDO DE DOS HERMANAS)

Tras las huellas del padre Luis Amigó y en sintonía con la pedagogía amigoniana se percató bien de la importancia que tiene el armonizar la ternura y suavidad con la entereza y rectitud en el trato con los alumnos.

Las debilidades en educación –había oído repetidamente– no conducen a ninguna parte. Y él propenso, por una parte, a ser y a comportarse como un verdadero padre con sus alumnos y con sus hermanos, no pecó nunca de *paternalista*. Exigente como fue siempre consigo mismo, no tuvo nunca reparos en exigir a los demás el cumplimiento de sus propios deberes.

No obstante, la manifestación más clara de la fortaleza y energía, propias de su personalidad, nos la ofreció precisamente en los momentos de más dificultad y peligro.

Ya cuando la quema de conventos de 1931, ante la mirada desafiante de algunas personas que amenazaban con quemar el Reformatorio de Madrid donde estaba él de visita, dijo a los frailes:

–Si vienen a quemar esta casa, no huyáis, salís a la calle y mirad cómo arde.

Y una actitud similar adoptó cuando el 20 de julio de 1936 las fuerzas asaltantes de la Escuela de Santa Rita querían obligar inmediatamente a los frailes a abandonar la casa. Tampoco entonces se le "arrugó el ombligo", sino que defendió con valentía sus derechos y se atrevió a decir:

–Déjenme, que estoy en mi casa.

Abierto en canal

Al día siguiente del asalto a Santa Rita, los frailes fueron dejados en libertad, pero Bienvenido fue obligado a permanecer en la casa. No era ya el director, pero tenía aún la

firma de los dineros que estaban en el banco y fue ésta la razón de su retención.

Unos días después, lo condujeron al banco donde le obligaron a sacar el dinero que allí había depositado a su nombre. Y después que se apoderaron del botín, lo condujeron al Puente de Toledo, donde se hicieron cargo de él los del Comité de aquella zona, quienes lo llevaron ya a la Pradera de San Isidro y le dieron muerte. Era el 1 de agosto de aquel mismo año 1936. Uno de los testigos presenciales del hecho, lo contó así más tarde:

–A Bienvenido lo mataron poco a poco para hacerle sufrir más, y un señor de Carabanchel, viendo esto, le descargó un tiro en el corazón para que no sufriera tanto. Después le abrieron en canal y así lo expusieron algún tiempo.

Sin medallas

Junto a la fortaleza de su carácter, sobresalió Bienvenido por su talante servicial.

Servicialidad. Palabra difícil de entender cuando se analizan las cosas con criterios humanos. En un mundo donde generalmente las personas buscan dominar, aprovecharse o explotar a sus hermanos, resulta chocante que se pretenda hablar de servicialidad como un *valor* que puede ayudar a la construcción de un mundo mejor.

EL QUE QUIERA SER EL MAYOR, SEA EL SERVIDOR (MT. 20, 27)

Y, sin embargo, el espíritu de servicio es uno de los valores irrenunciables del mensaje cristiano. También hoy tienen sentido las palabras de Jesús que dice: *Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve* y *el que quiera ser el mayor sea el servidor de sus hermanos*. También hoy continúa siendo testimonial la actitud de Cristo que, siendo el Maestro, se arrodilló a los pies de sus discípulos para lavarles los pies.

Nuestra civilización está necesitada de líderes que, en vez de endiosarse con sus dotes o inflarse con sus propias palabras, se conviertan con su ejemplo en testigos de una nueva civilización, fundada en el amor, en la que cada hombre sea capaz de poner como centro, no su propio *yo*, sino *la persona de los otros*.

YO ESTOY EN MEDIO COMO EL QUE SIRVE

(LC. 22, 27)

El P. Bienvenido puede ser muy bien uno de estos líderes testimoniales. A pesar de los altos cargos que ocupó, vivió siempre dispuesto "a lavar los pies a sus hermanos", a aliviarles en los más nimios detalles, a prestarles los menores servicios.

En las casas donde él estaba de superior, era habitual encontrarlo realizando, durante su tiempo libre, diversos trabajos manuales con cuyo producto cooperaba eficazmente en la economía fraterna. Y, siendo incluso superior general, le gustaba realizar, como uno más, los humildes servicios de limpieza que se requieren en la vida comunitaria.

No fue ciertamente un hombre al que le gustara adornarse el pecho con medallas, sino una persona que siguiendo el espíritu cristiano, aprendido en la escuela franciscana, supo hacer vida en sí mismo el deseo que el padre Luis Amigó expresó con estas palabras:

–*Los superiores, teniendo presente que son ministros y siervos de sus hermanos, los procuraran atraer por amor, tratándoles con afabilidad y agrado, para que, ganado su corazón, tengan más ascendiente sobre ellos... Se harán, pues, por su paternal caridad todo para todos, a fin de ganarlos a todos* (OC. 2366 y 2397).

Dibujo de José Luis Macías

"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero, si muere, da mucho fruto"

(Jn. 12, 24)

Domingo de Alboraya

Artista de cuerpo entero

Dibujo de José Luis Macías

Uno de los primeros
Despertar de un gran pedagogo
Empiezan las contrariedades
Fuera del convento
¡Que vuelva y sea lo que Dios quiera!
Otra piedra en el camino
Al final, tirado en la calle
Cuando el grano de trigo muere…

LOADO SEAS MI SENOR, POR LOS QUE PERDONAN POR TU AMOR

(S. FRANCISCO, CANTICO DE LAS CRIATURAS, 10)

Alboraya, pueblo de la costa mediterránea y famoso particularmente por la elaboración de la *horxata de xufa* –el más típico de los refrescos valencianos –fue la cuna de nuestro protagonista, que nació aquí el 28 de agosto de 1872 y fue bautizado, al día siguiente, con el nombre de Agustín.

Hijo del matrimonio formado por don Vicente Hurtado Panach y de doña Antonia Soler Sanmartín, el pequeño Agustín, cuando contaba unos diez años de edad, tuvo oportunidad de conocer al padre Luis Amigó, a quien, por entonces, todos llamaban Luis de Masamagrell. Éste acababa de llegar al vecino convento capuchino de Santa María Magdalena. Venía con la energía propia de los veintisiete años de edad y con el entusiasmo característico de los sacerdotes noveles. Y para animarle aún más, por si no tenía bastante con lo anterior, sus superiores le encomendaron que, desde el convento de Masamagrell donde residía, extendiese a los seglares la espiritualidad franciscana. Lo que de todo ello resultó fue un verdadero *torbellino apostólico*. ¡Cómo se movía aquel capuchino por el entorno! Con paso ligero recorría a pie, sin aparente cansancio y en tiempos de récord, los kilómetros que hiciese falta. Con su nervio y agilidad sabía hacerse presente en todas partes. Las gentes se maravillaban de su intensa actividad y algunos frailes –pertenecientes a ese grupo de los que nunca se equivocan, porque nada emprenden– le tildaban de trotacaminos y de poco amante de la quietud conventual.

Como era de esperar, Alboraya no se "libró" del apostolado de aquel fraile inquieto y emprendedor. También aquí organizó la Tercera Orden para los laicos franciscanos, y muchas personas del pueblo, entre los que se encontraban los padres de Agustín, se adhirieron a ella.

Todo ello propició que el pequeño presenciara un hecho, protagonizado por el padre Amigó que hizo recordar aquel bello relato que nos narra cómo San Francisco, ya en el lecho de muerte, logró reconciliar al obispo y al podestá de Asís. Cuentan que, para conseguir su propósito, el santo compuso una nueva estrofa para su *Cántico del hermano Sol*, en la que decía:

–Loado seas mi Señor, por los que perdonan por tu amor.

Añaden, además, que mandó a unos hermanos que la proclamaran y cantaran ante el obispo y el podestá, reunidos, y dicen, finalmente, que éstos, al escucharla, no pudieron resistir un impulso espontáneo e irrefrenable a la reconciliación.

Y algo de lo sucedido en Asís, sucedió también en Alboraya. El cura y el alcalde se llevaban a matar y las gentes, en consecuencia, estaban divididas en dos bandos irreconciliables. La verdad es que se trataba de dos personalidades fuertes, que tenían sus "mases" y sus "menos". La situación había llegado a ser límite. Y, en medio de aquel clima tenso, llegó el buen fraile capuchino a predicar al pueblo. Valiéndose de distintas artimañas, consiguió que tanto la autoridad civil como la eclesiástica acudiesen a escuchar su sermón y, aunque sus palabras no alcanzaron el tono poético del santo de Asís, estuvieron tan cargadas de sentimiento, que lograron, no sólo la reconciliación entre las partes, sino también que todos los asistentes acabaran llorando de emoción.

Este hecho, acaecido en su pueblo, despertó, no cabe duda, en Agustín una profunda admiración por el simpático fraile de Masamagrell y se grabó con tal viveza en su mente infantil, que, cuando años después, siendo ya un hombre "hecho y derecho", le pidieron desde Roma informes para el nombramiento de obispo de aquel fraile, Luis de Masamagrell, aún recordaba en todos sus pormenores el suceso y lo relató en su escrito.

EL MISMO SENOR QUE LO HABIA LLAMADO AL SEMINARIO DIOCESANO, LO INVITO DESPUES A SEGUIR LA VOCACION AMIGONIANA

Pero, volviendo a aquellos años, hay que anotar que, al poco tiempo de suceder la famosa reconciliación, Agustín, junto con sus padres se trasladó a Valencia donde cursó, de momento, estudios de primera enseñanza.

Uno de los primeros

Sintiéndose llamado por Dios, Agustín marchó al Seminario de Valencia para estudiar en él, primero, latines y, a continuación, filosofías. Y allí estaba, cuando, en 1889, le sorprendió la noticia de que el padre Luis –el admirado fraile de su niñez– acababa de fundar una congregación que se dedicaría a la atención de los presos y de los jóvenes extraviados. La noticia le hizo cam-

biar de planes. De inmediato descubrió que el Señor, que un día le había llamado a ir al Seminario, le invitaba ahora a seguir la vocación amigoniana. Empaquetó con prontitud sus ropas y enseres y, sin volver la vista atrás, marchó gozoso y decidido a la Cartuja de El Puig para ponerse a las órdenes de aquel fundador que tanto apreciaba.

La vida en la vieja y destartalada Cartuja no era fácil. El mismo Agustín nos contará, años más tarde, cómo muchos de aquellos primeros amigonianos, amedrentados por las tifoideas y otras enfermedades, o, simplemente, desesperanzados ante el futuro, "arrojaron la toalla". Agustín –o mejor dicho, *Domingo de Alboraya* como lo habían llamado los frailes desde que tomó el hábito el 21 de junio del mismo año 1889– fue de los que aguantaron el tirón, sin derrumbarse, al pie del cañón. No le importó tener que dormir sobre camas improvisadas con mazorcas de maíz, ni tener que depender de la caridad ajena para subsistir, ni tener que salir a suplicar "una limosnita por el amor de Dios". Él, que había nacido en cuna bastante acomodada, aguantó las privaciones, como si hubiese estado, desde siempre, habituado a ellas. ¡Lo que puede aguantar la persona, cuando le anima la ilusión!

El 24 de junio de 1890, el día de San Juan Bautista –y en el Convento de Monte Sión de Torrent, donde residía desde el 31 de octubre del año anterior–, Domingo de Alboraya formó parte del primer grupo de frailes amigonianos que hacían sus votos de pobreza, castidad y obediencia. Entre más de cincuenta jóvenes que habían vestido el hábito en la Cartuja, sólo quedaban ya diecinueve. Y de estos diecinueve, dos –nuestro Domingo de Alboraya y Gabriel de Benifayó– formarían con el tiempo parte, también, del grupo de los mártires amigonianos.

TRATADO EL ALUMNO CON CARINO, ABRIRA SU CORAZON A LAS ENSENANZAS

(DOMINGO DE ALBORAYA)

Despertar de un gran pedagogo

Alto, rubio y bien parecido, de carácter risueño, jovial y juvenil, y hombre de grandes cualidades personales, Domingo de Alboraya fue en verdad un *artista de cuerpo entero*, que destacó como músico, como escritor y, sobre todo, como pedagogo.

ESTABLECEMOS CON LOS ALUMNOS UNA RELACION DE ESTIMA Y AFECTO

(DOMINGO DE ALBORAYA)

Encariñado con la educación de la juventud con problemas –apostolado específico de la congregación amigoniana–, se convirtió en uno de los grandes pioneros de la pedagogía reeducativa en España. Desde su cargo de director de la Escuela de Santa Rita, en Madrid, puso las bases de lo que se convertiría posteriormente en un verdadero método educativo. Para él lo más importante era llegar a conquistar el corazón del educando, haciendo que se sintiera querido y apreciado en su individualidad. Su pedagogía, sin renunciar nunca a ser científica, estaba entretejida sobre todo de sentimiento:

> –*Tratado el alumno con el verdadero cariño que requiere la misión de los educadores* –escribía él mismo–, *se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen. Comemos, pues, con nuestros alumnos, con ellos trabajamos, nos solazamos y jugamos; les respondemos cariñosamente y sin reservas y establecemos con ellos una mutua relación de estima y afecto.*

También como educador, tras dirigir con general reconocimiento y aplauso la mencionada Escuela de Santa Rita, puso en funcionamiento y fue el primer director del Colegio Fundación Caldeiro; participó en viajes de estudios psicopedagógicos por Europa y América; intervino oficialmente en distintos congresos especializados en el tratamiento de las marginaciones; publicó varias obras relacionadas con la pedagogía terapéutica, y fue uno de los principales impulsores y redactores de la primera ley española de los Tribunales Tutelares de Menores.

Fue asimismo importante su producción literaria y musical, elogiada por la crítica cualificada de su época, mereciendo destacarse con relación al tema literario su obra *Historia del Monasterio de Yuste*, y, con relación al musical, su preciosa composición de una *Salve*.

No cabe duda que fue un gran hombre. Tan grande, que el propio presidente del gobierno español de entonces y el nuncio –que lo conocían bien y de cerca– quisieron hacerle obispo. Pero lo de la mitra, no iba demasiado con su carácter y prefirió orientar a sus amigos, el presidente y el nuncio, para que elevasen al episcopado al fundador de la

congregación, a aquel fraile capuchino que él había conocido y querido desde pequeño. Y consiguió lo que se propuso, y el padre Luis Amigó lo sabe mejor que nadie.

Empiezan las contrariedades

Pero no todo fueron alegrías, parabienes y éxitos en su vida. Su recia y rica personalidad entró en conflicto con algunas personas y, particularmente, con algunos de sus hermanos de hábito. Eran distintos caracteres, mentalidades y aun modos de concebir y expresar la vida religiosa.

Persona con espíritu libre –como libre es siempre el espíritu de los artistas–, su forma de actuar y de relacionarse chocaba a veces con el cliché típico del fraile tradicional. Las cosas del padre Domingo, que pudieron alarmar a quienes convivían con él, hubiesen hecho, sin duda, sonreír benignamente a la iglesia postconciliar. Eran, sin embargo, otros tiempos, y el hecho de que alternase con toda normalidad con lo más granado de la Villa y Corte o que compusiese *zarzuelas* o, incluso, que, elegantemente vestido de frac, dirigiese la orquesta en el estreno de alguna de ellas, no podía, por menos, que levantar ampollas en los más "observantes" y "timoratos", o en aquellos otros que se creían con la sagrada obligación de defender lo establecido.

Fuera del convento

Las tensiones llegaron a ser tan fuertes, que el padre Domingo –urgido además por circunstancias familiares– decidió separarse por un tiempo de su entrañable congregación. Pero lo que él había pensado que sería un breve intervalo que le permitiese atender a su anciana y enferma madre, se prolongó, en contra de su voluntad, por más de seis años. Seis años que le dieron tiempo para todo. Tiempo, incluso, para vivir unos meses arrimado en Valencia a los capuchinos a quienes ayudaba en la capellanía de aquellas pobres clarisas que –un día en el que el chocolate les salió más aguado de lo normal– se encontraron, para su asombro y regocijo, con estos improvisados versos que les había escrito en un pequeño papel:

POR MAS DE SEIS ANOS PERMANECIO, CONTRA SU VOLUNTAD, FUERA DEL CONVENTO

Madres Claras,
claro está.
Pero vaya disparate,
dar agua por chocolate,
sin decirnos:
¡Agua va!

Fueron aquéllos, años que le dieron también tiempo para abrir en Madrid una pequeña Academia –significativamente llamada *Renacimiento*– que le permitió ganarse el sustento, y para emprender –subvencionado por el gobierno español– un viaje por América del Sur, que aprovechó para dar a conocer la congregación amigoniana y su buen hacer pedagógico, llegando a recibir a cambio ofertas para dirigir allí centros para menores con problemas que "sus" frailes no quisieron aceptar, por el mero hecho de ser él el intermediario.

¡Que vuelva y sea lo que Dios quiera!

Por fin, aquella situación injusta, y dolorosa para él, se pudo solucionar y, a la enésima petición de poder reintegrarse a la vida conventual, los superiores, obligados por Roma, lo recibieron a regañadientes, mientras decían:

–Si no hay más remedio, que vuelva y que sea lo que Dios quiera.

Volvió y –aunque no sabremos nunca si lo que sucedió después era lo que Dios quería– lo que sí sabemos es lo que en realidad quisieron los superiores, quienes lo confinaron en Dos Hermanas (Sevilla) sin permitirle, en lo más mínimo, aquella expansión que, por su natural, pedía la rica y comunicativa personalidad que poseía. Fueron para él años de un sufrimiento muy intenso que sólo a los amigos muy íntimos llegó a manifestar:

SU ACTITUD PACIFICA, SERENA Y ALEGRE FUE UN GRAN EJEMPLO PARA LOS MAS JOVENES

–Aquí sigo –escribía a uno de ellos– *con mi vida de cartujo, en este feliz desierto, entre naranjos, oyendo cantar los pájaros, ladrar los perros –día y noche–, mugir las vacas, rebuznar los burros, etc. etc. Esto parece un Arca de Noé al aire libre.*

El sufría, pues, pero en silencio. Y su actitud pacífica, serena y alegre, a pesar del tormento inte-

ERA UNA PERSONA PROFUNDAMENTE BUENA, QUE NADA TENIA QUE VER CON EL SAMBENITO DE "HOMBRE MALO" QUE LE COLGARON

rior que estaba viviendo, fue un gran ejemplo de vida para los frailes jóvenes que estaban entonces en la casa. Ellos se convencieron, poco a poco, que Domingo era una persona profundamente buena y cariñosa, que nada tenía que ver con aquel sambenito de "hombre malo" que algunos habían querido colgarle. Su nombre volvió a sonar fuerte en las listas para las elecciones conventuales y, en 1932, fue elegido –rompiendo con ello bastantes pronósticos– delegado de su comunidad para asistir a la máxima asamblea legislativa de la congregación que iba a celebrarse aquel mismo año y que sería ya la última que presidiese el padre Luis Amigó.

Otra piedra en el camino

Feliz con su rehabilitación, Domingo viajó a Godella para participar en la mencionada asamblea. No podía sospechar que allí le aguardaban nuevos sufrimientos. Al comenzar la reunión, algunos impugnaron su elección. Si él hubiese querido, se hubiese armado allí "la de San Quintín" y los ánimos de todos se hubiesen exacerbado con idas y venidas de papeles y más papeles a Roma. Pero él, no quiso discutir ni complicar la vida a nadie. Sin perder la serenidad ni la sonrisa, se trasladó a Torrent. Al finalizar la asamblea, el nuevo superior general no sólo le libró del destierro sevillano, dejándole de familia en el mismo Torrent, sino que se encargó además, personalmente, de hacer las pertinentes gestiones para que el nombre del padre Domingo quedase oficialmente limpio y todos se enterasen, de una vez por todas, que él nunca había incurrido en ninguna pena ni entredicho canónico.

Al final, tirado en la calle

Superado definitivamente el largo calvario, Domingo de Alboraya recibió en 1935 una de las mayores alegrías que podía soñar ya en su vida:

–*Padre,* –le dijo un día su nuevo general y amigo–, *prepare las maletas, he decidido mandarlo de nuevo a Madrid y va usted a Santa Rita.*

¡Con qué ilusión se despidió de los torrentinos! Parecía "un niño con zapatos nuevos". Volver a Santa Rita significaba para él "volver al primer amor", y, aunque conocía también el refrán de que "nunca segundas partes fueron buenas", la emoción era tan intensa, que no permitía el despuntar del más mínimo temor.

PARECIA UN NINO CON ZAPATOS NUEVOS. VOLVER A SANTA RITA ERA PARA EL "VOLVER AL PRIMER AMOR"

La nueva estancia en la Villa y Corte –convertida ya entonces en capital de la República– no fue, sin embargo, larga. Entre, deshacer equipajes y la movida de las elecciones generales, se le pasó el tiempo en un "abrir y cerrar de ojos" y, antes de cumplirse el primer aniversario de su regreso a Madrid, se armó la grande. El 18 de julio de 1936 los ejércitos de África se sublevaban contra el gobierno y se iniciaba lo que nadie pensaba entonces que llegaría a ser una verdadera y sangrienta guerra civil. Casi inmediatamente los frailes de Santa Rita se vieron obligados a abandonar la institución. Domingo fue el primero que lo hizo. Marchó a casa de un viejo amigo, un abogado paisano suyo al que él había traído a principios de siglo desde el pueblo a Madrid para que pudiese estudiar. Este abogado acogió también en su casa a una prima monja. Y cuentan las crónicas que un día, intempestivamente, se presentaron en aquella casa los milicianos preguntando por la monjita, y que aquel abogado –en su afán por salvar a quien era de su propia sangre–, les entregó al fraile. Y de esta manera fue capturado nuestro Domingo de Alboraya. Era el 15 de agosto de 1936.

Lo que sucedió después, fue ya todo muy precipitado. Conducido, al parecer, a la checa Fomento –una checa especial y tristemente famosa para los amigonianos que estaban en Madrid– fue sacado inmediatamente de allí, con la excusa de hacerle unos exámenes médicos en un hospital y a las pocas horas apareció acribillado a balazos en las inmediaciones del Retiro, *tirado en la calle* ¡No merecía, ciertamente, acabar así!

Cuando el grano de trigo muere...

No obstante, en el contexto de su vida, la muerte de nuestro protagonista –acribillado por las balas en medio

QUIEN QUIERA SALVAR SU VIDA, LA PERDERA, PERO QUIEN LA PIERDA, LA SALVARA

(LC. 9, 24)

del silencio y obscuridad de una noche madrileña– cobra un sentido luminoso desde aquellas palabras de Cristo: *si el grano de trigo, no muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto*.

Es necesaria la muerte para alcanzar el misterio pascual, para experimentar la resurrección. Todos necesitamos vivir, muriendo poco a poco a nosotros mismos, a nuestros caprichos e intereses, para ir resucitando cada día a la vida de los otros, a la gozosa experiencia de encontrarnos con los hermanos.

Esta muerte al propio yo, este enterramiento de la propia semilla, del propio ser, es siempre dolorosa. Cuando más fuerte es la personalidad del hombre, tanto más punzante le resulta el diario martirio. A Domingo, hombre de acusada personalidad, dotado por la naturaleza y el espíritu de extraordinarios valores, se le hizo en algún momento difícil la renuncia a su *yo*. Con el tiempo, y sobre todo con la ayuda del Señor, fue descubriendo que la verdadera sabiduría no se encuentra en las letras ni en los pentagramas ni en los saberes, sino en la cruz de la propia entrega aceptada con alegría y cargada con humildad y sencillez.

¿DE QUE LE SIRVE AL HOMBRE GANAR EL MUNDO ENTERO, SI EL MISMO SE ARRUINA?

(LC. 9, 25)

Su último acto de entrega le purificó totalmente, *como oro en el crisol*. Y desde él su misma vida –testimonio de una persona profundamente humana, cargada de valores y no exenta de limitaciones– está llamada a dar mucho fruto y a servir de ejemplo y modelo espiritual a las nuevas generaciones amigonianas.

Dibujo de Luis Gans

ESCENA PEDAGOGICA AMIGONIANA.

Para adelantar en la educación de los alumnos es de gran utilidad la alegría de carácter en el educador, excelente medio de comunicación entre educadores y educandos.

(Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos, nº 11.126)

"Conoceis bien la generosidad de Cristo, el cual siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de enriquecernos con su pobreza"

(2Co. 8, 9)

Leon de Alacuas

Un pequeño gran fraile

Dibujo de José Luis Macías

La bicicleta del convento
Una epoca dificil
Todo un leon
Traicionado por un panuelo
Se empobrecio, enriqueciendo

El 23 de abril de 1875 nació en Alacuás, Valencia el pequeño *Manue*l, pues tal fue el nombre que escogieron para él sus padres –don Manuel Legua Serrano y doña María Martí Ros– cuando lo llevaron a bautizar el mismo día de su nacimiento.

La bicicleta del convento

Tenía catorce años bien cumplidos, cuando, el 31 de octubre de 1889, los amigonianos se trasladaron desde la Cartuja de El Puig al vecino convento de Monte Sión. El traslado fue vivido con júbilo especial no sólo por las gentes de Torrent, donde estaba ubicado dicho convento, sino también por los habitantes de los pueblos limítrofes. Desde entonces, muchas de estas personas se sintieron solidarias con la suerte de aquellos frailes y contribuyeron, en la medida de sus posibilidades, a su manutención. Don Manuel, el padre de nuestro biografiado, fue uno de los más comprometidos.

Con cierta frecuencia y periodicidad, el buen hombre aviaba su caballería, alistaba a ella su pobre carro de agricultor y se encaminaba a visitar a los frailes y llevarles, al mismo tiempo, algún detalle. Él –que no era rico, pero que poseía la generosidad propia de las personas sencillas– sabía muy bien que para hacer el bien no hace falta regalar grandes cosas, sino que es suficiente compartir desinteresadamente lo que se tiene y, sobre todo, lo que se es. Cargaba, pues, en su carro algunos de los productos de su propia huerta, los llevaba al convento, y se sentía feliz de poder contribuir así al sustento de sus moradores.

PARA HACER EL BIEN ES SUFICIENTE COMPARTIR LO QUE SE TIENE Y, SOBRE TODO, LO QUE "SE ES"

Manuel solía acompañar a su padre en estos quehaceres. Para él era una distracción salir un poco de la tediosa monotonía del pueblo. Además allí en el convento se encontraba muy a gusto, conversando con alguno de aquellos acogedores frailes que le caían muy bien. Poco a poco aquella excursión se había convertido para él en un rito obligado. Si alguna vez la ida al convento se retrasaba más de lo habitual, Manuel se encargaba de recordárselo a su padre:

–Papá, ¿cuándo vamos a Torrent?

Bien pronto su confianza con los frailes fue tan grande, que ya no necesitaba de la compañía de su padre, para acercarse al convento. Para él llegó a convertirse entonces en un rito el rondar asiduamente en torno a aquellos claustros, dispuesto siempre a realizar los favores o servicios que le solicitasen. Y era tal la rapidez y presteza con que atendía las demandas de los religiosos, que ellos mismos le bautizaron con el sobrenombre de la *bicicleta del convento*.

UNA EPOCA DIFICIL

UNA SERIA ENFERMEDAD LE OBLIGO A DEJAR EL HABITO

Tantas visitas al convento, tanto rondar por sus alrededores, acabaron despertando en Manuel una cierta atracción por la vida que llevaban sus amigos los frailes.

En casa le notaron algo, pues se volvió un tanto taciturno:

– *Manolo, ¿qué te pasa?* –le preguntaban, preocupados, sus padres.

– *No, no me pasa nada* –respondía él un poco por compromiso.

Y así continuaron las cosas, hasta que un día, sentado a la mesa familiar, no pudo seguir guardando por más tiempo su "secreto" y comentó a sus padres:

–*Me gustaría irme con los frailes de Torrent. Lo he estado pensando y creo que es mi camino. ¿Qué les parece?*

Pasados algunos días, Manuel, con todas las bendiciones, volvió a abordar, más contento que nunca, al carro de su padre que le conducía de nuevo a Torrent. Esta vez no iba a dar un paseo para estar de regreso en casa a la hora de cenar. Iba a quedarse definitivamente en el nuevo hogar que había elegido.

El 21 de junio de 1890 vistió el hábito amigoniano y pasó a llamarse ya *León*. Dos años más tarde hizo sus primeros votos y comenzó, contento y feliz, los estudios de la carrera sacerdotal.

Pero, como *en la casa del pobre nunca es larga la alegría*, pronto las dificultades empezaron a aparecer en su vida y el dolor, en forma de enfermedad, se hizo presente.

La cosa era grave, y a todos pareció lo más prudente que "colgara los hábitos". Al concluir sus votos trienales marchó de nuevo a su casa. Los suyos le recibieron, como es natural, con los brazos abiertos y los excelentes cuidados de su madre consiguieron en poco tiempo el milagro en el que no acababa de confiar la ciencia médica.

Completamente repuesto, empezó a hacer de nuevo vida normal. Conectó otra vez con los amigos del pueblo y frecuentó los lugares y ambientes de hacía algunos años. Pero ya nada le parecía igual. Sus padres y familia procuraban distraerle y animarle, sin acabar de conseguirlo. Poco a poco volvió a ver con claridad otra vez que su vida era el convento, y allí que marchó de nuevo. En esta ocasión no tuvo que hacer los dos años de noviciado, bastó un breve tiempo de reflexión y le concedieron emitir de nuevo sus votos y proseguir sus estudios.

TODO UN LEON

No sabemos –comenta uno de sus hermanos de hábito– a quién se le ocurriría ponerle a aquella persona de tan exígua figura física el nombre de León, pero lo cierto es que acertó de lleno, pues llegó a convertirse en un verdadero león amigoniano por su porte, por su dignidad y elegancia, por su fuerza interior, por su misión, apostolado y pedagogía.

Ordenado sacerdote en 1906, su vida –excepto un breve paréntesis en Yuste y en Caldeiro– transcurrió toda ella dedicada a la educación de los niños y jóvenes con problemas. Era lo suyo. Sabía hacerse querer de aquellos muchachos y los quería de corazón. Y fruto de este amor fue su pedagogía, que, nacida de sus propios sentimientos, se convierte en un verdadero canto a la vida y particularmente a la vida adolescente y joven:

FUE UN VERDADERO LEON AMIGONIANO, POR SU PORTE, POR SU FUERZA INTERIOR... POR SU PEDAGOGIA.

(FIDENCIANO GONZALEZ, TEXTOS PEDAGOGICOS)

– *La educación del joven extraviado* –decía expresando lo que sentía– *no es labor de violencia, ni de asperezas, ni de aceleramientos, sino de observación, de disciplina y persuasión, de amor y de sacrificio... El educador amigoniano,*

con el verdadero y prudente cariño que requiere su misión, con la dulcedumbre de la caridad cristiana y con las suavidades de la entereza regulada por la prudencia, irá afirmando en el joven la necesaria fuerza de voluntad.

–*¡Qué bella y encantadora es la primavera!* –exclamaba iniciando un canto a la juventud–. *¡Pero, para mí, la verdadera belleza, más preciada que todas las cosas preciosas, sois vosotros los jóvenes, alegría del mundo, encanto de la familia, esperanza del porvenir. Sois el verdadero tesoro de la humanidad y las delicias del mismo Dios, que es la juventud eterna.*

La adolescencia –añadía– *es la edad de las amistades, pues el adolescente, en su natural inclinación a las simpatías, traba relaciones íntimas y verdaderas. Y no hay tesoro que pueda compararse con el hallazgo de un amigo.*

El sentido pedagógico de León de Alacuás se hizo presente de modo especial en su buen hacer a la hora de poner en marcha –en calidad de primer director– algunos de los más importantes y castizos centros españoles especializados en el tratamiento del menor desadaptado. Dichos centros, dependientes de los Tribunales de Menores, surgieron a raíz de la *Ley de Montero Ríos*, publicada en 1917 y considerada la primera ley española que afronta el problema de los niños y jóvenes en situación de conflicto.

VOSOTROS, LOS JOVENES, SOIS EL ENCANTO DE LA FAMILIA, LA ESPERANZA DEL PORVENIR, EL TESORO DE LA HUMANIDAD Y LAS DELICIAS DE DIOS, JUVENTUD ETERNA (LEON DE ALACUAS)

En 1920, puso en marcha la *Casa del Salvador*, en Amurrio, Álava, el primer centro español dependiente de dichos Tribunales Tutelares de Menores. En 1924 se encargó de hacer lo propio con el *Reformatorio Príncipe de Asturias*, el gran centro de menores dependiente del Tribunal de Madrid. Y, finalmente, en 1930, fue enviado a Alcalá de Guadaira, Sevilla, para poner en funcionamiento la *Casa Tutelar San Francisco de Paula*.

No cabe duda de que aquel hombre, de estatura más bien pequeña, llegó a ser un *gran fraile amigoniano*. Un gran fraile que supo hacer honor al nombre que le dieron al vestir el hábito, pues a pesar de su estatura de *cachorro* supo convertirse, como ya antes se ha dicho, en un verdadero *león*.

Traicionado por un panuelo

En julio de 1936, León estaba de superior y director en la Escuela Santa Rita. El nombramiento se había hecho en febrero de ese mismo año y ni tan siquiera se había acabado de hacer el traspaso de poderes que estaban aún en manos de Bienvenido de Dos Hermanas. Fue esta la causa de que este último fuese retenido en la institución, mientras que a León se le permitió marchar de allí, con el resto de los frailes, el día 21 de dicho mes de julio, tras haber sido retenidos durante veinticuatro horas por los asaltantes de la casa.

SU PRIMERA PREOCUPACION FUE LA DE PONER A BUEN RECAUDO A LOS MAS JOVENES

La primera preocupación de León fue la de poner a buen recaudo a los jóvenes. Cuando ya todos estaban ubicados, él mismo se acogió a la bondad de una familia que vivía en la calle de Alcalá, 66. Sin embargo, unos días más tarde –exactamente el 29–, considerando que su refugio era más seguro que el de otros frailes jóvenes, les propuso a éstos el cambio y quedó él instalado en casa de un exalumno de Santa Rita, situada en la madrileña calle de Fernández de la Hoz, 5. Desde aquí desplegó una intensa actividad ministerial –clandestina, por supuesto– en distintos puntos de la capital. Acudía ocasionalmente a celebrar la eucaristía, tanto a la casa de la familia que lo había acogido al principio, como a un grupo de hermanas terciarias capuchinas que habían permanecido en Madrid; atendía diariamente, en calidad de capellán "ordinario", a una comunidad de Siervas de María instalada en la misma finca de Fernández de la Hoz donde él se encontraba, y administraba el sacramento de la penitencia en su mismo refugio a cuantos allí acudían.

Su intensa labor ministerial se vio truncada, sin embargo, bruscamente a finales de septiembre de ese mismo año 1936, cuando el edificio donde estaba fue registrado y él –junto con don Edelmiro Feliu, el padre de la familia que le había dado cobijo– fue apresado.

En realidad, los que acudieron a registrar la finca no iban buscando a León de Alacuás, sino a otro sacerdote que no lograron localizar.

El error de nuestro protagonista fue el de intentar huir, saliendo por la puerta de servicio. Este hecho levantó sospechas entre los asaltantes quienes, una vez apresado, le sometieron a un duro interrogatorio en la casa misma de sus protectores.

Ya en el mismo interrogatorio se vio con claridad las intenciones de quienes le habían detenido, pues, ante el gesto de una de las hijas del dueño que le ofreció otro pañuelo para que se limpiase la sangre de una pequeña herida, uno de ellos intervino:

–No te preocupes. ¡Ni aún ese que tiene va a necesitar!

Pero la cosa se complicó aún más, cuando encontraron en el cesto de la ropa limpia y planchada un pañuelo que tenía bordada una *P*, precediendo al nombre *León*. De nada sirvieron las explicaciones que intentó dar el dueño de la casa, diciendo que aquella letra era la abreviatura de *Pedro*, su primer nombre. Para aquellos avezados "buscadores de curas y frailes" aquel detalle constituía un clarísimo indicio de que se trataba de un *Padre*, es decir de un sacerdote. Su pañuelo lo había traicionado.

EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA CONSIGUIO EL SUPREMO DOCTORADO DE SU VIDA AL SELLAR CON LA SANGRE SU TESTIMONIO

(FIDENCIANO GONZALEZ. TEXTOS PEDAGOGICOS)

Tras la detención lo llevaron a una checa situada casi enfrente del edificio donde se había refugiado, pero su estancia aquí fue más bien breve. Conducido a la Ciudad Universitaria de Madrid, su cuerpo apareció *tirado en medio del campus*. Era el 26 de septiembre de aquel mismo año 1936. Viéndolo allí tirado, más de uno pudo pensar que León acababa de conseguir el supremo doctorado de su vida al sellar con la sangre su testimonio de dedicación constante en favor de la juventud más necesitada.

Se empobrecio, enriqueciendo

El principal distintivo de la vida de León fue la *generosidad* con que vivió su dedicación a los niños y jóvenes encomendados a su cuidado. Esta generosidad, que desde niño había aprendido de sus propios padres –bienhechores "impenitentes" del convento de Monte Sión y sensibles a

cualquier otra necesidad del entorno–, la acrecentó con el tiempo guiado por el ejemplo maternal de la Virgen de los Dolores, de la que fue un gran devoto.

OS DEVOLVERAN UNA MEDIDA BUENA, APRETADA Y REMECIDA

(LC, 6, 38)

Contemplando a María al pie de la cruz, se percató de que la vida del amigoniano debe ser una oblación constante de la propia persona en favor de los jóvenes marginados; debe ser, un himno permanente a la generosidad.

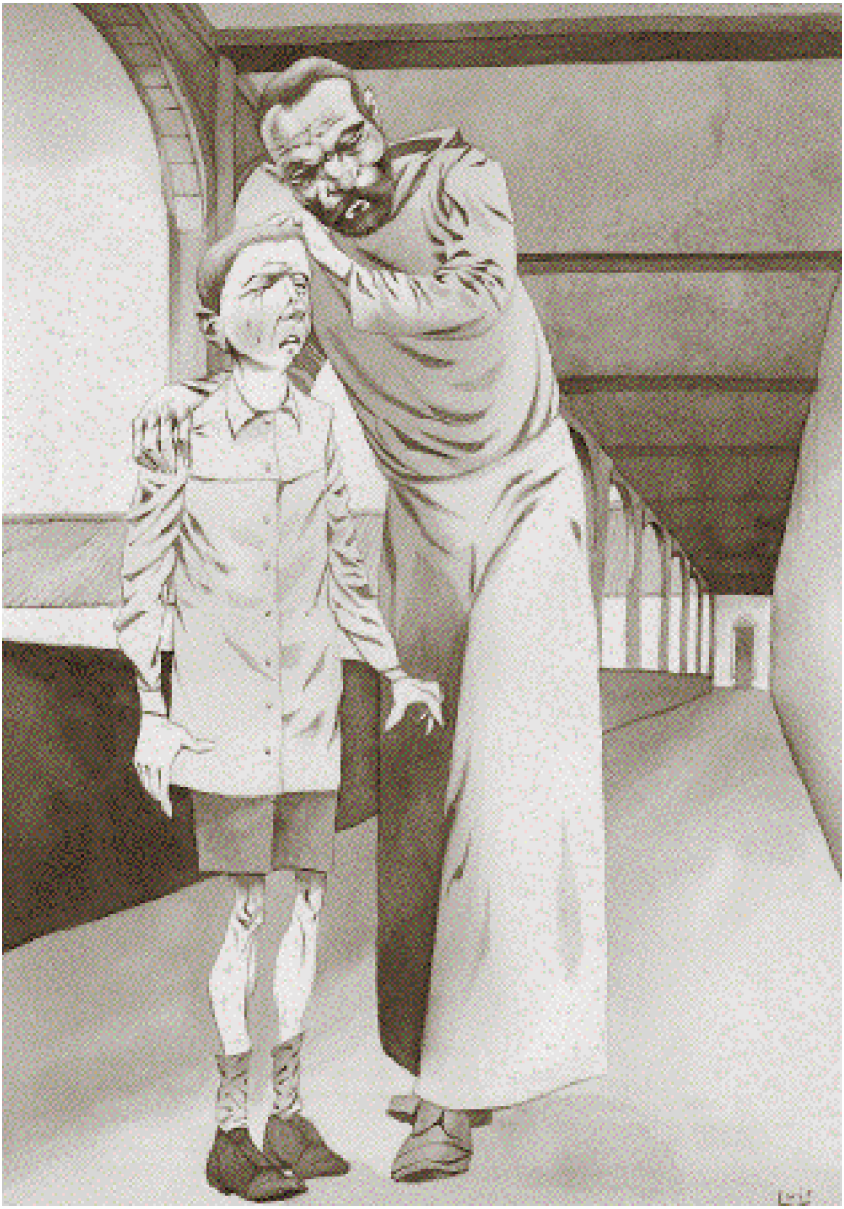
Generosidad es un término sinónimo de desprendimiento. Generosa es la persona capaz de desprenderse de sus haberes para suavizar la escasez ajena y construir una sociedad más justa. Generosa es la persona que participa sus saberes para mitigar la ignorancia del prójimo. Y generosa es sobre todo la persona que se entrega totalmente ella misma para contribuir al bienestar de los demás.

El premio que el evangelio promete a los generosos es el de encontrar, a través de la ofrenda y oblación del propio ser, un sentido más pleno y dichoso a su existencia. Con lo del grano de trigo que *cuando muere da fruto* y con aquello otro de que *quien pierde su vida, la encuentra*, se quiere expresar de alguna forma el verdadero secreto de una generosidad que no sólo enriquece a los otros, sino que constituye, desde el propio empobrecimiento, la fuente de la verdadera riqueza y felicidad para uno mismo. La vida que se da, no se pierde, se recupera siempre renovada, remecida y rebosante. Las palabras de Cristo: *doy la vida para recuperarla de nuevo* (Jn. 10, 17) encuentran en la generosidad su más lograda expresión.

DAD GRATIS, LO QUE GRATIS RECIBISTEIS

(MT. 10, 8)

Por otra parte, la experiencia enseña que el que es tacaño para dar es pobre a la hora de recibir gratitudes y satisfacciones. Mientras que quien se entrega a los demás recibe como gratificación la experiencia del amor, que es la única capaz de hacer feliz su corazón.



Dibujo de Luis Gans

ESCENA PEDAGOGICA AMIGONIANA.

Si, a pesar de todo, el alumno se obstinase por ir por el mal camino, su educador buscará otro religioso que, haciéndose el encontradizo, le hable al corazón.

(Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos, nº 0.311)

"Nadie tiene amor mas grande,
que el que da la vida por los amigos"

(Jn. 15, 13)

Francisco Tomas Serer

El benjamín

Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

Entre panos calientes
Otro que se hizo en la practica
Junto a unas tapias
Amigo fiel, hasta el final

En el alicantino pueblo de Alcalalí –ligado a la congregación amigoniana desde los inicios de ésta–, nació el 11 de octubre de 1911 un niño a quien sus padres –don Antonio Tomás Ferrer y doña Dolores Serer Miralles– impusieron por nombre *Francisco* cuando lo presentaron a bautizar al día siguiente.

Influenciado por el ejemplo de muchos de sus paisanos –que en número de dieciséis le habían precedido en vestir el hábito amigoniano–, se despertó bien pronto en él el deseo de seguir más de cerca a Cristo según el espíritu de Luis Amigó.

Entre panos calientes

Niño aún, marchó al Seminario San José, de Godella, donde, entre latines y griegos, se le pasaron volando los cuatro cursos de humanidades. Después, ya se sabe, el noviciado y, tras hacer sus primeros votos el 15 de septiembre de 1928, estudió filosofía y teología.

LAS PREDICCIONES DE MAL AGUERO SON A VECES FRUTO DE INCONTROLADAS E INCONFESABLES ENVIDIEJAS

Era Francisco uno de esos muchachos listos por naturaleza que no necesitan que nadie les eche una mano para triunfar en la vida. Pero además, cayó simpático a sus educadores y todo ello influyó para que estuviese muy bien considerado entre sus profesores y maestros, y muy particularmente por el padre Bienvenido de Dos Hermanas, superior de Godella cuando él llegó allí y superior general de la congregación desde 1927.

Bienvenido, en su afán por promocionar la cultura, mostró siempre una tendencia a favorecer aquellos jóvenes que consideraba más privilegiados para el estudio y veía, además, más identificados con el ideal amigoniano. Francisco fue uno de esos favorecidos y la verdad es que nunca dejó en mal lugar a su protector. Algunos, sintiendo quizá un poco de "pelusilla" por el trato que se le dispensaba –que, por lo demás, nunca le eximió de las obligaciones y responsabilidades comunes–, llegaron a decir que había sido excesivamente educado "entre paños calientes" y que ya se vería en el futuro donde podía conducir una tal

educación. Una vez más, las predicciones de mal agüero –que suelen ser fruto de incontrolados e inconfesables deseos nacidos de envidiejas– demostraron con el tiempo su inconsistencia, pues la entereza y fortaleza que manifestó siempre pero sobre todo, como se verá, al final de sus días, son la mejor prueba de que a pesar de ser un muchacho al que los superiores apoyaron, no fue en ningún momento un consentido o mimado, y, mucho menos, una persona ñoña o endeble.

El 26 de mayo de 1934 fue ordenado sacerdote en Vitoria y, un mes más tarde, cantó en Alcalalí su primera misa. El predicador de tan importante acontecimiento en su vida no podía ser otro que el padre Bienvenido, el hermano y amigo que siempre le había permanecido cercano y dispuesto a ayudarle durante los años de su formación. Bienvenido, como es natural, disfrutó aquel día que venía a recompensar, de alguna manera, los esfuerzos que gustosamente venía haciendo por acompañar en su itinerario vocacional a aquella joven promesa que empezaba a ser ya una gozosa realidad.

Otro que se hizo en la practica

Fiel al pensamiento de Luis Amigó, que quería que sus frailes *aprendiesen por experiencia la ciencia del corazón humano*, Francisco –como otros muchos amigonianos– aprendió en la práctica educativa las más grandes lecciones de pedagogía.

APRENDED POR EXPERIENCIA LA CIENCIA DEL CORAZON HUMANO

(L. AMIGO, OC. 2047)

Es cierto que en su caso concreto ese aprendizaje práctico se vio acompañado por toda otra serie de medios, como pueden ser, además de los estudios cursados dentro de la congregación, el viaje realizado por Francia y Bélgica con vistas a observar otros modelos pedagógicos o la oportunidad de seguir en la facultad de medicina de Madrid algunas materias afines e importantes para un ejercicio más técnico de la labor educativa propia de la congregación. Pero con todo, el medio fundamental de cara a su preparación pedagógica, que, a la luz de lo conseguido, puede calificarse de excelente,

fue, sin duda el propio quehacer cotidiano entre los menores conflictivos, que llevó a cabo principalmente en la Casa del Salvador de Amurrio.

CON ESPIRITU DE COMPLETA DEDICACION A LOS ALUMNOS, NO REPAREIS EN HORAS NI DEMOSTREIS CANSANCIO DE ESTAR CON ELLOS

(ESPIRITUALIDAD AMIGONIANA, 161)

Al contacto con la juventud desadaptada y teniendo presentes –eso sí– las enseñanzas de la tradición amigoniana, fue adquiriendo, junto a la necesaria generosidad para entregarse a los alumnos con una dedicación completa, el suficiente espíritu de fortaleza *para no reparar en horas ni demostrar cansancio de estar con ellos*.

Así, poco a poco, se fue transformando en un educador incansable, entregado en cuerpo y alma a la cristiana educación de los jóvenes con problemas, hasta convertirse en un verdadero testigo del amor de Cristo entre dichos jóvenes.

Junto a unas tapias

Desde febrero de 1936, Francisco pertenecía a la comunidad de Santa Rita, aunque vivía en el cercano chalet de La Patilla, donde estaba instalada la casa de observación dependiente de dicha institución.

Cuando las tropas populares asaltaron la Escuela de Santa Rita, él, con sus veinticuatro años hubiese podido muy bien camuflar su personalidad, hacerse pasar por un simple estudiante y salir sin más problemas. Pero desde el primer momento quiso ser solidario con la suerte de sus hermanos.

Tan pronto como se dio cuenta de que Santa Rita había sido asaltada y de que los religiosos habían sido encerrados en una habitación y eran amenazados de muerte, él, que continuaba en el chalet vecino, marchó a entrevistarse con el alcalde de Carabanchel y, gracias a su gestión, se formó un *comité* que, al día siguiente, tomó la determinación de liberar a todos los frailes, menos al padre Bienvenido.

Ese mismo día 21 de julio, Francisco, junto a otros jóvenes religiosos fue acompañado por el padre León a casa de unos bienhechores de la calle de Alcalá. Allí acudió algún otro religioso y también su hermano, Pedro Tomás Serer,

que estaba de maestro en el Reformatorio de Madrid y que, a pesar de haber recibido un salvoconducto para llegar a su pueblo natal, no quiso marchar sin llevarse consigo a su hermano el fraile. Y allí debía de haber acudido también –tal como habían quedado antes de despedirse en Santa Rita– el padre Bienvenido.

Sin embargo, los días pasaban, Bienvenido no llegaba y nadie sabía dar noticia de él.

Desesperado ya de tanto esperar en su escondite y de no recibir respuesta a las preguntas que hacía por teléfono al alcalde de Carabanchel, decidió acudir personalmente a su oficina.

Pero en el Ayuntamiento no sólo no averiguó nada, sino que, reconocido por un antiguo alumno de Santa Rita, fue denunciado a una patrulla de incontrolados que lo apresaron, al salir, en las mismas puertas de la casa consistorial. Al preguntarle si era sacerdote él respondió abiertamente que sí.

Al día siguiente –2 de agosto de aquel mismo año 1936–, su cuerpo apareció junto a unas tapias. Unos dicen que si eran las tapias mismas del Reformatorio, otros que si eran las del antiguo mercado de Carabanchel. Sea como fuere, el caso es que al ser llevado al cementerio no tenía encima ningún documento con el que poderlo identificar y los encargados de los enterramientos, fijándose en que su camisa era nueva y aún llevaba la etiqueta de la casa vendedora, llamaron al dueño de la misma quien al ver el cadáver aseguró que se trataba sin duda de Francisco Tomás Serer.

NO ME DEIS EL PESAME POR MIS HIJOS, PEDID QUE YO SEA DIGNA MADRE DE ELLOS
(DOLORES SERER MIRALLES)

Como tardaba en regresar a la casa donde estaba refugiado, su hermano Pedro salió a ver si lo localizaba y también él fue detenido y fusilado. Cuando la noticia de la muerte de los dos hermanos llegó a Alcalalí, su madre en medio del gran dolor que sentía, aceptó con tal entereza el hecho que decía a quienes se acercaban para compadecerla:

–No me deis el pésame por la muerte de mis hijos, sino pedid que yo sea digna madre de ellos.

Amigo fiel, hasta el final

El testimonio de amor de Francisco, que fue una de las constantes sobresalientes de su vida, se hizo particularmente patente en sus últimos momentos.

Y a entender el significado de su última y total donación pueden ayudarnos precisamente las palabras con que se ha encabezado este relato de su vida: *Nadie tiene amor más grande, que el que da la vida por los amigos*.

EN ESTO HEMOS CONOCIDO EL AMOR, EN QUE DIO SU VIDA POR NOSOTROS (1JN. 3, 16A)

Todo acto de amor conlleva siempre en su estructura un desvivirse, un desasimiento del propio ser en favor de la persona amada. Cuanto mayor es la ofrenda que se hace de la propia vida, tanto mayor es el gesto de amor. El derramar hasta la última gota de sangre, de vida, por el bien del hermano ha sido, y será siempre, la singular prueba de un amor vivido hasta el extremo.

Francisco, –como se ha visto– pudo escabullirse fácilmente del peligro. Su identidad religiosa era desconocida para quienes se posesionaron de la Escuela de Santa Rita.

No quiso, sin embargo, aprovechar aquella circunstancia que suponía abandonar en la incertidumbre a sus hermanos. Es más, cuando pasados algunos días se vio que el padre Bienvenido –su superior y amigo– no acudía a la cita, fue él quien, con ánimo juvenil y decidido, tomó la iniciativa de la búsqueda.

Intentaron disuadirle de lo que iba a hacer:

–*No tiene sentido. No conseguirás nada. Peligra también tu vida* –le dijeron–.

Pero todo fue inútil. Ni éstas ni otras consideraciones lograron calmar su inquietud. Sabía a lo que se exponía. Se trataba de salvar, de saber algo de un amigo, de un hermano y él estaba dispuesto a todo, incluso a dar su vida, si era necesario. Y, al parecer, en esta ocasión sí que debía serlo, pues –como ya sabemos–, a las pocas horas de tomar la decisión, su cuerpo aparecía sin vida, mientras su persona se convertía para la tradición amigoniana en el testimonio

TAMBIEN NOSOTROS DEBEMOS DAR LA VIDA POR LOS HERMANOS

(1 JN. 3, 16B)

más claro de lo que significa *dar la vida por el amigo*. Con sus veinticuatro años, Francisco se constituía, además, en el *benjamín* de los mártires de la congregación fundada por Luis Amigó.

Pintura de Ramón Vásquez

"Yo llamo a las ovejas una por una, las conozco y ellas me conocen"

(Jn, 10, 3. 14)

Crescencio Garcia Pobo

Maestro en la empatía

Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

UN CLASICO PEON
SU DESGRACIA, SALIR DE LA CARCEL
CON EL LENGUAJE DEL CORAZON

Del matrimonio formado por don Lorenzo García y doña María Pobo, nació en Celadas, Teruel, el 15 de abril de 1903, nuestro Crescencio.

Fallecido su padre e inaugurado ya el Colegio San Nicolás de Bari de Teruel, del que se habían hecho cargo los amigonianos en 1910, el pequeño fue internado en este centro destinado precisamente a acoger huérfanos de la comarca turolense.

Su vocación religiosa –como la de otros muchos amigonianos– surgió y se fortaleció en San Nicolás. Aquí se sintió atraído por el ejemplo de vida de los frailes que dirigían el centro, y también por el ambiente familiar, cristiano y apostólico que en él se respiraba.

Un clasico peon

A principios de 1919, cuando contaba dieciséis años, pidió ser admitido oficialmente al postulantado. Para entonces había frecuentado ya los cursos de humanidades que se impartían en el mismo Colegio San Nicolás para los aspirantes al sacerdocio dentro de la congregación amigoniana.

FUE LA SUYA, UNA VIDA SILENCIOSA Y SIN ALARDES NI AFAN DE "FIGUREO"

El 15 de septiembre de 1919 –festividad de la Virgen de los Dolores– recibió el hábito que tantas veces había admirado en sus educadores. Y concluidos los estudios teológicos, fue ordenado sacerdote por el padre Luis Amigó –obispo entonces de Segorbe–, el 16 de septiembre de 1928. Esta efemérides la compartió, entre otros, con Timoteo Valero, compañero suyo desde los tiempos de San Nicolás y, posteriormente, mártir también como él.

Durante los dieciséis años que vistió el hábito amigoniano, Crescencio –de carácter apacible y risueño, sencillo y humilde, y sin grandes pretensiones– se dedicó particularmente a la educación de los jóvenes desadaptados.

Toda su vida transcurrió silenciosamente y sin alardes espectaculares. Fue en este sentido *un clásico peón*; una de esas personas que sin figurar nunca como "primeros espadas" contribuyen decisivamente a que el engranaje de las

instituciones funcione bien y a que otros, "los notables", puedan lucir las medallas fraguadas principalmente en el silencio de la humildad, de la sencillez y de la constancia en el buen hacer.

Con el espíritu propio de la congregación, se entregó en cuerpo y alma, sin reservarse nada, a la educación de sus alumnos. Y, con su carácter alegre y comunicativo, colaboró de forma eficaz a su reconstrucción personal y a su readaptación social, llegando a ser, entre ellos, –como después veremos– un verdadero *maestro en el difícil arte de la empatía*.

Su desgracia, salir de la carcel

Desde febrero de 1936, Crescencio pertenecía a la comunidad amigoniana que dirigía el Reformatorio de Madrid.

El 20 de julio, tras ser retenido, junto a sus compañeros por las fuerzas populares que invadieron la casa y ser puesto en libertad, gracias a las gestiones de don Luis San Martín, juez de Menores de la capital, se refugió en casa de una bienhechora de la comunidad, que vivía en la Plaza del Ángel, 3. Allí transcurrió los primeros días de la contienda, haciéndose pasar por un estudiante de medicina.

Sin embargo, el 2 de agosto, caminando por la calle Carretas fue detenido, interrogado en una comisaría cercana y trasladado a la *Cárcel de Ventas* ubicada en las dependencias de la antigua Prisión de Mujeres. Dentro de lo trágico, la vida en la cárcel no era de lo más duro. Al menos allí existían unos mínimos de legalidad y los que estaban internados llegaron a ser conscientes que estaban más seguros dentro que fuera. Además, allí mismo se encontró con los amigonianos Joaquín Belda, Bruno de Torrent y Joaquín Bernús, que también habían sido apresados. A Crescencio, sin embargo, no lo dejaron con el común de los presos, sino que lo internaron en un departamento destinado a "peligrosos" *intelectuales*. Y éste fue, precisamente, el principio de su desgracia. Es verdad que tuvo entonces la oportunidad de compartir, entre otros, con el escritor Ramiro de Maeztu y

CONSIDERAD UN GOZO EL ESTAR RODEADOS POR TODA CLASE DE PRUEBAS (ST. 1, 2)

POR LA FE, NO SOMOS COBARDES PARA LA PERDICION, SINO CREYENTES PARA LA SALVACION (HB. 10, 39)

con el periodista Federico Santander, pero dicho compartir se convirtió en la antesala del suplicio. Aquellos intelectuales habían sido condenados previamente a muerte por ser considerados "un peligro" por sus ideas o por su fe, y poco a poco los iban sacando de la cárcel para conducirlos al lugar de su muerte. Por ello, la salida de la cárcel, más que esperada y deseada, era temida. A Crescencio le tocó salir el 3 de octubre de aquel mismo año 1936. Habían ido a por él los de la checa Fomento que aquel día hicieron una saca total de quince personas. Desde la cárcel, el coche que lo transportaba, junto a sus compañeros de fatigas, se dirigió inmediatamente a las proximidades del cementerio del Este, donde fue fusilado nada más llegar. Daba así testimonio supremo de su fe. Su único delito –como en el caso de los otros mártires amigonianos– fue el ser coherente con sus creencias, el no ocultar su condición de religioso y sacerdote y el dar valientemente la cara por Cristo cuando le pidieron que renunciara a su fe.

CON EL LENGUAJE DEL CORAZON

Uno de los valores más apreciados y resaltados dentro de la pedagogía amigoniana es el de la *empatía*.

Empatía significa *sintonizar* con el corazón, con los *sentimientos* del otro.

En educación siempre es necesaria la empatía, pero cuanto mayores son las carencias afectivas de la persona, tanto más difícil se hace el conectar con ella.

Algunos de los jóvenes con problemas han sufrido tanto en su vida, han sido tan "ninguneados", que, en ocasiones, casi han llegado a perder, no sólo la capacidad de expresar sentimientos, sino incluso –y esto resulta aún más dramático– la capacidad de percibirlos. Dicen que "el gato escaldado, del agua fría huye". Y algo de esto les sucede a quienes han sido "apaleados" en su ser. Les resulta casi imposible creer en el amor y en su esencial gratuidad. Por todo ello, si siempre el establecer empatía resulta ser un arte, el establecerla con los jóvenes con problemas se puede calificar de verdadero *alarde artístico*.

Pero, como alarde y todo, la tradición amigoniana ha considerado la empatía como algo irrenunciable.

LA LLEVARE AL DESIERTO Y LE HABLARE AL CORAZON (OS. 2, 16)

Conquistar el corazón del alumno ha sido uno de los objetivos fundamentales del proceso educativo. Cuando esto se consigue, el camino hacia el ser y hacia la armónica maduración personal, empieza a ser transitable.

No obstante, la conquista del corazón del otro, sólo es posible, *hablándole al corazón* y *hablándole "con el propio corazón en la mano"*.

El ideal educativo, –expresado de alguna manera en la parábola del Buen Pastor, que llama a cada una de sus ovejas por el nombre *porque las conoce*– sólo se alcanza desde la *cordialidad*.

Sólo *por vía del corazón* es posible internarse en el sagrado ámbito de los sentimientos humanos. Sólo amándole, se conoce en profundidad al otro, porque sólo en el amor se comparte el ser, y sólo en la medida en que el otro *se siente amado*, retira autodefensas y se deja conocer sin tapujos ni ambages, pues sabe que *desde el amor* será querido y apreciado *tal cual es*.

Y en ese arte, precisamente, sobresalió Crescencio. Sin grandes estudios teóricos, asimiló la ciencia del corazón humano –como tantos otros amigonianos– en el diario compartir con sus alumnos.

NO SE VE BIEN SINO CON EL CORAZÓN. LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS (EL PRINCIPITO)

Sabía comunicarse cordialmente con ellos y tenía un tino especial para cautivarles el corazón y, desde ahí, acompañarles de cerca y con cercanía en la irrepetible aventura de su maduración personal.

Se hacía querer por todos sus alumnos, porque previamente ellos se habían sentido queridos en su individualidad –con sus fortalezas y debilidades– por él.

"He venido a buscar y salvar lo que estaba perdido... y no quiero que se pierda ninguno de mis pequenuelos"

(Lc. 19, 10 y Mt. 18, 14)

Timoteo Valero Perez

Especialista en casos difíciles

Composición en base a un dibujo de José Luis Macías

Calentando motores
En plena carrera
Victima de una denuncia
Con amor fiel y a la medida

En Terriente, Teruel, y en el hogar formado por don Jorge Valero Gómez y doña María Pérez Pérez, nació el 24 de enero de 1901 un niño a quien sus padres impusieron el nombre de Timoteo en el bautismo, celebrado el mismo día de su nacimiento.

FUE TIMOTEO UNO DE LOS SIETE AMIGONIANOS MUERTOS DURANTE LA GUERRA, QUE SE HABIAN EDUCADO EN SAN NICOLAS

Con el tiempo, Timoteo, aunque entonces nadie pudiese predecirlo aún, pertenecería al grupo de los amigonianos, educados en San Nicolás, que murieron durante la contienda civil. Dicho grupo estaría compuesto en realidad por siete religiosos –el propio Timoteo, Florentín Pérez, Urbano Gil, Crescencio García, Enrique Gómez, Pedro Gil y Ezequiel Gil–, aunque de ellos, sólo los cuatro primeros llegarían a ser considerados oficialmente mártires. Pero no queramos ir más aprisa que la historia y sigamos paso a paso el itinerario de nuestro protagonista.

Calentando motores

Contaba unos diez años de edad, cuando sus padres –aprovechando una de las becas creadas por su paisana doña Dolores Romero en el Colegio fundado por ella misma en la capital turolense–, lo enviaron allí, para que pudiera realizar unos estudios que ellos, en su penuria económica, no podían ofrecerle. Hacía poco tiempo que los amigonianos se habían hecho cargo de la institución y estaba al frente de la misma el padre José de Sedaví.

Tenía el padre José un carisma especial para ganarse el cariño y confianza de sus alumnos. Hombre con gran corazón de apóstol, dominaba a la perfección las técnicas de la pastoral y sabía conducir a sus educandos hacia Cristo.

Por otra parte, San Nicolás era entonces un colegio lleno de vida. Se encontraban en él frailes jóvenes estudiantes de teología que contribuían, con su natural alegría y plena dedicación, a hacer agradable la estancia de los internos. Con la colaboración de todos aquellos religiosos se organizaban en el centro actividades catequéticas, deportivas y artísticas a las que asistían también muchos jóvenes de la capital. En un ambiente así, cargado de espí-

ritu cristiano y juvenil, no es de extrañar el florecimiento vocacional que en esta época experimentó el colegio.

En plena carrera

Timoteo, como otros compañeros y amigos de internado, se sintió atraído por el espíritu de aquellos frailes, mezcla de apóstoles y pedagogos, que vivían ilusionados la vocación religiosa. Era el despertar de su propia llamada. Paulatinamente fue madurando este primer impulso, hasta que, convencido de que Dios le invitaba a seguirle más de cerca según el carisma del padre Luis Amigó, vistió el hábito amigoniano el 15 de septiembre de 1917.

Tras profesar –dos años más tarde–, su vida se centró, de momento, en filosofías y teologías, aunque se estrenó ya en las prácticas pedagógicas con niños y jóvenes en dificultad en Madrid, tanto en Santa Rita, como en el Reformatorio.

Concluída la teología fue ordenado sacerdote en Godella por el padre Luis Amigó, obispo de Segorbe, el 16 de septiembre de 1928. Como sabemos, en tan emotivo acto tuvo como compañero, entre otros, al también mártir Crescencio García y hubiese contado además con la compañía del mártir José Llosá, si éste no hubiese protagonizado a última hora la "espantá" que ya conocemos.

PRESTABA UNA ATENCION MUY PERSONALIZADA A CADA UNO DE SUS ALUMNOS

Desde su ordenación, su vida continuó discurriendo entre los muchachos. Unas veces en centros de protección, como eran por aquellos años Caldeiro y Teruel, otras, en contacto directo con los jóvenes inadaptados. En todos los ambientes, su carácter abierto y expansivo le ayudó mucho a ganarse el afecto de sus alumnos. En Santa Rita, –donde estuvo un total de doce años– llevó a cabo una eficaz labor con los menores. Cuidaba mucho el estudio psicopedagógico de cada uno de sus muchachos, sabía ofertarles –siguiendo la tradición pedagógica amigoniana– un tratamiento personalizado y "a la medida", y, sobre todo, tenía una especial sensibilidad para acoger, atender y educar "a los más difíciles".

Víctima de una denuncia

El 20 de julio de 1936, cuando las milicias populares asaltaron la Escuela de Santa Rita, Timoteo estaba allí, pues, formaba parte de esta comunidad amigoniana.

EN MEDIO DEL PELIGRO, EL Y SUS COMPANEROS PERMANECIERON SERENOS Y TRANQUILOS

Durante las veinticuatro horas que permaneció prisionero de aquellas personas tuvo que sufrir –junto a sus compañeros– toda una serie de sustos bien orquestados. Pero el que más le impactó fue el que tuvo como escenario la dirección del centro. Allí acabaron encerrando, los asaltantes, a todos los religiosos una vez que habían registrado la casa de arriba a abajo y habían procedido a los interrogatorios individuales. Y una vez encerrados alguien, alzando la voz, dijo:

–*¿Sabéis lo que vamos a hacer con éstos? Pues muy fácil. Como debajo de este despacho hay un recibidor y los pisos son de madera, le prendemos fuego a la sala de abajo y en menos de "ná" los achicharramos a "tos".*

–*"Cuidau"* –añadió con su castizo deje– *que no se tiren por las ventanas. ¡Ale!.*

–*¡Eso, eso!* –gritaron entusiastas los demás.

Una vez que sus "carceleros" abandonaron la estancia, y echaron la llave a la puerta, los religiosos, convencidos de que había llegado su hora, hicieron un acto colectivo de contrición y se dieron mutuamente la absolución. A pesar del susto recibido y de las amenazas que acababan de escuchar:

–*Estábamos* –dice uno de los testigos presenciales– *todos serenos y tranquilos y no se escuchó ningún suspiro o gemido.*

Gracias a Dios, en este caso "la sangre no llegó al río"; sólo fue una más de las amenazas y bravuconadas típicas de aquellas personas que, emborrachadas de poder, se creían "dueños y señores de vidas y haciendas". Al día siguiente, como resultado –como ya se ha dicho– de las gestiones hechas por el padre Francisco Tomás ante el Ayuntamiento de Carabanchel, todos los frailes –menos Bienvenido– fueron dejados en libertad.

Timoteo marchó, en un primer momento, a casa de doña Laura, la costurera de Santa Rita, pero a las pocas horas decidió dirigirse al piso de su hermano Roberto en la calle Francisco Silvela, 92. Él, en medio de aquella situación traumática, se veía sereno. La verdad es que, tras su apariencia bonachona, se escondía un hombre curtido para afrontar erguido las dificultades, como dejó ya entrever, en 1931 cuando ante las amenazas de grupos incontrolados que querían prender fuego a Caldeiro, se dirigió a la capilla, abrió el sagrario y consumió sin atolondramientos la reserva eucarística para evitar que fuese profanada.

En casa de su hermano Roberto permaneció más de mes y medio sin ser molestado por nadie y allí hubiese permanecido, quizá, hasta el final de la contienda, si no hubiese sido por la denuncia de una vecina, antigua empleada de Santa Rita, que lo reconoció.

El 14 de septiembre –tras un registro de la casa, al que se quiso dar el tono de "rutinario"– Timoteo fue apresado y conducido provisionalmente a una prisión, de donde fue sacado, para ser interrogado y ser acompañado después en su "paseillo", por los de la checa Fomento; esa checa madrileña tan tristemente famosa, como ya se ha dicho, para los amigonianos. Era el 17 de septiembre de aquel mismo año 1936, cuando su cuerpo quedó sin vida en Vicálvaro.

Con amor fiel y a la medida

Por su tendencia y capacidad para acoger y tratar "los casos más difíciles" que se fue encontrando a lo largo del itinerario como educador, Timoteo puede ser considerado como un testigo fiel del mensaje de la misericordia, nuclear –por otra parte– en la espiritualidad y actividad amigoniana.

ALEGRAOS CONMIGO, PORQUE HE ENCONTRADO LA OVEJA PERDIDA

(LC. 15, 6)

Misericordia, etimológicamente hablando, significa llevar al propio corazón las miserias de los demás para compadecerlas allí, ofreciéndoles una respuesta y ayuda eficaz. En este sentido, misericordia es lo más opuesto a esa tendencia amarillista, –desgraciadamente tan acentuada en la actual

civilización– que gusta de llevar las miserias de los demás, no al propio corazón para compadecerlas, sino a la propia lengua para propagarlas a los cuatro vientos. Hoy en día, más que de *misericordia* había que hablar muchas veces de una especie de "*miseriloquia*". Da a veces la sensación que el hombre actual, en vez de asumir las propias debilidades –como componente integral de la propia personalidad–, prefiere eludirlas, recreándose para ello en las debilidades de los demás y, particularmente, en las de aquellos que pueden ser socialmente, más representativos o famosos.

AMA A LOS DEMAS TAL COMO SON Y NO PRETENDAS QUE SEAN MEJORES CRISTIANOS PARA TI

(S. FRANCISCO, CARTA A UN MINISTRO, 7)

No obstante, para la cultura cristiana, el valor de la misericordia adquiere su pleno sentido a la luz del evangelio. Cristo –revelación plena de un *Dios-Amor* y *Padre*– muestra durante toda su vida una predilección especial por los más necesitados y marginados. Él mismo se presenta como *aquél que ha venido a buscar lo que estaba perdido*. Esta predilección constituye, sin lugar a dudas, la mejor expresión de lo que implica la misericordia que, por su propia naturaleza es un *amor fiel y a la medida*. El amor de verdad es siempre misericordioso, pues aparte de permanecer *fiel* a la persona amada –tanto "a las duras, como a las maduras"– acepta y quiere al otro "*a su medida*", es decir "tal cual es" en cada momento concreto de su historia personal. Desde esta última perspectiva la misericordia es también *amor incondicional*, que no solamente no condiciona la respuesta amorosa a una actuación considerada positiva desde los criterios del amante, sino que impulsa a éste *a amar más allí donde existe una mayor carencia o necesidad*.

Posiblemente, el texto evangélico que refleja con mayor nitidez todo ese mensaje del *amor fiel y "a la medida"* es el de la parábola del hijo pródigo. En ella, frente a las debilidades del hijo menor, aparecen dos posturas claramente diferenciadas y aun contrapuestas. Una de ellas, la del padre, representará el valor de la *misericordia*, la otra, la del hijo mayor, simbolizará los criterios de la *fría justicia*, de la *ley por la ley*.

El hijo mayor, desde su estrechez de miras y de corazón, sólo se fija en lo que su hermano *ha hecho*, analiza el pro-

blema *desde el propio yo* –hinchado por el egoísmo– y desde ahí, se siente tratado injustamente.

Por el contrario, el padre, –a quien, con el corazón ensanchado por el amor sólo le interesa la persona de su hijo que ha vuelto y, sólo desea que recupere las ganas y la ilusión de vivir–, analiza la realidad, olvidándose de sí y poniéndose en la piel de su pequeño, y le parece poco todo lo que hace para ser justo con él, desde el amor. Estaba convencido el buen hombre que la verdadera justicia exige amar con más profundidad y delicadeza a quien está experimentando en su vida una necesidad mayor.

Los amigonianos han sido conscientes, desde los inicios de su congregación, de la esencial importancia que tiene, en la configuración del propio *ser y hacer*, el valor de la misericordia. Saben que su misión consiste en "dejar muchas veces a un lado las noventa y nueve ovejas que son fieles, para ir en pos de la extraviada hasta encontrarla y recuperarla". Saben, también, –y lo saben por experiencia– que a los niños y jóvenes con problemas no se les hace en verdad justicia cuando se les juzga y condena con la fría ley, pues estos niños y jóvenes –precisamente por sus carencias– necesitan ser juzgados en mayor medida por un cariño que busque fundamentalmente que *vuelvan a la vida*.

DEBERIAS ALEGRARTE PORQUE ESTE HERMANO TUYO ESTABA MUERTO Y HA VUELTO A LA VIDA (LC. 15, 32)

Timoteo, –repetimos– encarnó como buen amigoniano el mensaje de la misericordia. Acogió sin prejuicios a los jóvenes con problemas de conducta que se cruzaron en su camino de educador. Supo tenderles su mano amistosa para ayudarles en el proceso de automaduración. Y los amó con predilección, al descubrir en ellos las profundas carencias, afectivas o económicas, personales o ambientales, que habían truncado su normal realización como personas.

Dibujo de Luis Gans

Parte VI

La que amplio la familia

Como la situacion que se vivio, al comenzar la contienda, en la Comunidad Valenciana –y mas concretamente aun en Torrent– ya la conocemos, pues hemos tenido oportunidad de recrearla con detalle a traves de los ocho amigonianos que testificaron alli su fe, vamos a aprovechar la ocasion que nos ofrece ahora la presentacion de la vida de esta seglar, para comentar algo que sucedio en el mismo pueblo de torrent algunos anos antes y que puede ayudarnos a entender mejor por que ella acabo formando parte de los martires que siguieron a Cristo tras las huellas de Luis Amigo.

A poco de llegar a Torrent los terciarios capuchinos y establecerse en Monte Sión –el 31 de octubre de 1889–, el padre Luis Amigó encareció a sus frailes que estableciesen para los niños y jóvenes del entorno una especie de asociación y que la pusiesen bajo el patronazgo del santo franciscano, Antonio de Padua. Posteriormente fue el padre José de Sedaví, responsable de la primera fraternidad amigoniana quien se encargó de hacerse portavoz del deseo del fundador. Y un poco hoy, fray Rafael de Onteniente, y otro poco mañana, fray Recaredo de Torrent, aquel sueño cuajó en feliz realidad.

Nacen los Antonianos

Y sabemos ya –porque lo hemos visto y oído en la vida de nuestro mártir Recaredo– que fue así como nació en Torrent, en 1898, una de las más antiguas asociaciones pertenecientes a la *Pía Unión Antoniana*. Tan antigua que tiene el número 155 de entre las miles y miles de asociaciones hermanas existentes en todo el mundo. Claro que la cosa se explica por el hecho de que ésta de Torrent empezó tan sólo cuatro años después de que se fundase en Roma –en 1894– la Pía Unión de San Antonio y, con ella, la primera de sus asociaciones.

HOY SE ATIENDE MEJOR A LOS SEGLARES QUE A LOS SACERDOTES

(L. AMIGO, OC. 373)

La *Pía Unión* –como popularmente han abreviado los torrentinos el nombre de su asociación –fue un primer cauce encontrado por los amigonianos para acompañar a los seglares en su crecimiento integral desde la fe y para irlos integrando progresivamente en la tarea evangelizadora de la iglesia.

Ni qué decir tiene que el padre Amigó estaba encantado con aquella obra a la que quería *como a la niña de sus ojos*, a la que acompañó asiduamente, en la fiesta principal de San Antonio, incluso el mismo año de su muerte, y de la que fue presidente honorario. Para él, el apostolado seglar –y en esto se adelantaba a la doctrina del Vaticano II– tenía un papel importante e imprescindible dentro de la acción eclesial de conjunto:

–Amortiguada la fe de los pueblos –decía él–, *éstos se fijan más en el ejemplo de los seglares y escuchan con mayor atención sus exhortaciones, que las de los sacerdotes* (Oc. 1147).

Las mujeres, tambien

Hasta 1934, la asociación de los antonianos abierta en Torrent fue exclusivamente masculina. Pero el mismo padre Luis Amigó, que –siendo un joven capuchino– había trabajado apostólicamente en la Tercera Orden Seglar Franciscana tanto con hombres como con mujeres, fue uno de los impulsores de la idea de ampliarla al mundo femenino. De hecho la decisión de llevarla a cabo se tomó precisamente en octubre del año 1934 al finalizar en Torrent los solemnes funerales organizados por los antonianos en memoria del padre Luis.

Los cooperadores amigonianos, un paso mas

Con el tiempo, los amigonianos, –teniendo presentes la experiencia y enseñanzas de su fundador y acogiendo el sentir de la iglesia que ha invitado a los religiosos a compartir su *ser* y *hacer* con los seglares –han puesto en marcha, entre otros movimientos de signo laical, los *Cooperadores Amigonianos* como un modo particular de pertenecer a la gran *Familia Amigoniana*.

LOS COOPERADORES AMIGONIANOS SE SIENTEN LLAMADOS POR EL ESPIRITU, DESDE SU CARACTER SECULAR, A SEGUIR A CRISTO, TRAS LAS HUELLAS DE LUIS AMIGO

(PROYECTO DE VIDA, 1)

Carmen García Moyon, desde su identidad de cristiana comprometida, de antoniana y de persona íntimamente ligada a la labor de los amigonianos en Monte Sión, puede ser considerada un modelo a seguir por los seglares que siguen las huellas de Luis Amigó. El hecho mismo de incluirla junto a los 19 religiosos mártires de la congregación, ha sido ya una forma de expresar que el carisma amigoniano no se agota en los religiosos, sino que se extiende por su propia naturaleza y en toda su riqueza a los mismos seglares que constituyen así una verdadera y cabal *ampliación de la familia*.

"Los creyentes acudian asiduamente a la ensenanza, a la fraccion del pan y a las oraciones... tenian un solo corazon y una sola alma"

(Hch. 2, 42 y 4, 32)

Carmen Garcia Moyon

La antoniana

Regresan los exiliados
La francesita se hace monja
Un cambio de camino, no de rumbo
Lo suyo fue un holocausto
Paso haciendo el bien

Del matrimonio formado por don José García Jiménez y doña Marie Josephine Moyon, nació en Nantes, el 13 de septiembre de 1888, nuestra protagonista, a quien sus padres llamaron *Carmen* cuando la presentaron a bautizar el 23 del mismo mes en la iglesia parroquial de Notre-Dame de Bon Port de su ciudad natal.

Fue Carmen el penúltimo de los cinco hijos que tuvo el matrimonio –dos varones y tres mujeres– aunque los varones fallecieron a temprana edad.

Regresan los exiliados

No deja de llamar la atención el hecho de que una persona con apellido *García* sea francesa. Pero, como todas las cosas, también ésta tiene su explicación, que no es ni mucho menos, complicada. Su padre, don José García, natural de Segorbe, tuvo que exiliarse a Francia al finalizar, en 1876, la tercera guerra carlista y al haberse declarado él abiertamente a favor de la causa perdedora, por la que llegó a luchar en los campos de batalla.

Una vez en Francia, tuvo que buscar trabajo y acabó encontrándolo como mayordomo de unos marqueses. Y fue precisamente en esta casa donde con el tiempo conoció a Marie Josephine, una francesa de Montoir, que estaba también al servicio de aquella casa noble, y con la que se casó en 1883. Después, ya se sabe, inmediatamente los hijos y para mitad de 1891 ya habían nacido los cinco que llegó a tener el matrimonio. La economía familiar no iba mal. Entre don José y doña Marie regentaban una charcutería en la misma ciudad de Nantes que les daba para poder vivir holgadamente. Pero, como suele suceder siempre a los exiliados, a don José, con los años, debió entrarle la morriña por su tierra y cuando la cuestión política se hubo serenado lo suficiente y él ya no se sintió perseguido, se volvió a España, aunque, eso sí, acompañado por toda su familia, reducida ya para entonces a su mujer y las tres hijas.

LOS EXILIADOS, SUELEN SENTIR FUERTE MORRINA POR LA TIERRA QUE DEJARON

La francesita se hace monja

No se sabe el año exacto que volvió a España la familia *García-Moyon*. Debió ser a principios de siglo, pero, nada seguro. Lo que sí se sabe con seguridad es que, de momento, don José prefirió quedarse en Barcelona, en vez de volver a Segorbe, el pueblo de sus raíces.

AL HACERSE MONJA, AQUELLA FRANCESITA PASO A LLAMARSE ESPERANZA DE NANTES

Allí, en la ciudad condal, Carmen –ayudada por el ambiente profundamente cristiano que se respiraba en su casa– fue madurando poco a poco su fe y cuando tenía unos veintinueve años de edad, se encaminó al noviciado de las terciarias capuchinas.

¿Que cómo conoció a las terciarias? Algunos quieren pensar que fue la cosa más natural del mundo, y dicen que todo sucedió a raíz de una estancia familiar de Carmen en Segorbe, la patria chica de su padre.

Fuera como fuese, lo cierto es que hacia mitad de 1917 Carmen inició, con las religiosas fundadas el 11 de mayo de 1885, por el padre Luis Amigó, su postulantado, y seis meses más tarde, exactamente el 11 de enero de 1918, la *francesita* –como cariñosamente la llamaron desde un principio sus hermanas terciarias– tomó el hábito.

No se sabe con seguridad dónde quedó de comunidad *Esperanza de Nantes* –que así se llamó ya al iniciar su noviciado–, tras hacer el 11 de enero de 1920 sus primeros votos en Altura. Lo que sí sabemos es que, estando en la congregación de las terciarias, trabó una profunda amistad, que duraría ya toda su vida con una joven, nacida en Torrent en 1897, y que se llamaba Asunción Fernández Roig. Esta joven llegó a profesar también con las terciarias y entre ellas fue conocida, al parecer, con el nombre de *Guadalupe de Torrent*.

Un cambio de camino, no de rumbo

Después de algunos años –posiblemente en 1925 cuando a nuestra protagonista le tocaba hacer ya los votos perpetuos–, las dos amigas, *Carmen y Asunción*, o si se

prefiere, *Esperanza y Guadalupe*, tomaron la decisión de cambiar de camino, aunque no de rumbo en su vida.

Se comenta que todo fue provocado por algunos problemas surgidos del propio carácter intrépido y emprendedor de ambas que necesitaba de mayor libertad personal y de un campo de acción más amplio y abierto.

Quizá, en su día, la decisión levantó su polvareda y comentarios entre pasillos. Por aquellos años en que la vocación seglar estaba bastante devaluada y la vida religiosa se consideraba un "estado de perfección", una decisión del género significaba, poco más o menos, *"volver la vista atrás, abandonar el puerto de la salvación y ponerse casi casi en peligro inminente de perdición"*.

Gracias a Dios, hoy en día esa mentalidad oscura y oscurantista de la vida ha sido superada. Y a dicha superación contribuyó, no cabe duda, de forma decisiva, el Vaticano II, el gran Concilio de la iglesia contemporánea que abrió de par en par las ventanas para que todo se ventilase y pudiese entrar el Espíritu. Fue el propio Concilio el que proclamó, como una de sus grandes verdades, la *universal vocación a la santidad*, o dicho de otro modo, la bondad natural de todos los estados para llegar a Dios. Y fue también el Concilio el que nos hizo comprender, con meridiana claridad, que la *perfección* no está nunca en los *estados*, sino en las *personas*; que, hablando en cristiano, la única perfección que existe es *la del amor*, y que, dentro de la dinámica del amor, cuanto más perfecto *es* uno, menos se lo cree y más disponible y servicial se muestra.

TODOS LOS FIELES, SEA CUAL FUESE SU ESTADO, ESTAN LLAMADOS A LA PLENITUD DE LA VIDA CRISTIANA Y A LA PERFECCION DE LA CARIDAD

(LUMEN GENTIUM, 40)

Pero todo eso que hoy nosotros sabemos doctrinalmente gracias al Concilio, Carmen –como otras muchas personas que, en su día, dejaron los hábitos, no por un desencanto en su fe, sino como resultado de haber descubierto su vocación cristiana en otro estado– lo dejó patente, de alguna forma, a través de su actuación.

Al abandonar el convento, ella y su amiga Asunción se instalaron en Manises, donde trabajaron en el horno Aliaga y desarrollaron, principalmente Carmen que era una verdadera artista en este campo, preciosos trabajos de modistería.

Hacia 1928, las dos amigas se trasladaron a Torrent y se afincaron en la calle Santa Ana, 35. Su actividad aquí se centró fundamentalmente en las labores de costurería. Pero, a parte de lo que realizaban en su propia casa, ambas trabajaban también algunas horas en el Convento de Monte Sión, con los amigonianos quienes las acogieron de corazón, sin dejarse llevar de prejuicios. Allí, en Monte Sión, Carmen se encargaba de atender la ropa de la comunidad y colaboraba también en la limpieza de la casa y, sobre todo, de su iglesia. Asunción ayudaba en otros menesteres y acabó casándose, en 1930, con Salvador Barber Martí, natural de Ayelo de Malferit y cocinero del convento.

A LOS LAICOS PERTENECE POR PROPIA VOCACION ORDENAR LOS ASUNTOS TEMPORALES SEGUN DIOS

(LUMEN GENTIUM, 31)

No obstante la boda, Carmen y Asunción continuaron habitando la misma casa. Ésta, con su marido, se instaló en la parte de arriba y nuestra protagonista se quedó con la planta baja. A partir de entonces, Carmen, además de montar en su planta baja un taller de costura en el que confeccionaba prendas por encargo y enseñaba a las jóvenes torrentinas el corte y la confección, intensificó su actividad pastoral, orientada en todo momento por los frailes amigonianos. Se dedicó, de una forma más comprometida, a enseñar el catecismo a los niños, a repartir limosna y a ayudar a los demás, especialmente a los más necesitados. Su compromiso con las actividades apostólicas organizadas desde el Convento era tal, que, cuando, a finales de 1934, se creó la sección femenina dentro de la Pía Unión de San Antonio, a nadie extrañó que fuese Carmen una de las primeras mujeres que se inscribieron en ella y que, inmediatamente, fuese nombrada tesorera de la misma. Ya como *antoniana*, una de sus iniciativas fue la de organizar la catequesis de niñas, pues hasta entonces en el Convento sólo se había atendido la de niños.

Lo suyo fue un holocausto

Al iniciarse la contienda, Carmen era una de las personas comprometidas con su fe que más tenían de ojo los extremistas que dominaban en el Torrent.

La verdad es que esa vigilancia no la pillaba de sorpresa. Desde que en 1931 encabezó una manifestación de mujeres hasta el ayuntamiento para protestar por la destrucción de la cruz que había en el calvario del Convento, sabía que la tenían "fichada" y solía decir a sus compañeras de apostolado:

–A nosotras será a las primeras que nos arreglarán porque somos católicas de cuerpo entero.

Cuando fue dispersada la comunidad amigoniana de Monte Sión, ella no se acobardó, sino que, con el ardor y viveza que caracterizaban su defensa de la fe, se mantuvo activa y "al pie del cañón". Ya el mismo día que los frailes salieron del convento estuvo allí con otras mujeres, recogiendo lo que había en la despensa para repartirlo entre las distintas casas donde se habían refugiado los religiosos. Más tarde, sin dejarse atemorizar por las amenazas, continuó visitando a las personas que no podían salir de casa, a causa del ambiente de persecución religiosa que se vivía; las siguió ayudando cuando pudo, según sus posibilidades económicas; las animó con palabras de consuelo; oró con ellas, y por ellas y hasta les llevó secretamente la eucaristía en más de una ocasión.

Incluso después de que fueran martirizados los ocho amigonianos que testimoniaron su fe en Torrent entre el 16 y 18 de septiembre de aquel año 1936, Carmen –en medio del intenso dolor que por ello sintió– continuó viviendo en el pueblo, sin ocultarse de nadie, sin renegar nunca de sus creencias y sin dejar de trabajar sencillamente en su taller. Y fue precisamente uno de los trabajos que le encargaron a principios de 1937 el que generó "la gota que colmó el vaso" y precipitó su muerte.

DESPUES DEL MARTIRIO DE LOS OCHO AMIGONIANOS, ELLA CONTINUO EN TORRENT, SIN OCULTARSE DE NADIE

Una joven del pueblo se había acercado a su casa para que le confeccionase el traje de novia, y ella, con la mejor intención y sin pararse a pensar sobre la oportunidad, o no, de lo que iba a decir, le aconsejó:

–¿Por qué no esperas un poco a que pase todo esto y te podrás casar por la iglesia?

La muchacha, como era natural, lo comentó con su novio y éste, a su vez, con otros amigos y acabaron enterándose los del comité local, a quienes ya sólo les faltaba saber aquello para decidirse a acabar con la "dichosa" Carmen que ya les tenía bastante hartos.

No se lo pensaron, pues, dos veces ni se les ocurrió "contar hasta diez" para que se les pasase el enfado. El mismo día que les llegó el "soplo", se presentaron en su casa dispuestos a darle su merecido. Cuando llegaron era ya de noche. Su amiga Asunción no se encontraba y algunos dicen que "menos mal", pues también a ella se la hubiesen llevado. Carmen estaba sola con el hijo mayor de su amiga que se aferraba a sus faldas al ver que aquellos hombres –siete u ocho en total– se disponían a llevarse a su querida "tía". A ella, pocas opciones le dejaron. Suerte que apareció una vecina y pudo confiarle el pequeño.

CONVERTIDA EN UNA TEA ARDIENTE, VAGABA SIN SENTIDO POR EL VINEDO

A continuación, todo fue ya muy rápido. El coche viró para enfilar la carretera de Monserrat y, al llegar a la partida del Tollo junto al *Barranc de les canyes*, la hicieron bajar. Al parecer intentaron forzarla, y de hecho, unos labradores que había por allí la oyeron gritar:

–Primero me mataréis que abusaréis de mí.

Ante su negativa –contaron esos mismos labradores– oyeron a uno de los que la habían sacado de su casa decir a los demás:

–Traed la gasolina y prendámosle fuego, ya que no ha consentido en lo que queríamos.

Y así lo hicieron. Lo que en un principio hubiese podido parecer una cruel, pero mera, amenaza, se convirtió al momento en una trágica realidad.

La rociaron de gasolina y le prendieron fuego. Al decir de los autores del hecho –que aún tuvieron la desfachatez de contarlo entre risas y burlas a su regreso al pueblo– el espectáculo era tan dantesco, que hasta llegaron a asustarse.

Ella, –convertida en una tea ardiente– vagaba sin sentido en medio del viñedo en que se había producido el

hecho. Sus gritos de dolor se oían a muchos metros de distancia. De pronto, el silencio. Ya no se oyó más. Se desplomó a tierra sin sentido y allí continuó ardiendo hasta consumirse. Dicen que de una mujer robusta como era ella, sólo quedó como un metro de persona y una gran mancha de grasa que permaneció indeleble mucho tiempo después. Lo suyo fue sin duda un verdadero holocausto, uno de esos sacrificios veterotestamentarios en los que la víctima tenía que consumirse al fuego.

Paso haciendo el bien

¡Qué bella síntesis la que Pedro –en una de sus primeras intervenciones como *Papa*– hace de la vida de Jesús. *Pasó haciendo el bien* –dice–, y se queda tan tranquilo.

La verdad es que Cristo, cuando escuchó hablar así a su *vicario* debió sonreirse allá en las alturas o quién sabe si acá en las "bajuras". Por fin, Simón, el rudo pescador, se había transformado en Pedro, en cimiento de la fe. Ahora sí que lo había entendido todo. *Ser discípulo* no es cuestión de confiar en las propias fuerzas. *Antes de que el gallo cante, me habrás negado*, le había profetizado Jesús, cuando él, engreído, le había prometido: *aunque todos te abandonen, yo no*. El batacazo había sido de campeonato. El que se creía todopoderoso quedó vencido por una criada. Ahora, sin embargo, las cosas eran distintas. Por fin había entendido el verdadero *secreto de la fuerza*, que encuentra su protagonista en *Dios* y su mejor síntesis en el *amor*.

NO TIENEN POR QUÉ MARCHARSE; DADLES VOSOTROS DE COMER

(MT. 14, 16)

Por tres veces se lo había repetido el propio Jesús cuando se le apareció resucitado. *¿Pedro me amas?*, le había preguntado machaconamente. Pero quizá hacía falta que el amigo se marchase de su lado para empezar a creer de veras. Y cuando el amigo se fue, y Pedro empezó a experimentar la responsabilidad que le había sido confiada, entonces entendió, por fin, lo que es el amor. Y, a su vez, el amor, vivido, le hizo sentirse *verdad* y *libre*. Y se liberó de tantas tonterías y pequeñeces que le venían entreteniendo y *distrayendo de lo fundamental*. Desde el amor, entendió perfectamente que para *ser un*

buen cristiano, había que ser un *buen samaritano*. El cristiano es tal, en la medida en que es una persona profundamente humana y sensible, que no *"pasa"* de los demás ni pasa de largo junto a sus miserias; en la medida en que es una persona que *crece*, haciéndose pequeño, que *vive*, desviviéndose, y que *se encuentra* a sí mismo, perdiéndose entre los demás.

PASO HACIENDO EL BIEN Y CURANDO A TODOS LOS OPRIMIDOS, PORQUE DIOS ESTABA CON EL

(HCH. 10, 38)

En sintonía con todo eso, decir de una persona que *pasó haciendo el bien* es como decir que dicha persona –apoyada en Dios y animada con la fuerza de su Espíritu– vivió, creciendo constantemente en amor y humanidad.

Carmen que empezó su maduración en el amor en el seno mismo de su familia y que acabó de madurar en su etapa de seglar comprometida, fue, no cabe duda, una de esas personas que, a su paso por la vida, van regalando, a diestra y siniestra, y a manos llenas, la bondad que ha ido germinando y creciendo en ellas.

Con su carácter enérgico y batallador, pero al mismo tiempo, con un talante siempre cariñoso y comprensivo, simpático y alegre, fue modelo de lo que significa ir repartiendo por la vida, *paz y bien*.

Cuentan que cuando, afincada ya en Torrent, iba hasta su casa familiar en Barcelona en la que se vivían fuertes tensiones entre una hermana suya soltera y su cuñado, todos allí se alegraban por su actitud conciliadora y exclamaban alegres:

–Menos mal que ha venido la tía Carmen.

Lo que quizá no sabían sus familiares es que la alegría que ellos tenían de tarde en tarde, muchas gentes, a las que Carmen acudía en sus necesidades y problemas, la experimentaban de forma cotidiana.

Dibujo de José Luis Macías

Parte VII

Los que no luciran en San Pedro

Es tradicional en Roma que tanto en las solemnes ceremonias de beatificacion, como en las de canonizacion, despues de que es leido el texto con que se declara oficialmente un nuevo beato o santo, la imagen de este sea expuesta a la contemplacion de los fieles, representada en un gran lienzo. Cuando las ceremonias se llevan a cabo en el interior de la Basilica, los lienzos se despliegan en la –asi llamada– gloria de Bernini. Cuando son en la Plaza de San Pedro, se cuelgan en las balconadas de la fachada. Los amigonianos, como es natural, han preparado ya su lienzo con los rostros de los 19 religiosos cuyas vidas hemos ido viendo, mas el de la laica Carmen.

En ese lienzo de veinte rostros, preparado para ser desplegado en San Pedro el día de la gran ceremonia, no están, sin embargo, representados todos los amigonianos que la primera tradición de la congregación consideró mártires, de puertas a dentro.

Al inicio se consideró que fueron 29, los religiosos que dieron la vida en testimonio de su fe. Con el tiempo, sin embargo, se fue viendo que cuatro de ellos –Bernardino de Alacuás, Tomás Sanz Poveda, Ezequiel Gil y Gil y Francisco Ferrer Molina–, aunque muertos violentamente durante la guerra e, incluso, a causa de la guerra misma, no convenía incluirlos entre los mártires, por cuanto que los móviles inmediatos que provocaron sus muertes no eran, de carácter exclusivamente religioso. Uno de ellos –Bernardino– falleció víctima de un bombardeo, y la muerte de los otros tres –aunque no deja de tener su móvil religioso– se produjo en circunstancias que pueden inducir a pensar que fueron sorprendidos cuando intentaban pasarse del uno al otro bando contendiente.

No obstante, de los veinticinco restantes, tampoco los seis que a continuación veremos entraron en la causa de la beatificación, a pesar de que su muerte sí que está relacionada directamente con el móvil de la persecución religiosa. A ellos seis, pues, que no lucirán en San Pedro, va dedicado, como homenaje silencioso y justo, esta última parte.

Lorenzo de Alqueria. El que aprendio solo

ALEGRAOS CON LOS QUE SE ALEGRAN; LLORAD CON LOS QUE LLORAN. TENED TODOS UN MISMO SENTIR

(ROM. 12, 15-16)

Corría el año 1876 cuando, el 27 de febrero, en Alquería de la Condesa –población valenciana enclavada en el valle de la Safor– la familia formada por don Enrique González y doña Rosa Femenía se vio aumentada por el nacimiento de un varón, bautizado, como su padre, con el nombre de *Enrique*.

Así empezó la historia de nuestro Lorenzo, que de tal modo se llamó después, ya de fraile. Sus padres, personas como él de humilde cuna, no pudieron ofrecerle gran formación literaria. Pero le

enseñaron, con el propio ejemplo, un gran amor al trabajo y le templaron en el espíritu de sacrificio que ha distinguido siempre el batallar por el pan de la gente sencilla, honrada y trabajadora.

SUS PADRES LE TEMPLARON EN EL ESPIRITU DE SACRIFICIO QUE DISTINGUE EL BATALLAR DE LA GENTE SENCILLA

Hasta 1890 su vida transcurrió feliz y sin preocupaciones entre el hogar, la escuela, los trabajos del campo, la iglesia y los amigos. Sin embargo, a partir de ese año las cosas cambiaron. Desde hacía algún tiempo se venía hablando con creciente entusiasmo entre la gente de la comarca, de la fundación, en Valencia, de una congregación que se encargaría de atender y educar cristianamente a los penados y a la juventud con problemas. La noticia impactó sobre todo al mundo de los jóvenes. Casi sin darse cuenta, un grupo de ellos, diseminados por el entorno, se sintieron atraídos por la nueva congregación. Pero...

–¿Qué hacer? ¿Cómo informarse mejor?

Tenían entendido que aquellos frailes se encontraban viviendo en un viejo convento de Torrent. Y Torrent estaba a más de cincuenta kilómetros. Toda una distancia para las comunicaciones del tiempo.

Ni dificultades ni distancias lograron frenar, no obstante, la decisión y coraje de aquel puñado de jóvenes. Se pusieron en camino sin pesados equipajes ni premuras de horarios. Y mientras viajaban tuvieron tiempo de escoger entre ellos al que haría de portavoz. El sentir fue unánime:

–Que hable Enrique.

Llegaron a las puertas del convento, y ante la pregunta del fraile que les franqueó la entrada, nuestro protagonista contestó con la sabiduría característica del labrador valenciano:

–Ací estem, per vore si açó ens convé.

Y sí que debía convenirle aquello a él, pues desde entonces los amigonianos pasaron a ser su nueva familia.

Tras hacer sus primeros votos el 17 de mayo de 1892, toda su vida transcurrió entre la *Escuela de Santa Rita*, en

Madrid, y la *Colonia San Hermenegildo*, en Dos Hermanas, dedicado a la educación de los jóvenes en dificultad.

Hombre de férrea voluntad –curtida a base de sacrificio en el duro trabajo cotidiano– adquirió, con su dedicación personal al estudio y a la práctica pedagógica lo que previamente no había tenido oportunidad de aprender en los libros, llegando a ser un excelente pedagogo. Fue, sin duda, todo un *autodidacta*, una de esas personas que aprenden solos en la vida.

Sabía tratar a sus alumnos con el suficiente cariño y fortaleza para no pecar ni de autoritario ni de paternalista. Sabía ser en todo momento para ellos un padre, que unas veces les felicitaba por sus adelantos, otras los reprendía por sus retrasos, pero siempre los quería y se mostraba cercano a ellos.

Uno de los secretos de su sabiduría pedagógica se encuentra, sin duda, en que él, como el Buen Pastor, *conocía muy bien a sus ovejas*.

¡Qué difícil se hace conocer a las personas! A menudo pretendemos descubrir el interior de los demás juzgando sus actuaciones y palabras según nuestros criterios e, incluso, intereses. Otras veces intentamos entrar en el mundo ajeno, aplicando para ello distintas técnicas o "test" basados en deducciones racionales y "lógicas" sobre el comportamiento humano. Y, al final, nos damos cuenta de que lo que hemos logrado conocer a través de nuestros esfuerzos mentales, más que una persona es un objeto, pues le falta vida, calor, sentimientos.

¡LA DE PRIVACIONES, SINSABORES Y DISGUSTOS QUE HABRE TENIDO QUE PASAR!, PERO, EN ESTA MISION, REALMENTE DE COBARDES NO SE ESCRIBE

(LORENZO DE ALQUERIA)

El conocimiento humano, el conocimiento personal, implica –como se ha visto al hablar de la *empatía*– mucho más que un conocer por vía intelectual. Supone un conocimiento del otro por vía del corazón. Y un medio importantísimo –imprescindible, se podría decir– para un tal conocimiento es la *convivencia*, el compartir las alegrías y tristezas del otro, el compartir con él experiencias y sentimientos. Sólo en la medida en que se comparte la vida con otro, se está en disposición de conocerlo

QUE TRISTEZA EXPERIMENTA EL HOMBRE AL DARSE CUENTA QUE AQUELLO QUE LE HIZO DESFALLECER ERA UNA SIMPLE ASTILLA DE LA CRUZ DE CRISTO

(LORENZO DE ALQUERIA

en profundidad. El conocer "desde lejos" no pasa de ser una ilusión.

Lorenzo –como pedía el padre Luis Amigó a sus frailes– conocía a sus alumnos por convivencia, por condividir con ellos comidas, recreaciones y estudios, ratos de silencio y esparcimiento, por estarles cercano en sus alegrías y tristezas, y por ser lo suficientemente sensible para captar sus sentimientos. Y este conocimiento le llevaba a amar con más profundidad y predilección allí donde sabía que existía una mayor carencia.

Hay en sus memorias un testimonio que siempre me ha impresionado:

– *A este muchacho* –dice refiriéndose a un alumno en quien había descubierto grandes deficiencias de personalidad– *por ser así, tengo que quererlo más*.

En esa frase, está retratado Lorenzo en toda su fortaleza y ternura, en toda su prosa y poesía.

Al llegar la hora del testimonio definitivo por Cristo, él, hombre íntegro, que no había sido nunca amigo de componendas, lo supo afrontar con la gallardía, hombría y entereza que distinguieron su vida.

El inicio de la guerra le había sorprendido en el Reformatorio de Madrid, donde se encontraba provisionalmente preparando los papeles para poder viajar a Argentina a una institución para menores con problemas que dirigían en la ciudad de Tucumán los amigonianos.

Con el resto de la comunidad fue puesto en libertad –como ya sabemos– gracias a las gestiones de un juez de menores de la capital que les proveyó, además, de salvoconductos.

Llegado a su pueblo natal, tras vivir una verdadera odisea, se refugió, de momento, en casa de unos conocidos, pues no quería comprometer a su hermano, que era padre de una familia numerosa. Poco después, sin embargo, su propio hermano le convenció de que no había ningún peligro y se marchó con él. Pero, pasados casi dos meses, integrantes de las fuerzas populares se presentaron allí y lo detuvieron con la excusa de interrogarle.

Sabiendo bien en qué solían finalizar dichos interrogatorios y no queriendo ser conducido a la muerte, cual malhechor y sin haber defendido sus derechos, al salir a la calle se aferró con todas sus fuerzas –que no eran pocas– a las rejas de una ventana y dijo a quienes le habían detenido:

–Cobardes, matadme aquí mismo.

Tras romperle las muñecas con las culatas de los fusiles, lo condujeron a la partida llamada *Sequia del Vedat*, a unos cinco kilómetros de su pueblo, y allí, en el silencio de la noche, sufrió muerte violenta, dando el definitivo testimonio de su fe y de su entereza. Su cuerpo con el de sus compañeros de martirio quedó abandonado junto a la carretera con un letrero que decía: *Los cinco frailes de la Alquería*.

Diego de Alacuas. Sencillo como paloma

Alacuás, pueblo cercano a Torrent y generoso en un primer momento en vocaciones amigonianas, fue el lugar en que nació, el 13 de noviembre de 1872, nuestro protagonista de ahora, a quien sus padres –Pascual Sanz y Teresa Usedo– pusieron por nombre *Miguel*.

Tan pronto como tuvo edad para trabajar, sus padres –gente pobre y humilde– lo colocaron como peón de albañil para que aprendiera con la práctica un oficio que le permitiese ganarse el pan y colaborar a la débil economía familiar.

A los dieciocho años, el joven había asimilado bastante bien las lecciones y estaba hecho todo un maestro.

SED SENCILLOS COMO PALOMAS

(MT. 10, 16)

Fue entonces, cuando Dios, que se sirve de las circunstancias más imprevisibles para realizar sus planes, lo atrajo a sí, a fin de que siguiera las huellas de Cristo con talante amigoniano.

Instalados en Torrent desde hacía más de un año, los frailes de Luis Amigó tuvieron necesidad de realizar unas pequeñas obras de acondicionamiento en el convento. ¿A quién recurrir? Albañiles en la comarca habían muchos, pero en las arcas de aquellos religiosos reinaba la más absoluta pobre-

za. En el convento había dos novicios de Alacuás, Bernardino y León, éste último mártir también con el tiempo. A través de ellos, se conectó con el joven albañil, que además de dominar su oficio era conocido en el pueblo por su condición de creyente comprometido.

GRACIAS PADRE, PORQUE HAS OCULTADO ESTAS COSAS A LOS SABIOS Y PRUDENTES Y LAS HAS REVELADO A LOS SENCILLOS

(LC. 10, 21)

Hablaron con él y le expusieron la situación. No hicieron falta muchas palabras. El corazón del pobre es sensible para captar las necesidades del otro y noble para aliviarlas. Todo estaba arreglado. Miguel, a pesar de que necesitaba el dinero, trabajaría lo comido por lo servido. Era todo un gesto de generosidad que mostraba un espíritu capaz de comprometerse con Cristo de forma más radical. Dios se sentía contento, pues los hilos que había movido estaban dando los resultados esperados.

Lo demás fue ya fácil. Al contacto con aquellos ejemplares y acogedores religiosos, entre los que llegó a sentirse uno más durante el tiempo de las obras, se despertó en Miguel el deseo de seguir su vida.

Había visto dónde y cómo vivían, y quería ser como ellos. Se despidió de los suyos, dejó en la orilla los útiles de su oficio y, con ligero equipaje, se encaminó alegre y feliz al convento que sería ya, para siempre, su nueva casa.

Desde que vistió el hábito amigoniano el 17 de mayo de 1891, *Diego* –como se llamaría desde entonces– supo compaginar siempre, en las distintas casas donde estuvo, las tareas propias del albañil con las que se derivaban de su condición de religioso y de educador.

Aunque era hombre de pocas letras, poseía en gran medida esa sabiduría popular que caracteriza a quienes se han abierto camino en la vida gracias al propio esfuerzo y sacrificio. Con esa sabiduría, consiguió ganarse fácilmente el afecto y confianza de los alumnos más difíciles, que descubrieron en él un hombre íntegro, trabajador y con un gran sentido común.

Destacó siempre por una *sencillez* que asombraba a propios y extraños. Nacido en humilde y pobre cuna llegó a captar con especial sensibilidad la invitación de Cristo a ser *sencillos como palomas*.

La sencillez de corazón es otro de los valores evangélicos que parece haber olvidado el hombre de hoy, empeñado en sobresalir entre sus hermanos a toda costa. En la sociedad actual no se lleva el ser sencillo. Quien no puede destacar por sus "saberes", intenta hacerlo por sus "haberes", o por el engañoso sendero de los "apareceres". Al hombre le cuesta comprender que la única manera válida de ser el primero radica en el terreno del *ser*.

Sólo quien "*es* profundamente hombre" podría pretender destacarse. Pero sucede que la persona que es profundamente humana se distingue siempre por su sencillez y humildad.

No en balde los antiguos definían al sabio como aquel que toma conciencia de lo limitado de su saber. No en balde dice el evangelio que Dios da su gracia a los sencillos y la retiene a los soberbios. Y no en balde, los grandes hombres de la historia –aquellos que se han distinguido, no por sus conquistas y violencias, sino por sus entrañables servicios a la humanidad– han sido siempre personas sencillas que no necesitaron aparentar, ni presumir, pues fue manifiesta a todos la riqueza de su ser personal.

El mensaje de la sencillez, del no aparentar, del actuar sin doblez, es uno de los distintivos de la espiritualidad franciscana y amigoniana. Y Diego, que, al decir de quienes le conocieron "dio la tónica del fraile menor por su sencillez y alegría", fue fiel testigo del mismo.

LA PURA Y SANTA SENCILLEZ CONFUNDE TODA LA SABIDURIA DE ESTE MUNDO

(S. FRANCISCO, SALUDO VIRTUDES, 10)

Incluso su muerte, su último acto de vida, estuvo rodeada del hálito de la minoridad. Él, que había vivido "sin hacer ruido", sin quererse destacar, murió rodeado sólo de extraños.

Expulsado de Santa Rita –donde se encontraba de comunidad en julio de 1936– Diego buscó cobijo en casa de unos amigos, pero fue apresado a los pocos días y tras permanecer relativamente seguro en la cárcel unos dos meses, los de la checa Fomento se encargaron de acompañarle en su "paseillo" hasta Paracuellos del Jarama donde le dieron muerte por el "delito" de ser fraile. Sucedía esto entre el 6 y el 8 de noviembre de aquel mismo año

En Paracuellos, pues, entre las múltiples personas allí fusiladas en aquellos tristes días, su cuerpo consiguió definitivamente el anonimato que había anhelado y buscado su espíritu.

Pascual de Cuacos. Un pastor que acabo de zagal

CUANDO APAREZCA EL MAYORAL, RECIBIREIS LA CORONA QUE NO SE MARCHITA (1PE. 5, 4)

En la provincia de Cáceres y muy cerca del Monasterio que sirvió de última residencia al emperador Carlos, se encuentra el pueblo de Cuacos. En él nació, el 13 de agosto de 1883, en el seno de una pobre familia de pastores -formada por don Bernardo Sánchez y doña Rosa Moreno– un niño a quien sus padres bautizaron con el nombre de *Hipólito*. Nombre éste que cambiaría años después por el de *Pascual* al tomar el hábito amigoniano.

Pero..., no queramos mover nosotros los tiempos de la historia más veloces que las manecillas del reloj, dejemos que los acontecimientos sigan su curso natural.

Cuando Hipólito no había cumplido aún los quince años corrió por su pueblo la voz de que el cercano y ruinoso Monasterio del Emperador iba a ser habitado de nuevo por los frailes. Los más viejos del lugar, que esperaban con ansiedad ver otra vez pasearse por sus alrededores los grises hábitos de los jerónimos que lo habían habitado hasta la exclaustración de 1835, se encontraron, sin embargo, para su asombro con los tonos marrones de los hábitos amigonianos.

No obstante, bien pronto aquellas gentes, parcas en palabras pero ricas en sentimientos, se fueron acercando con familiaridad a las puertas del monasterio. Había en aquellos frailes un “no sé qué” que les cautivaba. Era una mezcla de bondad, acogida, fraternidad, sencillez, servicialidad... Era el espíritu franciscano hecho vida según el carisma propio del padre Luis Amigó.

Uno de los que con más asiduidad comenzó a frecuentar la compañía de los nuevos inquilinos del monasterio era

justamente Hipólito. Pastor desde temprana edad, estaba acostumbrado a pasear con su ganado por los alrededores del lugar. Al establecerse los amigonianos, aquel sitio fue una obligada parada técnica en su cotidiano peregrinar. Aquí encontraba, junto al agua fresca que aliviaba su calor y sed, personas con las que podía entablar diálogo y satisfacer las ansias de comunicación contenidas durante la jornada.

Con el tiempo, el agua y las palabras fueron favoreciendo otras comunicaciones más trascendentales. Aquellos frailes le atraían –como, por lo demás, atraían también a sus paisanos– por su trato afable, pero sobre todo por su piedad, laboriosidad y testimonio de vida. Sus paradas se fueron haciendo más reposadas. Los días que tenía libres se acercaba al convento para compartir con "sus" frailes la oración... Y poco a poco se fue dando cuenta de que sólo se sentía verdaderamente feliz cuando compartía con cierta intensidad la vida de aquellos religiosos.

Pidió, pues, permiso a sus padres para irse con ellos. Se despidió de amigos y conocidos. Dijo también un adiós a su rebaño, a cada una de sus ovejas. Colgó en un rincón su zurrón y cayado y otros pocos instrumentos de su labor. Y marchó solo, aunque no pudo evitar que le acompañara unos cuantos metros, cabizbajo y triste, su siempre fiel amigo, aquel perro pastor con el que tan bien se comunicaba y que tanto le ayudó siempre en la no fácil labor de reunir a las ovejas, procurando que ninguna faltase a la cita. Hipólito, aunque dolido por la separación, iba, sin embargo ilusionado pues se dirigía a un hogar que le resultaba ya tan familiar como el suyo propio. Además, había escuchado en su interior la voz del Buen Pastor:

CRISTO, SIENDO RICO, SE HIZO POBRE PARA ENRIQUECERNOS CON SU POBREZA

(2CO. 8, 9)

–Hipólito, yo te enviaré entre niños y jóvenes con problemas y tú –cual zagal de mi rebaño– irás en pos de la oveja que se pierda.

¿Quién le iba a decir hacía tan sólo unos meses que después de haber llegado a la categoría de pastor, acabaría siendo *zagal*?

Y no obstante, la pérdida de grados en el *escalofón pastoril* lejos de entristecerle le llenaba de gozo. Sabía que ser

ayudante del gran Mayoral era mucho más de lo que antes hubiese podido desear y soñar.

Tras vestir el hábito amigoniano en Torrent el 27 de mayo de 1901, *Pascual* –como pasó a ser llamado Hipólito entre los frailes– se distinguió particularmente por su forma de vivir y expresar la pobreza.

Él, que siempre fue pobre en el tener y que creció entre estrecheces económicas, mantuvo como religioso el mismo patrón de vida. Iluminado por el espíritu de Cristo, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a todos, aprendió y practicó también la *pobreza del ser*.

Pobres en el ser, pobres de espíritu, son aquellas personas capaces de renunciar no sólo a lo que tienen, sino también a lo que son para ponerlo con sencillez y humildad a disposición, al servicio de los demás.

Sólo cuando la pobreza del tener es aceptada y vivida desde la actitud interior de sentirse pobre junto a Cristo merece en plenitud la bienaventuranza evangélica.

Quien ha experimentado junto a Cristo el gozo y la felicidad de la propia entrega en favor de los demás, no es nunca tacaño tampoco en regalar sus haberes y pertenencias.

Al final de sus días, en el momento del testimonio definitivo, Pascual nos ofreció además –y por si algo faltase– la gran lección de esa pobreza que caracterizó su vida.

SIENDO DE CONDICION DIVINA, CRISTO SE DESPOJO DE SI MISMO Y TOMO CONDICION DE SIERVO

(FILP. 2, 6-7)

Tras ser expulsado de Santa Rita, donde estaba de comunidad, el 21 de julio de 1936, él –con sus cincuenta y tres años de edad– emprendió un largo camino para poder llegar a su casa familiar. Sin embargo, en uno de los numerosos controles que por aquellos días se establecieron fue detenido y, descubierta su identidad, primero apresado y unos días más tarde fusilado. Sucedía todo esto en el mes de agosto de aquel año 1936, en el término municipal de Talavera de la Reina. Aquí, solo y sin calderilla en sus bolsillos experimentó de forma radical el empobrecimiento de Cristo y comenzó a enriquecernos a todos siendo testigo creíble del Resucitado.

Enrique Gomez Tarin. El objetor de conciencia

En el turolense pueblo de El Pobo –unido desde los albores de la Congregación a la tradición amigoniana– vio la luz, el 12 de julio de 1906, *Enrique*, hijo del matrimonio formado por don Pedro Gómez y doña Asunción Tarín.

Su vida transcurría feliz en su pueblo natal y en el seno de su familia, ajeno –como estaba– a las preocupaciones de sus padres:

–¿Qué hacer con este niño? –se preguntaban ellos, angustiados–.

NADIE ME QUITA LA VIDA, YO LA DOY VOLUNTARIAMENTE

(JN. 10, 18)

El maestro había visto en su Enrique –de natural apacible y bueno– cualidades para el estudio, pero ellos carecían de posibilidades para darle una carrera.

Eran tiempos difíciles en aquella *España profunda*; eran tiempos de pobreza y de escasez los que sufrían las gentes del árido terreno que había visto nacer a nuestro protagonista. Los ingresos familiares malamente permitían la subsistencia de sus miembros.

Por todo ello, los padres de Enrique sabían que no podían afrontar nuevas obligaciones, pero les dolía profundamente que el niño no pudiese progresar a causa de su situación y no se resignaban tampoco a permanecer de brazos cruzados.

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis... –dice el evangelio–. ¡Y cuánta verdad y sabiduría encierran esas palabras! Es cierto que a veces no encontramos lo que previamente habíamos soñado, mas es raro que después de una búsqueda, realizada con alma, vida y corazón, regresemos con las manos vacías, sin el menor atisbo de solución o esperanza.

–En Teruel, en la capital –les dijeron–, *está funcionando hace ya algún tiempo un Colegio para niños pobres.*

Supieron leer en esta respuesta la justa recompensa a su petición. Buscaron la dirección. Y, sin permitirse demoras, se encaminaron a San Nicolás de Bari. Así –les habían informado– se llamaba aquel colegio.

PEDID Y SE OS DARA; BUSCAD Y HALLAREIS; LLAMAD Y SE OS ABRIRA

(MT. 7, 7)

Pocos fueron los papeles que tuvieron que rellenar. Gracias a Dios no habían llegado aún los tiempos de nuestra complicada burocracia.

Tras una animosa charla con el Director, éste les sentenció:

– *Señores, váyanse tranquilos. El niño se queda con nosotros. Pueden visitarlo cuando deseen, pero, por favor, no se preocupen más.*

Así empezó, –sin nadie darse entonces cuenta– la vocación amigoniana de Enrique. Dios –desde esa cercana lejanía en que se encuentra, había movido otra vez los hilos de esta pequeña historia para conseguir otro *zagal*, otro ayudante, para la porción más necesitada de su rebaño. A partir de este momento, todo resultó ya mucho más sencillo.

A los pocos días, superada la típica morriña, Enrique "se movía como pez en el agua" en su nuevo hogar. Nuevos amigos le hacían olvidar las añoranzas del pueblo. El trato afable y amable de sus educadores y la dedicación al estudio mitigaban su dolor por la separación de la familia. Y el ambiente alegre y feliz de aquel centro iba despertando en él el deseo de convertirse en uno más de aquellos frailes que lo dirigían.

A sus educadores, tampoco les pasaron desapercibidas las buenas cualidades que el joven tenía para poder seguir más de cerca a Cristo. Pero no le atosigaron a preguntas. Dejaron que él mismo fuera madurando con absoluta libertad su opción. Ellos se limitaron a seguirlo desde un respetuoso silencio.

Pero llegó el día en que Enrique, ya más entrado en años, se decidió a dar el paso:

–*Quisiera ser fraile como tú* –le dijo al religioso con el que tenía más confianza–.

El 15 de septiembre de 1922 –con dieciséis años recién cumplidos– su deseo se hizo realidad al vestir el hábito amigoniano. Y, finalizado el noviciado tras dos años, su vida volvió a centrarse de nuevo en el estudio.

En la recuperación de los jóvenes en conflicto, no sólo se necesitan pedagogos, sino también maestros que cola-

boren en la restauración del atraso escolar que generalmente arrastran esos jóvenes. Enrique fue destinado a estudiar magisterio, y, concluida la carrera, se convirtió en flamante maestro nacional. Después, a trabajar con esos jóvenes, que es lo que su espíritu anhelaba. Diversas casas de la congregación en España y una que los amigonianos tenían entonces en Bogotá (Colombia) fueron testigos de su buen hacer.

Y cuando acababa de cumplir los treinta años y se encontraba contento en Torrent, ejerciendo la enseñanza con los niños pobres de aquel pueblo, sus planes e ilusiones fueron sesgados en flor.

Al ser asaltado el convento de Monte Sión y ser obligados a abandonarlo los religiosos, Enrique fue acogido en casa de unos familiares del padre Ambrosio, pero transcurrido algún tiempo también a él le llegó la hora del supremo testimonio, que afrontó con buen talante.

El martirio, ha escrito alguien, es un privilegio, es una gracia que el Señor concede sólo a quienes tienen el espíritu lo suficientemente ensanchado para aceptar con gallardía y con libertad, y por amor, la última entrega de sí mismos en favor de los demás.

En la muerte de Enrique hay un detalle que pone de manifiesto su decisión de aceptar voluntariamente el heroico testimonio de la fe.

Cuando después de su detención fue conducido a los locales del comité para ser interrogado, lejos de simular intenciones o de articular toda una serie de restricciones mentales para no decir la verdad sin llegar a mentir, él prefirió responder abiertamente y dejó bien claro que ni le movían ideas políticas o partidistas ni estaba dispuesto a empuñar las armas, pues tal cosa iba contra su conciencia.

DOY MI VIDA, PARA RECOBRARLA DE NUEVO

(JN. 10, 17)

Como era de esperar en aquellas circunstancias, su sinceridad le costó la vida. Pero ésta, no se la arrancó nadie, fue él quien voluntariamente la ofreció, consciente de que la vida ofrendada por amor, se recupera de nuevo. Todo esto sucedió muy probablemente el 11 de septiembre de aquel año 1936.

Pedro Gil Saez. El "sin malicia"

En 1907 –año en que el padre Luis Amigó fue consagrado obispo– nació en Bronchales, Teruel, un niño a quienes sus padres –don Blas Gil Monzón y doña Ignacia Sáez Pérez– bautizaron con el nombre de *Pedro*. Era el día 13 de mayo.

Todavía niño, la tragedia se cernió sobre su familia. Su padre moría prematuramente y Pedro, junto con sus hermanos, quedaba al cuidado de su pobre madre.

La situación que se originó era a todas luces insostenible para una mujer que quedaba con cinco hijos.

–¿Cómo sacarlos adelante? –se preguntaba angustiada–.

Consultó con familiares y conocidos y se enteró de que en Teruel estaba funcionando un colegio, llamado San Nicolás, que por voluntad de su fundadora –doña Dolores Romero– se dedicaba a atender niños huérfanos y pobres.

Allí se dirigió, pues, doña Ignacia y sin demasiados trámites, pudo internar a sus cuatro hijos varones.

NO JUZGUEIS Y NO SEREIS JUZGADOS (MT. 7, 1)

El ambiente hogareño de San Nicolás palió en gran medida el trauma afectivo que Pedro había sufrido con la muerte de su padre. Aquí recuperó la alegría que le había caracterizado en los felices días de su primera infancia.

A Pedro –como a su hermano Urbano, seis años mayor que él– le llamó con el tiempo la atención el espíritu sencillo y acogedor de sus educadores. Aquellos frailes, rebosantes de simpatía y capaces de convivir con los alumnos todo el día, compartiendo sus juegos, alegrías y tristezas, se iban ganando su corazón.

Desde que su hermano Urbano se hizo religioso amigoniano su deseo se hizo aún más intenso. Cuando lo vio vestido con el mismo hábito de quienes habían sido sus educadores, Pedro sintió con más fuerza que nunca el impulso de seguir el camino espiritual trazado por Luis Amigó.

Tan pronto como cumplió los quince años pidió formalmente ser admitido al postulantado y, después de unos

NADA HAGAIS POR RIVALIDAD O VANAGLORIA, CADA CUAL CONSIDERE AL OTRO, SUPERIOR A SI MISMO

(FILP. 2, 3)

meses de prueba, vistió el hábito amigoniano el día 15 de septiembre de1922.

Pedro fue un religioso obediente, ecuánime y, sobre todo, lleno de un gran respeto por los demás, de quienes –siguiendo el consejo de su Fundador– *no os fijéis en los defectos de los otros, sino en sus virtudes,* siempre resaltaba lo positivo.

Su vida –leída desde esa actitud que distinguió su trato con el prójimo– pone de manifiesto aquellas palabras de Cristo que tan propensos somos a olvidar los mismos cristianos: *no juzguéis y no seréis juzgados*.

El juicio contra el hermano es, por su misma naturaleza, anticristiano. Quien condena al prójimo suplanta un papel que sólo correspondería a Dios y da muestras de que ha perdido la conciencia del propio pecado y se siente "perfecto", con una perfección que no es la auténticamente cristiana "*del amor*".

Cristo, para prevenirnos de la fuerte tentación que todos sentimos a la crítica destructiva, invitó a sus seguidores a que quitasen la viga del propio ojo, antes de proceder a quitar la mota del ojo ajeno.

Sólo el hombre que es consciente de sus propias limitaciones está en disposición de aceptar al otro con sus debilidades, y de no exigirle una perfección de la que él mismo carece. Sólo, también, quien ha experimentado en sí mismo la caricia personalizada de un Dios siempre dispuesto al perdón, porque valora más lo positivo que lo negativo, está preparado para fijarse más en los valores de sus hermanos que en sus deficiencias.

El tomar, o no, conciencia de la propia condición de pecadores, de hombres limitados, es lo que puede hacer de nosotros personas cristianas o nuevos fariseos. El fariseo se refugia en la letra de la ley para disimular sus faltas y condenar a los otros. El cristiano, por el contrario, actuando con el espíritu de la ley, es exigente consigo mismo y está pronto a comprender al prójimo.

Pedro, que durante su existencia entre los hombres supo "huir de toda crítica o juicio menos caritativo teniendo a

sus hermanos en alto concepto de virtud", hizo también patente esta misma actitud cristiana de la comprensión y perdón en el momento de su adiós a esta vida.

Desde el Reformatorio de Madrid –donde le sorprendió el inicio de la guerra– Pedro, tras ser puesto en libertad por mediación del juez de menores don Luis San Martín, el 20 de julio de 1936, buscó acomodo en casa de unos amigos en Madrid. Días más tarde fue apresado mientras caminaba por la calle y fue conducido a los locales de la Dirección General de Seguridad, de donde escapó, aprovechando la confusión allí reinante.

Dejando Madrid, consiguió llegar a Benaguacil donde estaba refugiado su hermano Urbano, pero, viendo que tampoco en este pueblo estaba seguro, decidió trasladarse a Torrent donde fue acogido en casa de un gran bienhechor de los frailes amigonianos.

NO OS FIJEIS EN LOS DEFECTOS DE LOS DEMAS, FIJAOS EN SUS VIRTUDES Y TRATADLOS COMO SUPERIORES A VOSOTROS

(L. AMIGO, OC. 1819)

A finales de septiembre, al arreciar la persecución, tuvo que abandonar también la casa de ese bienhechor y marchó a Valencia. Nada más llegar, sin embargo, a la capital del Turia fue detenido y encarcelado en las Torres de Cuart. Aquí conoció a un sacerdote con el que se reconfortó espiritualmente. Finalmente, el 28 de septiembre de aquel mismo año 1936, selló con la sangre su testimonio de fe, que aceptó con gran serenidad, "*como un acto de obediencia a Dios*", consciente –como era– de que lo mataban "por ser fraile".

Su última mirada a quienes le dispararon estuvo exenta de todo juicio condenatorio. Había en ella sólo perdón y compasión.

Conociendo el itinerario de una vida vivida "sin malicia", resulta fácil adivinar en su última oración las palabras mismas de Cristo:

–Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

Ángel Prado Andres. Un novicio singular

Nacido, según parece, en Pamplona y alrededor del año 1906, Ángel Prado Andrés, constituye dentro de la historia martirial amigoniana un caso bastante singular.

VOLVIO A SALIR A LA HORA DE SEXTA Y DE NONA Y DIJO A LOS PARADOS: ID TAMBIEN A MI VINA

(MT. 20, 5)

Hoy diríamos que fue una vocación tardía. Y es que el Señor, que se sirve de distintos medios y circunstancias para invitar a los hombres a su servicio, suele hacerse presente en la vida de cada persona a la hora menos esperada y rompiendo los más variados proyectos.

A unas personas –como relata una conocida parábola bíblica– las llama a la hora primera del día, a otras a la hora de tercia, de sexta o de nona, e incluso a algunas otras, a última hora de la noche.

Casi treinta años tenía Ángel cuando después de mucho caminar por la vida, después de haber pisado y habitado diversos países europeos, se sintió invitado a caminar tras las huellas de Cristo, según el carisma del padre Luis Amigó.

El 14 de junio de 1936 tomó el hábito amigoniano en Torrent y, ya desde los primeros meses de noviciado, se distinguió como religioso cumplidor de sus deberes, humilde y obediente. Entre sus proyectos más añorados estaba el de dedicarse con todas sus fuerzas al ejercicio del fin específico de la congregación.

¡Lejos estaban sus sueños y proyectos de los planes de Dios! Cuando apenas había cumplido un mes de noviciado, estalló la guerra.

Ángel formó parte entonces del grupo de religiosos amigonianos obligados a abandonar la Casa de Godella. Y el común sentir indicaba, como medida más prudente, la dispersión en pequeños grupos.

Un connovicio –sabiendo que Ángel no tenía ningún familiar cerca– le dijo:

–Vente conmigo a mi casa. Donde comen dos, comen tres.

Ángel aceptó el ofrecimiento y ambos llegaron, sin demasiados problemas, a la casa paterna del amigo:

–Aquí –le dijeron nada más llegar– *estarás seguro y puedes quedarte todo el tiempo que haga falta.*

Él, sin embargo, no era partidario de demasiadas quietudes. Habituado a la aventura y al trajinar de una parte a otra en sus años más jóvenes y constructor de su porvenir

con el propio esfuerzo y trabajo, como buen autodidacta, no podía permanecer allí escondido, impasible, sin hacer nada, comiendo la "sopa boba", mientras otros se esforzaban y se arriesgaban por él.

Pronto aprendió a desenvolverse con soltura por los alrededores y a los pocos días, al regresar a la casa de sus bienhechores para dormir, les comunicó feliz:

–He encontrado trabajo. Me han ofrecido un empleo como enfermero en Gandía. No será mucho lo que gane, pero tendré suficiente para mantenerme. Gracias por todo lo que han hecho por mí.

Y, sin pensárselo dos veces, partió a desempeñar aquel servicio entre los enfermos, pensando quizá que este trabajo le ayudaría a "mantenerse en forma" para servir más adelante, cuando llegase el momento, a la juventud desadaptada.

Los días, en su nuevo trabajo, transcurrían con normalidad. La gente empezaba a reconocer su labor. Tenía ya algunos amigos. El futuro le sonreía de nuevo.

No obstante, había algo en el ambiente que se lo tornaba irrespirable. Los despiadados ataques que constantemente se hacían contra las creencias más sagradas de su fe, lo tenían en permanente tensión.

A QUIEN ME DEFENDIERE ANTE LOS HOMBRES, YO LO DEFENDERE ANTE MI PADRE

(MT. 10, 32)

Quedarse cobardemente callado ante todo eso era superior a sus fuerzas. Habló, defendió sus ideales religiosos. Y esto le costó la vida.

Su actitud hace recordar, casi de forma inconsciente, las palabras de Cristo: "*a quien me defendiere ante los hombres, yo lo defenderé ante mi Padre*".

Son palabras que constituyen un canto a la valentía y a la intrepidez en momentos cruciales y delicados de la vida.

Ser consecuentes con la propia fe en medio de un ambiente favorable tiene, indudablemente, su mérito. Pero es mucho más significativo el serlo en medio de circunstancias adversas.

Epilogo

La persecu-cion, una constante

La octava bienaventuranza –compendio y conclusion de las otras siete– es claramente profetica:

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia... Bienaventurados cuando os injurien y persigan... Alegraos y regocijaos, que de la misma manera persiguieron a los profetas.

NO HE VENIDO A TRAER PAZ, SINO ESPADA Y DIVISION

(MT. 10, 34 Y LC. 12, 51)

La predicación testimonial del evangelio no es raro que provoque un cierto clima de violencia en el entorno.

La afirmación, –a simple vista– puede parecer una clara falsedad por lo que tiene de profunda paradoja. ¿Cómo es posible que un mensaje, que es en su misma esencia amor y paz, pueda desencadenar el odio y la guerra?.

No obstante, desde la profundidad del sentimiento es fácil entrever cómo ésta –al igual que las demás paradojas de vida que nos presenta el evangelio– tiene también su "lógica" explicación.

El anuncio de la *buena noticia* de que el hombre *está llamado a una vida feliz –ya aquí en la tierra– por el amor*, implica la proclamación de unos valores –sintéticamente contenidos en esa escala de *valores del ser*, que son las bienaventuranzas– que entran en conflicto directo y frontal con toda otra serie de valores que mueven frecuentemente el actuar de la sociedad.

En el *sermón de la montaña*, Cristo –queriendo poner de manifiesto los matices imprescindibles del amor– hace un precioso canto a la pobreza, a la mansedumbre, a la aceptación de las contrariedades, a la justicia, a la misericordia, a la verdad y limpieza en las relaciones humanas y a la paz. Pero todo esto se contrapone diametralmente a personas que, guiadas por su egoísmo, sólo piensan con criterios de riqueza, de bienestar y de placer, sin importarles actuar con injusticia, engaños y hasta con abierta y descarada violencia, a fin de conseguir sus propósitos.

NO PODÉIS SERVIR A DOS SEÑORES... NO PODÉIS SERVIR A DIOS Y AL DINERO

(LC, 16, 13)

Esa contraposición de valores ha provocado siempre las persecuciones que, de forma más o menos solapada, han sufrido los cristianos desde sus inicios. Cristo, consciente de esta realidad, previno a sus seguidores en varias ocasiones. Y por ello precisamente, cuando resumió en las mismas bienaventuranzas el programa del Reino, dedicó la última de ellas a ensalzar la figura de quienes sufren persecución. La persecución es señal inequívoca de que los cristianos están identificados con la dinámica del evangelio. Todo el que se

propone vivir como cristiano; quien se decide a aceptar el evangelio con sinceridad, como opción definitiva y radical, acaba siendo perseguido de alguna manera. Y mala señal si en la vida de los cristianos no hay contrariedades. Eso puede dar a entender que se está pretendiendo servir a dos señores, que se está "nadando entre dos aguas", que se está adulterando la profética realidad de la Buena Noticia: *¡ay! si todos hablan bien de vosotros, porque así hicieron los antiguos con los falsos profetas*.

Allí donde la iglesia es coherente con su mensaje, sufre algún tipo de rechazo o persecución. Y ese rechazo o persecución es tanto mayor, cuanto mayor es su coherencia.

¡AY! SI TODOS HABLAN BIEN DE VOSOTROS... ASÍ TRATARON A LOS FALSOS PROFETAS

(LC. 6, 26)

Sin embargo, las formas de persecución adoptadas a lo largo de la historia han sido muchas y variadas.

Ha habido persecuciones más solapadas –y no por ello menos dañinas– que han intentado ganarse el silencio de la iglesia con ofertas y prebendas. Los que así han actuado sabían que es menos "peligrosa" una iglesia pervertida que perseguida.

Ha habido otras –realizadas con guante de seda– que no llegaron a martirizar a la iglesia, pero la amordazaron y la arrinconaron en las sacristías.

Y ha habido, finalmente, otras –como la sufrida en España durante la guerra civil– que han sido verdaderamente sangrientas.

Los amigonianos –parte de la iglesia y ciudadanos en diversas naciones y culturas– han experimentado también en distintas épocas y países el riesgo de anunciar a Cristo y de colaborar en la construcción de la *Civilización del Amor*. Lo que les sucedió en España en 1936 constituye, sin embargo, hasta el momento el testimonio más claro de la entereza profética, que hay en su *ser*.

Índice

Pintura de Ramón Vásquez

Presentación 5

Pórtico. Zagales del Buen Pastor 9

Parte I. Una muerte en Bilbao 15
- Vicente Cabanes Badenas. *El abanderado de la causa* 19

Parte II. Los ocho de Torrent 29
- Laureano de Burriana. *Un padre con entrañas de madre* 35
- Benito de Burriana. *Un rezador "empedernido"* 41
- Bernardino de Andújar. *De talabartero a educador* 47
- Ambrosio de Torrent. *Una auténtica florecilla* 55
- Valentín de Torrent. *"Cantaor" de la pedagogía* 63
- Recaredo de Torrent. *Entre el convento y la calle* 73
- Modesto de Torrent. *Forjado a golpe de obediencia* 81
- Francisco de Torrent. *Lo suyo, la acción* 89
- Preludio. *Una cárcel convertida en convento* 97
- Torrent, acto uno. *Primero, los de fuera* 101
- Torrent, acto dos. *Los de casa, también caen* 105

Parte III. En Benaguacil fueron tres 109
- José Llosá Balaguer. *El que maduró en el dolor* 113
- Florentín Pérez Romero. *Un adulto que no dejó de ser niño* ... 123
- Urbano Gil Sáez. *Con el estilo del Buen Samaritano* 131

Parte IV. Uno que se quedó solo 137
- Gabriel de Benifayó. *El típico "manitas"* 141

Parte V. Los de Madrid, suertes distintas 149
- Bienvenido de Dos Hermanas. *Hombre de una pieza* 155
- Domingo de Alboraya. *Artista de cuerpo entero* 163
- León de Alacuás. *Un pequeño gran fraile* 175
- Francisco Tomás Serer. *El benjamín* 185
- Crescencio García Pobo. *Maestro en la empatía* 193
- Timoteo Valero Pérez. *Especialista en casos difíciles* 199

Parte VI. La que amplió la familia 207
- Carmen García Moyon. *La Antoniana* 211

Parte VII. Los que no lucirán en San Pedro 221
- Lorenzo de Alquería. *El que aprendió solo* 223
- Diego de Alacuás. *Sencillo como paloma* 227
- Pascual de Cuacos. *Un pastor que acabó de zagal* 230
- Enrique Gómez Tarín. *El objetor de conciencia* 233
- Pedro Gil Sáez. *El "sin malicia"* 236
- Ángel Prado Andrés. *Un novicio singular* 238

Epílogo. La persecución, una constante 241

Aspecto que presentaba la sala donde fue leído el Decreto de declaración de martirio de los mártires amigonianos, el 18 de diciembre de 2000

"Doy mi vida por mis ovejas... Nadie me la quita, sino que yo la entrego voluntariamente" (Jn. 10, 15, 17-18).

Zagales de Cristo Buen Pastor, el sacerdote Vicente Cabanes Badenas y 18 Religiosos de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de Los Dolores, fundada por el Siervo de Dios Venerable Luis Amigó y Ferrer, OFMCap. (+1934), Obispo de Segorbe, gastaron su vida en servicio de Dios y en la reeducación de los jóvenes extraviados, movidos por la caridad e ilusionados siempre por el ideal de que ***cada joven que se reeduca es una generación que se salva.***

Estos intrépidos testigos de Cristo, el Mártir de Calvario, recorrieron el camino de la cruz con espíritu tranquilo, firmes en la fe, serenos en la esperanza, ardientes en la caridad y generosos en otorgar el perdón a sus mismos perseguidores.

Cumplido lo establecido, convocados y presentes en el día de hoy el Prefecto que suscribe, el Ponente de la Causa, y yo, Obispo Secretario de la Congregación, y todos los demás que de ordinario suelen ser convocados, el Santo Padre declaró solemnemente:

Es seguro que los Siervos de Dios Vicente Cabanes Badenas y XVIII Religiosos de los Hermanos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, así como también Carmen García Moyon, laica, en los años 1936-1937 sufrieron martirio, como se requiere en el presente caso y para el fin propuesto.

(Extracto del Decreto de declaración de martirio, del 18 de diciembre de 2000)